

Casa de la Cultura Ecuatoriana
"Benjamín Carrión" Núcleo de Bolívar

ANTOLOGÍA DEL RELATO
BOLIVARENSE

El hombre del arbolito

Fausto Silva Montenegro

Había una vez un hombre que vivía en un arbolito... Sería una adecuada y bonita introducción para un cuento infantil, de aquellos con final feliz. Pero, el personaje al que me referiré no es el de un cuento, es real y no tiene nada de feliz.

Se trata de un ser humano, de un hombre, de un paupérrimo vagabundo que temporalmente -desde el mes de Septiembre/85- estableció su vivienda en la Avenida Maldonado bajo un árbol de la acera central o parterre, como exóticamente se lo llama, a unos 500 metros, aproximadamente, hacia el sur de la plazoleta de la Villa Flora.

Al principio pasó casi desapercibido; no era más que él y un viejo plástico para guarecerse del frío de la noche. Luego, el vecindario y los transeúntes prestaron más atención: ya tenía enseres, había instalado junto al tronco un fogón, tenía unos utensilios que seguramente algún día fueron ollas; en el otro lado del árbol se veía un paquete, que dicen contenía una frazada, un poncho y prendas de vestir.

La gente se interesó más, con esa preocupación que raya entre la curiosidad y la conmiseración. Así se supo que unos le conocían por “Chuquimarca” otros por “El Huaco”, que eventualmente pedía limosna, que a hurtadillas se alimentaba de desechos del camal, que los niños le tenían miedo y repugnancia; más aún, muchos afirmaban que había huido del Leprocomio. Este rumor produjo que la curiosidad se transformara en temor y consecuentemente el vecindario quería librarse del peligro. Los teléfonos de las instituciones de asistencia social deben haber sonado con más insistencia de lo normal, ...sin obtener una contestación concreta, pero sí, vacilantes ofrecimientos de intervención. Llegaron las lluvias y con ellas la humedad y el frío. El “Hombre del Arbolito” seguía ahí. Llegó también la Navidad, festividad de tanto amor, de tanto

sentido humano, recibiendo -aunque de lejos- dulces, galletas, ropa usada y hasta un colchón que por desconocer como se usaba, lo destinó para alimentar el fuego de su “hogar”.

Ya nadie transitaba por la acera central de ese sector de la Maldonado. Todos querían echarlo, pero nadie se animaba a dar el primer paso. Todos deseaban que apareciera una ambulancia o un vehículo similar, para que recogieran a este hombre, que a vista y paciencia de centenares de otros seres humanos vivía en condiciones más inferiores que cualquier animal.

En conversaciones con algunos colegas, les relaté esta historia de profunda miseria y desesperante angustia. Se interesaron tanto, que a tal punto un diario publicó una fotografía y un canal de televisión hizo un reportaje. Pero la denuncia cayó en saco roto, y él seguía ahí, vegetando entre un tibio sol que de vez en cuando aparecía en las mañanas y las frecuentes lluvias que copiosamente caían en las tardes y noches de enero y febrero, especialmente. El único cambio experimentado fue que el árbol comenzó a secarse, sabe Dios si contagiado del sufrimiento de su huésped o por infición en su savia de algún misterioso mal.

Todos los días al pasar por ese lugar rumbo a la empresa donde trabajo, disminuía la velocidad del vehículo, para observarlo mejor y cada día me admiraba más por su gran constitución física. Me pareció más gordo, e ironía del destino, hasta me imaginé que estaba contento.

En la primera semana de marzo, me percaté que trabajadores municipales iniciaban el arreglo de los pequeños jardines de la acera central e incluso cambiaban árboles. Dos días después el árbol seco de nuestro personaje fue sacado de raíz y reemplazado por uno más pequeño. ¿Qué sería de él?...

Se había “mudado” unos cincuenta metros hacia el sur, a otro árbol.

En la mañana del 7 de marzo, por las mejillas de la cara deformada del “Chuquimarca”, del “Huaco”, se deslizaban lágrimas de profundo dolor. Dos policías municipales le “desahuciaban de su residencia”, por razones lógicas y fáciles de entender. A la vez es incomprensible admitir la mera hipótesis de algún justificativo, para que no lo condujeran a un centro asistencial o al lazareto, si en verdad era enfermo de lepra.

El mundo, incluso el de las penas y angustias, es más pequeño de lo que realmente nos imaginamos. Pensé que nunca más le volvería a ver; pero no fue así, esa misma tarde –a casi dos kilómetros de distancia de su anterior “domicilio”- en el sector “Los dos puentes, divisé una figura pequeña que vestía un pantalón sin color, un saco que algún día debe haber sido negro y un gran sombrero oscuro que le cubría hasta los ojos. Al acercarme lo identifiqué por completo, era “Chuquimarca”, que aliviándose de su carga de “enseres y muebles”, comenzaba a instalarse debajo de un frondoso y robusto árbol, ya no en plena avenida, sino en una calle de poco tráfico, seguramente para poder acogerse con más argumentos a “los derechos de inquilinato”.

El punto aparte de este relato que no tiene final porque el personaje continúa errante, abandonado y despreciado por la sociedad, lo menos que produce es un interrogante: ¿No hay quien se encargue en nuestro país, en nuestra capital metropolitana, de menesterosos y enfermos como “el hombre del arbolito”?... ¿Cuántos millones de sucres se gastan en politiquear en nombre del pueblo y no hay un solo centavo para cubrir servicios tan elementales y humanos para los hijos más desposeídos de ese pueblo, de quien tanto se habla y tantos crímenes se comenten en su nombre?.

No hay duda de que atravesamos por una tremenda crisis... y lo más doloroso y tremendo está en que no es solo la causada por la baja del precio del petróleo...

(“PANORAMA SEMANAL”, Quito, 10 abril 1986)

La vieja hacienda y la María

Marta Camacho de Riofrío

Un camino estrecho, polvoriento conduce a la Vieja Hacienda en la que habitan almas de esta vida y la otra. Parece que sufre de arteriosclerosis agravada por el paso inclemente de los años. Da la impresión que se fatiga con mucho más frecuencia y que le duelen las arterias carcomidas.

La casa, resguardada por cipreses centenarios que aún tienen la osadía de mantenerse firmes, es una masa enorme, dormida, pintarrajeada de blanco, alumbrada por unos faroles borrachos de soledad. El patio con piedras incrustadas en la tierra y unos huesos blancos desgastados. Las murallas altas en las que en un rincón se distingue una campana vieja, como todo lo existente, que de vez en cuando o casi nunca anuncia a alguien, pero que en la mayoría del tiempo es juguete del viento. En el centro una Cruz Grande de Piedra.

Penetro lentamente por temor a interrumpir los sueños pero me sorprende la figura gallarda, imponente, serena de un anciano que con noble voz me invita a continuar el viaje. Me presenta a su esposa, una señora de mirada franca, azules las pupilas, blanca la cabeza, que viste con elegancia un vestido negro y sin darme la mano busca una poltrona en donde apoyar sus noventa años. Se le nota distante como que se quedó en su siglo.

Discretamente observo pero me interrumpe la mirada dulce del señor quien sonriente y con cierta dificultad se levanta y me conduce por un largo pasillo para presentarme a su hijo mayor, la niña, el menor y una caterva de nietos y bisnietos en fotos de distintas épocas, tamaños y color. Al fondo dos óleos grandes en los que predomina la silueta de un hombre concierto parecido a mi anfitrión y una señora que sostiene en sus manos

algo como una flor.

Asoman unos pies arrastrándose, unas manos torpes descorriendo cerrojos. Un rostro risueño con miles de arrugas, unos ojos dulces que no miran nada. Es una viejita encorvada con delantal salpicado de blancura y ceniza. Me mira y extiende las manos. María es su nombre que en ella es sinónimo de comida a toda hora, de atención inmediata al visitante. Mira los retratos, los tiene en su mente. Mis niñitos -comenta- y no puede contener las lágrimas que recorren los surcos de sus mejillas negras.

Me cuenta que llegó a la Hacienda todavía mocita, en una mula baya enjaezada con riendas y espejos, con pañolón Magdalena y un canasto de ilusiones. Y con la escoba en la mano, desde que los gallos cantaban, recorría las habitaciones, unas veces barriendo y otras bailando al compás de la vitrola. Luego con la niñita en los brazos salía en busca de flores y arrayanes.

Un día cualquiera se encontró con Froilán el guapetón de la Hacienda. Hijo de los mayordomos, dueño de un potro alazán. Le miró y sintió que algo le cerró los ojos y desde entonces sólo escuchaba el ruido del galope y los silbidos como si fuera un rruiseñor.

Sus citas, en el establo, en donde él cuidaba el ordeño y ella buscaba la leche de la vaca negra para el desayuno del patrón. La noticia llegó al ama quien, luego de consultarse con el Cura de la parroquia, le ordena que se le confiara cual si fuera el confesor.

Sin mucho titubeo le enseñó la caja de cintas que él regaló el Froilán y al poco rato los dos en uno o uno en los dos se encontraron frente al patrón.

El palabreo y petitorio duraron toda una noche de fandango porque también velaban a la hija de los lecheros. El matrimonio civil, en el pueblo, con banda de músicos, gratis. El eclesiástico en la Capilla de aquí iluminada de cirios con sueño y engalanada de flores

que parecía que abrían las sendas de la felicidad. Los reclinatorios, en total seis, forrados de brillantes damascos, y el Cura, el mismo que hace veinte años había bautizado a Froilán.

Vestida de blanco con cientos de peinetas y zapatos de charol. Él, con terno de casimir como salpicado de ajonjolí, a su lado la mamá cubierta de mil colores y muy pálida la faz. Luego salieron y tras de ellos la gente que aplaudía la unión.

Fueron a un viaje muy largo por ciudades y santuarios siempre pidiendo a gritos por su felicidad. Regresaron casi al mes y se alojaron en una casa en la loma entre el arroyo y el bosque que recién empezaba a crecer. Y vinieron los hijos como llegan los veranos. Damián con las flores de Mayo y luego uno tras otros hasta completar diez.

Los días se convirtieron en años y la gente fue deshojándose cual mazorcas de maíz. Unos se fueron al cielo como los padres de Froilán, Josefa y Julián y cuantos más, a la ciudad de los patrones y su querido Damián, otros a la montaña a las cogidas de café encontrándole, en cualquier lado, la razón de su vivir.

Ya no se quemaban las eras y la paja se amontonaba en previsión del invierno. No volaban más cometas ni se oía discusiones por los nidos o las flechas. Empezó poco a poco a llegar el silencio y con él los años buscando refugio para su soledad.

Y los niños de otros tiempos ya con niños en los brazos el 23 de Diciembre llegaban trayendo en toneladas la dicha y la felicidad. La casa se iluminaba como en fechas anteriores y los murciélagos tristes abandonaban sus antros porque no les agradaba la luz.

Todavía ligera iba de allí para allá acomodando las estancias y ahuyentando la soledad,

besando al que llegaba, sean sus hijos o no porque a todos les había dado hace tiempos su corazón.

Recuerda los grandes preparativos para la Misa del Gallo. Un espectro por Cura entonaba los himnos de Navidad y con flautas y pitillos los hijos de sus hijos alegraban la Capillita donde yacía el Niño Dios, entre musgos y güicundos e iluminado por la estrella que colocaba la niña chiquita de cuarenta años atrás.

A más de la media noche los manjares se ofrecían en fuentes de porcelana, los licores en jarras de tallado cristal. El amo a la cabecera, alrededor los hijos multiplicados por tres, cuatro y cinco en el comedor principal. Sus hijos, nietos y nueras en la mesa de la cocina comían cosas iguales y sin ningún rencor.

Después, en los grandes corredores, niños de toda edad, confundidos por el juego, no se sabía de quién son. Pintados con acuarelas o remojados en lodo, pedían limosna a gritos para hacer el Año Viejo porque en caso contrario, en el largo testamento, les dirían lo que son.

En las noches de luna nueva se disfrazaban de duendes y corrían alocados desbaratando su paciencia. Pero el tiempo lo transforma todo y se quedaron solos los patrones, ella y su Froilán a tomar sopas de sobre, agua de toronjil y por postre la medicina que señala el niño Doctor, pero unidos fuertemente, buscando seguridad.

.....

Se aleja con la carga de sus años a la espalda y, pienso que cualquier madrugaba se quedará rígida, sin temores, rodeada de un sinfín de estrellas que le llevarán al cielo pero que regresará a la Cruz Grande de Piedra a vigilar, para siempre, la Vieja Hacienda.

Tríptico

Teresa León de Noboa

1.- Atrapada en las sombras

Una enfermera se acercaba a la mesita del teléfono y quise gritar que no lo hiciera, tenía el presentimiento de que algo catastrófico estaba por suceder; un movimiento extraño sacudió todo a mí alrededor, parecía un temblor de mi propio cuerpo; pero no, el piso pulido del pequeño cuarto ligeramente iluminado, empezó a moverse con un ondulado movimiento que simulaba una marea en ascenso.

Un extraño estupor me hizo volver la cabeza, y allá al fondo, detrás de la mampara que separaba el cuarto contiguo, estaba él con el rostro adusto y su larga bata blanca, parecía conversar con alguien, agitaba su mano en un gesto de amenaza y creí leer en sus labios un nombre de mujer que llegó a mis oídos apenas como un susurro... enia... enia... enia. Acaso dijo Ifigenia? O Frenia?

De pronto se agudizó ese inexplicable mareo, las paredes parecían desprenderse del tumbado y venirse abajo aplastándome, cerré los ojos y esperé, no sé cuanto tiempo, un segundo o una eternidad.

Un recuerdo intenso se hizo tangible... caían las tortas de masilla del cieloraso por mi cabeza y mis hombros, yo estaba de pie en medio del cuarto, joven y radiante, desafiando el peligro me negué a salir de allí, mientras él, pálido, me impedía a hacerlo y al no conseguirlo, sin poder disimular su oscuro pavor, emprendía veloz carrera, como lo hacían todos, gritando: sálvese quien pueda! Mi carcajada de burla debió herir sus oídos y su orgullo hasta el final de la escalera... Desde la ventana de la esquina veía a la gente atropellándose por salir a la calle, y allí estaba mi tía, la buena tía que hizo las

veces de madre mía, gesticulando, con las palabras ahogándose sin voz; detrás de los cristales creí entender su angustiada súplica: baja, baja, muchacha loca...!

Un nuevo y más intenso movimiento volvió a sacudirlo todo, y al verme sola en la casa, un elemental instinto de conservación hizo que dirigiera mis pasos a la salida; pero, fue entonces cuando la voz me conminó a quedarme en mi lugar: ¡Hoy no te mueves! ¡Si hemos de morir, moriremos los dos! Era esa voz colérica de quien se había visto humillado antes por mi burla... En otra ocasión sucedió igual cuando nadábamos en el río cercano a la finca familiar donde pasábamos las vacaciones; yo lo hacía muy bien, él no, y era muy orgulloso. Era tan superior en todo. Yo lo admiraba profundamente y él lo sabía. Tal vez la figura de mi abuelo era la única que había despertado igual admiración en mí. Mi abuelo, a propósito, acá, en esta otra realidad, cuando yo buscaba un lugar por donde escapar hacia afuera, vislumbré abierta la puerta de en medio, me parecía estar en el antiguo departamento de los altos balcones como atalayas desde donde se dominaba gran parte de la calle principal; luego se confundían las imágenes y parecía la casa de los tíos en donde transcurrió mi infancia, y el cuarto del que deseaba escapar era el mismo en el que murió mi abuelo; pero, al intentar salir, bloquearon la puerta unas figuras borrosas, como en sombras; una de ellas traía un niño en brazos, algo de su ropita, al parecer celeste, me pareció extrañamente familiar y un oscuro dolor trataba de hacerse presente; desde atrás se abrieron paso otras personas, no podía ver su rostro, presentía que las conocía y que me eran muy amadas, me franquearon el paso, no había escaleras, sin embargo me encontré en la planta baja, otra vez dentro de un cuarto en penumbra, grande como un salón; tenía que escapar de algún modo. Enfrente había una ventana o una pequeña puerta que dejaba pasar un leve resplandor de luz de aurora; seguramente eran más de las cuatro de la mañana ¡Qué tiene esa hora en especial que me asusta? Es el filo de la noche. Siempre he permanecido insomne hasta rayar el alba en que, como un alivio, descanso al fin de la dura jornada de las sombras.

La ventana aquella dejaba pasar la luz de afuera por sus rendijas, pero estaba sellada con tablas clavadas a los marcos, lo cual puso mayor desesperación a mis ansias de huida;

busqué un objeto del cual servirme para echar abajo las tablas; pero, todo a mí alrededor estaba obscuro; comencé a escarbar con las manos, con las uñas; me impulsaba con los pies para dar más fuerza al tirón de mis brazos, y, al fin cedió una tabla dejando un claro por donde escurrir el cuerpo; logré pasar con esfuerzo y vine a dar a otro cuarto menos amplio, apenas iluminado por una luz que venía desde lo alto; nada, ningún borde donde apoyar el pie para escalar; ningún resquicio a la esperanza; entonces me senté en un rincón y volví a ejercitar un juego visual de la infancia, como un consuelo o un simple entretenimiento de quien se sabe irremediamente solo: el zócalo del cuarto a media luz mostraba las siluetas de extrañas figuras como de duendes cabezones o seres de otros mundos; una veces eran caras de piedra de dibujos multiformes como cenefas, igual a los que se exhiben en las vasijas antiguas de las excavaciones de nuestras culturas primitivas o en los tejidos folklóricos indígenas, símbolos, mitos, que sé yo; pasan, pasan, van pasando, sus siluetas se perfilan en las sombras...

Siento pesados los párpados, tengo un cansancio tan hondo, que parece un cansancio de siglos... Recojo las rodillas hasta apoyar en ellas mi frente; estoy quedando hecha un ovillo, siento alivio, es como si se alejaran todos los sufrimientos, como si yo también fuera uno de esos dibujos pegados a la pared...

¿En dónde estoy? He dormido mucho. No puedo abrir los ojos pero oigo un rumor de voces y pasos que parecen aproximarse.

Estoy acostado en una cama en posición rígida, y algo me impide realizar ningún movimiento, como si estuviera atada...

Comienzan de nuevo los recuerdos, esta vez son olfativos, esos olores, si, son los mismos ya experimentados otras veces, pero ¿de qué son? Es como si me doliera recordarlos... y este lugar, es acaso un hospital? Alguna vez sufrí un accidente y estuve hospitalizada... ¿Era a mí a quien llamaban bella? ¿Cuándo fue? ¿Hubo una segunda vez?

Las voces están más cerca, una suena más segura, doctoral; las otras suenan a corrillo, parecen de personas más jóvenes. Hablan de la paciente... ¿Esa paciente soy yo? ¿Por

qué? ¿Quién es entonces esa otra que estaba pintada en la pared? De nuevo escucho el timbre doctoral de la voz que me estremece, lo imagino con su larga bata blanca... no quiero abrir los ojos ¿Qué dice? Otra vez pronuncia aquel nombre de mujer, acaso el mío... Ifigenia, enia, enia, enia... la palabra se pierde en el vacío con ese raro final... los pasos se alejan, todo se sume otra vez en el silencio... Mi voz, mi propia voz musita como en susurro lejano... enia... enia... enia!

2.- Las cinco horas

Primero fue el aviso. Tal vez cuando dormía entraron en puntillas, retiraron algo de su sitio y me dejaron la nota en el espejo. Me sobresaltó el reflejo que daba directo a mis ojos, era la primera luz del alba. Tomé el papel, no entendí el mensaje escrito, aún estaba en penumbra; no podía abrir la ventana para no despertar a la pequeña.

Tiempo atrás, también hubieron los avisos, el pajarito muerto, la luminiscencia en el ventanal de abajo, el vuelo de la lechuza y su graznido al pasar por el tejado.

Volví a quedarme quieta en el lecho y posiblemente dormité un rato. Sentí de pronto a la pequeña pararse a mi lado, temblorosa, se apretó a mi espalda y sentí el retorno de mi propia infancia... Se abrió la puerta del corredor y sentí alivio al reconocer la figura que acababa de entrar sigilosamente, la llamé por su nombre, guardó silencio... reparé en su rostro pintado de blanco, como una máscara. Luego entró él, para mí tan querido, no obstante resultaba lejano... Hablaban los dos en voz baja sobre una intervención con implementos que parecían quirúrgicos, aunque yo presentía que no lo eran... iniciaron algún tipo de exorcismo, en tanto sus figuras borrosas se movían en torno a mí y se disponían a actuar... La pequeña estaba segura a mi espalda, no podían tocarla.

Sentí un inexplicable terror, llamé una y otra vez a quien nunca pudo oírme... nadie acudió... la máscara se mantuvo cerca y yo preferí quedarme quieta, mientras la voz le

insinuaba - acércate ahora que está más calmada...

Realmente no sé qué pasó, la voz que me era tan querida me susurró al oído: -ya pasó, eso era todo...

Tan solo trato de entender cómo en este mismo lugar, a la misma hora, entre los mismos objetos conocidos estuviese ella, precisamente hoy, después de veintiséis años transcurridos, a las cuatro de la madrugada, y luego de cinco horas, a las nueve, todo había concluido...

La puerta interior había sido clausurada hacia tiempo; no obstante, allí quedaba perfilado su dintel justo encima del mismo armario grande a cuyo extremo estuve fuera de mí misma con su blanca forma inerte entre mis brazos... allí las fotografías como fantasmas del pasado, los padrinos, el cortejo de recuerdos... Quizá el rostro en blanco simbolice aquel borrado rostro que no alcanzó su edad...

Todo parecía olvidado, superado; pero, fue suficiente ese instante de misterio en que alguien entró en puntillas al filo de la noche a cauterizar un hueco en mi memoria para que aquello se hiciera tangible en la imperceptible agonía de las cinco horas transcurridas en el límite sutil de lo inverosímil...

3.- La casa de la abuela

La madre se había ido. ¿Adónde fue la madre? La pregunta se queda mucho tiempo sin respuesta, quizá hasta siempre. La muerte no es una respuesta, menos en la mente de un niño...

Ella, con la piel ajada y los mismos ojos tristes, es otra vez como una niña huérfana o es quizá la madre de la anhelada respuesta... ¡Que gran quietud hay en la casa extraña de las extrañas gentes! Allí, sobre el césped, bajo las ramas del añoso árbol que parece un viejo amigo, ella se abraza al tronco como una enredadera que busca subir y escaparse por encima del tejado. Siente en la nunca esos ojos fijos de alguien que la mira desde

cerca... la persiguen, por qué no la dejan de una vez en paz? ¿Quién es aquel que se aproxima? ¿viene a oírla? Permanece quieta hasta que se acerque más. Lo ha tomado del cabello, violenta... pero ese rostro, entre sorprendido y airado no es el que esperaba... lo suelta, dulcifica la voz y se disculpa. Alguien explica el caso y todo pasa. ¿Eso fue ayer o mucho antes? Ahora está en calma. El verde intenso de la hierba fresca da una sensación de paz. La agitación interior se calma. Se apagan los recuerdos. Aquí se está muy bien. Jamás se irá de aquí...

Descansa, no digas nada, no estás sola, te queremos... Las voces suenan lejanas. Hay puertas que se abren y vuelven a cerrarse con ruido de llaves y pasos furtivos. Bultos indefinibles vienen y van en silencio, solo esos ojos siguen escrutando desde adentro.

Es otro día, las batas blancas y las tocas como alas de paloma, revolotean en torno. Las voces dan órdenes precisas, firmes aunque sin violencia. Ella es quien habla ahora... ¡Doctor, déjeme salir, aquí muy cerca está la casa de mi anciano padre, me necesita, tengo que llevarle su alimento! Ese ruego suena distante en el tiempo, luego, nada, otra vez el silencio... otra vez la infancia, esa casa extraña y también sus gentes; sin embargo suenan muchas palabras de cariño, de curiosidad, de sorpresa y también de desencanto... La vocesita dulce clama ¡ñañita llévame a casa de abuelita, está aquisito, a la vuelta de la esquina...! tomadas de la mano, en sigilo, emprenden la aventura. Nadie se percata. Ya van, calle abajo, a lo desconocido, en busca de aquello que extrañan y quien sabe donde esté...

La minúscula capilla se insinúa como un rincón de paz, sus vitrales de colores registran mundos nuevos hacia allá encaminan sus pasos con todos aquellos que salieron fuera de sí y buscan su casa... allí está la mama grande... tal vez ya la encontraron.

La madre

Mercedes Pérez de Gálvez

Elena, apurada por las voces de José, que le llamaba porque ya terminaba de poner las cosas sobre el lomo ensilado de la mula y le insistía para que le llevara pronto al gato, que Elena no lograba sacar de debajo de la cama, hasta que el mismo José entró a sacarlo y lo metió en una bolsa, y lo acomodó también sobre lo demás de la carga que llevaba la mula; ya su mujer, estaba afuera cargando a su pequeña Rosita de tres meses en la espalda, el solo cerró la puerta y dijo: vé pues, siempre se hizo tarde, y viendo hacia las última estrellas que desaparecían por el asomo del nuevo día, emprendieron la marcha.

Eran ya las 6 de la mañana cuando llegaron a Niguril donde desayunaron sus “Pishques” de frijoles con chile (tamales muy grandes, rellenos de frijoles molidos con chile) que desde el día anterior tenía preparados Elena. En la caseta del camino en donde les dieron albergue como en años anteriores calentaron todo y también el café que traían en el “Pumpo”. Al terminar Elena, cambió de pañales a su hijita y la amamantó para seguir tranquilos el camino hacia la finca, dándosela un rato a José para tirar ella mientras tanto del lazo de la mula. Eran ya las tres de la tarde cuando llegaron a Pinabete, ahí la buena gente les dio un lugar y algo de comer, completando lo que ellos traían, y siguieron hasta Celaya, en donde cenaron rendidos de cansancio y la buena Teresa Ortiz les dio un café recién hecho, al día siguiente, después de un madrugón y de tomar café y darle de comer a la mula, siguieron hasta la finca, donde vieron al caporal, que les señaló el rancho que ocuparían durante la “Pizca” del café.

Aunque era domingo y muy temprano se instalaron y fueron a la tienda de “raya” a comprar algunos víveres para la semana.

Acabaron de acomodar todo, llevando José a su mula al potrero.

Mientras Elena bañaba y acostaba a Rosita, ya solo esperó a su marido para comer.

Cuando este llegó comieron y José se dispuso a presentarse al Patrón, para que ordenara que le entregaran su canasta y le indicaran su “parte” para empezar lunes a cosechar el café.

Mientras Elena se quedaba sola esperando el regreso de su marido, recogió la ropa sucia de su hija y de ellos, dejó puestos los frijoles y maíz en sus ollas de barro que dejó cocinando, mientras; echándose a su hija a la espalda y al ver ella que solo un canasto y un costal había traído, le dijo: ¿Por qué no pediste de una vez el mío también? No, le respondió José, está muy chiquita Rosita y yo quiero que crezca un poquito más y entonces si, me ayudarás; pero ahora no porque está muy lejos al puente y cuesta mucho bajar con la carga y no te puedo ayudar con los canastos y la niña; después, ya vamos en el plan y más cerca ella está más grandecita, entonces sí. Bueno pues, en quince días ya voy yo también, y llevamos un cajón grande para meterla y yo te ayudo para que así paguemos luego la “dita” (deuda) y vamos juntando después lo que ganamos para acabar de hacer nuestra caseta en “Allende”.

Pasaron los días y como la niña estaba muy bien, Elena se aburría con solo los quehaceres de la casa y se empeñó a la semana siguiente en ir también ella al corte del café. Le dieron su canasta y a José otro saco para que lo que ella cosechara, él lo acarreará.

Colocaba a su niña en un cajón cerca de donde trabajaban rodeada de almohadas y pañales y bajo la sombra de los cafetos y se ponía a trabajar con empeño, soñando al reunirse con su marido en el arroyo, para comer y ella reía al comparar la recolectada por su marido y lo de ella, que apenas era un poquito menos que lo de él, de la tarde.

A las 3 de la tarde, llegaban al beneficio para entregar el café y para que José no cargara mucho, él se amarraba con un lienzo a su niña adelante y cargaba un poco de café en la espalda; así todos los días tranquilos, felices e iguales; hasta aquel terrible día en que habiendo mucho calor, Elena sacó del cajón a su hijita y la colocó sobre un pequeño petate, al pie de un cafeto muy frondoso, que le daba buena sombra, Elena se iba alejando poco a poco de donde dormía su hijita, pero a cada momento subía la pendiente para ver si aún dormía su hijita; pero aunque la rodeó muy bien por todos lados con

ropa para que no se fuera a rodar, dado lo inquieta que se había vuelto; su marido y otros trabajadores cosecheros más, estaban a poca distancia unos de otros, ya cantando o conversando a gritos para oírse, pues además ponían sus radios a todo volumen.

Este triste y trágico día, en una de las idas de Elena a ver a su hijita, todo pareció quedar en suspenso al oír un terrible alarido de ésta, que hizo que todos los que la oyeron corrieron empavorecidos al lugar; en el que al llegar, solo alcanzaron haber a la pobre de Elena que corría sin rumbo fijo entre la plantación, encontraron a la pequeñita desperezándose, despertada tal vez por el grito de su madre; llevando en su mano fuertemente sujeta por el cuello a una enorme serpiente de las llamadas verdes, todos trataron de seguirla, mientras algunas de las mujeres que cosechaban también y que acudieron a los gritos, se hicieron cargo de la niña, que llevaron a su rancho, hasta saber de la madre, que solo vieron correr y correr sin que por desgracia, por lo abrupto del terreno y lo cerrado de los cafetos nadie le diera alcance en su enloquecida huida, que parecía haberle crecido alas, ya que no solo no la alcanzaron, sino que se les desapareció. Todo fue inútil, anocheció y preocupados y compadecidos los compañeros de José regresaron con él, ya que ni los gritos ni nada los podía guiar en la densa oscuridad que reinaba.

Cuando llegaron al rancho, José lloraba desconsoladamente abrazando a su hijita, que tenía a su cuidado una vecina que criaba a su niño de más o menos la edad de Rosita. Al día siguiente, el patrón enterado de lo sucedido mandó patrullas de tres en tres hombre con José para buscar a Elena por distintos lados por el rumbo que se dejaron de oír sus gritos; pero todos regresaban sin ninguna noticia, cada día salían más temprano en su busca y se internaban hasta la montaña, pasando el huatal, todo era inútil y como ya se había perdido mucho tiempo se suspendió la búsqueda, que solo José seguía, día a día regresando tarde en la noche, aunque tuviera que madrugar a su trabajo, se le oía avanzadas horas de la noche sus lejanos gritos ¡Elena, Elena!.

Los domingos antes del amanecer él ya estaba lejos, siempre con la esperanza de encontrarla y nada, ya eran 9 días y ese domingo ya estaba en la montaña desde hacia varias horas, cuando oyó voces y ladrar de varios perros y esperó que se acercaran; eran

compañeros que habían pensado alcanzarlo y con perros y escopetas para ver su también podían cazar algo. Se internaron más en la montaña disponiéndose en grupos separados a fin de tener más oportunidades.

Al cabo de dos horas o más oyeron el ladrar desesperado de los perros de uno de los grupos que se oían a lo lejos, todos corrieron a reunirse a ver que asustaba así a los perros, pensando que tal vez era un jabalí o alguna otra presa, pero al llegar los primeros llamaron a José que ascético, no acudió a los gritos de los perros que indicaban así hasta por corretear a una ardilla o a un pavo silvestre; pero al oír que gritaban su nombre corrió lleno de esperanzas. Al llegar se encontraron la mayor parte de sus compañeros que detenían a los perros y e indicaron que dentro de una cueva casi cerrada por la maleza se veía algo, pero que no se movía ni hacía ruido y que lo estaban esperando para entrar, cosa que hicieron de inmediato, encendiendo cerillos y con una lámpara de mano entró José y sintieron terrible pavor y terrible angustia vio a Elena casi sin ropa y con cicatrices en todo el cuerpo y algunas sangrantes y purulentas, la vio excesivamente flaca. Ella con los ojos desorbitados y perdidos vio a los hombres que con José se acercaban, se hizo hasta el fondo, José llorando y llamándola cariñosamente, llegó hasta ella y hablándola, le decía no tengas miedo. La Rosita estaba buena, te voy a llevar para que la mires, a ella solo se le rodaron las lágrimas, pero veía a todos lados espantada, sin abrir la mano que aún sujetaba la osamenta de la serpiente que estaba casi completamente seca.

Al fin José logró que ella le dejara acercarse sin huir y tomó en sus brazos con infinita ternura llevándola como una pequeña cosa, hacia fuera.

Hicieron entre todos una pequeña camilla de palos y yerbas, colocando ahí a Elena que lloraba en silencio, lo mismo que José que le hablaba y hablaba sin que ésta le contestara nada. Regresaron al rancho y le avisaron al patrón, mientras José llamó a la que cuidaba de su hijita, que la llevó al lado de Elena, pero la niña al ver y oír a tanta gente se puso a llorar desesperadamente haciendo que Elena reaccionara y arrebatando con fuerza a la niña, la besara y lloraba sobre su carita abrazándola con infinita ternura, haciéndose hasta un rincón en donde veía con fijeza a todos sin pronunciar palabra.

Al fin llegó el patrón con el médico de la finca que les dijo que salieran todos y que se quedara la niña y José, nada más; pero Elena no soltaba a la niña hasta que José suavemente le habló y logró quitársela a fin de que la pudiera ocultar, el doctor les indicó que lo grave había pasado y con cuidado y cariño ella recobraría completamente la normalidad y que como había evitado que estuviera con la niña pidió que ante él se le mostrara para ver su reacción. Varios vecinos se reunieron por si surgía alguna cosa y que fuera necesaria su ayuda, así que al ver a su hijita, la tomó en sus brazos revelando en su mirada una inmensa alegría que expresaba con tiernos, pero casi ininteligibles palabras, llorando silenciosamente, como había logrado atrapar a la víbora que encontró en el petate de su hijita a quien supuso había picado.

José y sus amigos lloraban también ante esta escena conmovidos y llenos de alegría al ver la felicidad recuperada de aquella humilde familia.

Subiendo a mi montaña

Voy superando ya, la alta montaña de mis muchos años. Encontré también en el ascenso muchos recodos primaverales.

Muchas veces pasé ente abrojos causándome muchos daños.

No siempre fueron todos remansos luminosos de floridos rosales.

Ya empiezo a jadear de cansancio, pero con mucha entereza veo sin angustias con valor y fe aumentar ya mi alta cumbre.

Pero espero llegar allá de donde no se regresa, satisfecha, tranquila y sin ninguna pesadumbre..

Para el que se fue

Después de quince años de tu viaje al eterno; cuando me sentía desolada y muy triste todavía el amor llegó a mí, solícito, insistente y tierno.

Fue agradable volver a sentir la dulzura de ser amada.

Pero el corazón estaba frío y el alma vacía, por eso sigo sola, que para el amor la puerta está cerrada.

Ya solo espero de Dios la última llamada.

Arrastrando mi sombra

Arrastrando la sombra de mi ayer, que lentamente se desvanece en la bruma del olvido.

Voy sobre abrojos, cansada y sedienta de cariños, hacia la meta final de mi destino.

Vuelvo atrás en el tiempo, buscando los felices momentos de mi juventud ya ida.

Y todavía vibra mi ser gozoso y esperanzado, sintiendo reales los hermosos días de alegres memorias.

Pero muy pronto también, vienen en la caravana de los recuerdos, aquellos otros, llenos de angustia, de dolor profundo que siempre laceran el alma; en donde aún no se borran las heridas, que en ellas dejaron mis hondos pesares.

Y ahora que mi vejez sin estímulos, triste y sola hace que mi alegría se esfume.

Quiero parar; parar un poco, como un remanso de paz; pero el tiempo, me dice quedito al oído; avanza, ya no puedes quedarte en el camino, sigue adelante, tranquila, resignada.

Tu final se acerca, ya está escrito en el libro de la vida, ese es tu sino.

El Arbol

Aquel árbol viejo, en que muchos pajarillos anidaron entre su fronda, y que al pasar, de miles de voces, una bella música se oía, en su aún fresco tronco las parejas de enamorados su nombre grabaron.

El cansado caminante a refrescarse bajo su sombra se detenía; pero el tiempo inflexible, ha pasado, y todas aquellas cosas bellas se olvidaron.

Así es nuestra vida y como el árbol se le cayeron las hojas, así a nosotros después de cuidar con amor y ternura a nuestros hijos se nos van también con los años nuestra utilidad y energía.

Pues el frío invierno de la vida nieve dejó en nuestras sienes y frío en el corazón que ya no tiene del amor los bienes.

Nuestro ocaso se convierte en negra noche, mientras él llega, vivamos alegres, recordando la juventud de la que hicimos derroche.

Rodeémonos de flores, música y frescor, busquemos en los que nos rodean sólo su amor.

Ecuador

Aún no salgo tal vez para siempre de tus queridas fronteras y al pensar que pronto a mi país emprenderé el viaje mi corazón se encoge y pasa sin dormir noches enteras.

La grandeza moral de tu pueblo y la belleza de tu paisaje, me sedujeron desde la primera vez que pisé este suelo. Y en cada ocasión que regreso mas identificada con él me creo.

Quiero a tu gente que tan bien me ha tratado; me siento feliz de conocerte tanto, eres un portento.

Deseo que mi cariño y admiración por ti tú sientas, para que como yo, añorándote eternamente; así tú, me recuerdes como parte tuya siempre.

Este país y el mío, México, mucho tienen de hermanos, tenemos las mismas creencias, los mismos anhelos.

Para nosotros sagrada como la Patria es nuestra familia.

Una linda y querida parte de ella, con pena, dejo contigo, compréndela, son pedazos de mi corazón y por mí, dales mucho cariño y protector abrigo.

Los Snobs y el Poeta

Fernando Ortiz Bonilla

Tenía miedo, creo yo, detrás de su inmovilismo, o quizá, más que miedo, era una gigantesca y dulce amargura: el feliz encuentro con el tiempo, una amable resignación ante las reglas irrompibles del universo. Nancy lo descubrió antes que nosotros: cuando Franco Portilla enfermó (era apenas una intrascendente pero larga gripe) y fuimos a visitarlo en su oscuro cuarto de pensión, Nancy se permitió rebuscar los papeles que se acumulaban en el cajón de su escritorio barato.

Franco quiso protestar, pero una ancha sonrisa plagada de débiles estornudo se desplazó sobre mi microscópica “carita” de ratón mojado. Eran poemas. Nancy anunció con prepotencia juguetona, su decisión de leerlos en voz alta. Franco siguió berreando, desde su cama, sin el menor efecto sobre la impetuosa Nancy.

¿Qué edad tenía Franco Portilla? Vaya usted a saberlo. Pero pasaba de los cuarenta. Nos habíamos hecho amigos de él cuando en la “Churrería” lo veíamos asistir desde lejos a nuestras violentas e incoherentes discusiones, que tomábamos por creativas. Acabó saludándonos y nosotros invitándolo a nuestra mesa. Ingresó al grupo, en el que se escuchaban los poemas, los cuentitos y hasta los trozos siempre incompletos de aquella gran novela que seguía prometiendo Nelson Salvador. Cuando Nancy exponía en el “Taller” allí estaba también Portilla, mirando con parsimoniosa aprobación, las violencias crónicas que Nancy esculpía sobre las inertes telas. Era, pues, un diletante. Sabíamos que tenía un oscuro puesto en algún ministerio, y que esperaba patrióticamente la fecha de su jubilación. Se negaba a contar más, pero aprobaba –al menos en inofensiva teoría- nuestras más fervorosas locuras bohemias; inclusive cuando se pasó de nuestro grupo al sector marxista - leninista, disqué asqueado de nuestra estéril “torre de marfil”, Portilla no les negó cierta razón, sin embargo no nos condenó totalmente a los que restábamos. Desde entonces asistía -con amable justicia- a las reuniones de ambos grupos, y hasta servía de mensajero en nuestras agrias disputas. No

tomó partida jamás, pero de vez en cuando emitía lo más próximo a un pronunciamiento de que era capaz:

-“Más importantes que estas discusiones”, repetía a una u otra forma, “es el resultado. Siga produciendo”. Con lo que naturalmente, se ganaba un indiscriminado aplauso.

Y ahora, en esta reunión informal, en una habitación mezquina, iluminada por una inadecuada lámpara: Nancy leía en voz alta un despliegue de profunda y colorida minería, de inusual y grávida música, de tenues olores magistrales que nos impusieron un asombrado, quizá, hasta penoso silencio.

¿De quién era esa poesía, ligeramente arcaica, profundamente mágica, sonora y luminosa?

Nancy leía con pausado respeto –desaparecido ya el tono inicial de graciosa burla- lo que no puede describirse sino como la veta, incansable, pérfidamente perfecta, de un lenguaje que derribaba los muros y encendía candiles. ¿A quién robaría Franco Portilla estas joyas? ¿De qué libro secreto –quizá asiático- habría plagiado estos golpes a nuestra incredulidad?

Todo se había transformado: Nancy, nosotros, el propio Franco Portilla, habíamos caído en uno de esos trances que siguen a un descubrimiento único, finalmente, Franco murmuró: “Déjalos donde estaban, Nancy”, y ella mecánicamente obedeció.

No sé quién se atrevió a destrozar ese instante preguntando de quién eran esos poemas. Franco se limpió la nariz con gran cuidado antes de responder, sencillamente, que eran suyos, trataba de un plagio. Pero él ante nuestra confusión, aseguró que eran suyos.

No recuerdo ya sus frases exactas, pero si insistió, que no quería publicarlos, que no le interesaban ni la gloria, ni la publicidad “No escribo para dialogar”, recuerdo que dijo en algún momento. Todos protestamos, conscientes de lo insólito del fenómeno. ¿Quién escribe para sí mismo, aunque lo proclame? ¿Qué sentido tiene fabricar orfebrerías maravillosas que a nadie van destinadas? ¿Qué clase de obscuro y sangriento crimen es ese? ¿Qué feroz historia se acumularía tras este hombre pequeño, tan perdido en su monstruosa grandeza, tan solitario en su monótona indiferencia?

- ¿Por qué? Le preguntamos una y otra vez

- Porque no, respondía.

Hablamos de egoísmo, de esterilidad, de insensatez. De nada sirvió.

Pero nuestro acoso comenzó a intranquilizarlo visiblemente. Tras lo que parecía una larga vacilación, asumió en tono enérgico que lo desconocíamos. Terminamos en dura discusión, en la que, al final, no faltaron los gritos y los insultos; confusos y todavía hipnotizados, por la experiencia, por ese doblemente nuevo Franco Portilla que acabamos de conocer, nos retiramos. No apareció más en nuestras reuniones. Pasaron semanas en las cuales el único tema de discusión era la forma de rescatar esos poemas, publicarlos y, una vez cumplida esa misión, reanudar la amistad interrumpida por tantas razones. Hernán Gómez publicó un artículo en el Suplemento Dominical –con el que colabora- sobre “Un magistral Poeta Inédito: Franco Portilla”, quizás con el ánimo de congraciarse. Fue una decisión estúpida. Al día siguiente, Portilla se suicidaba.

La noticia nos aplastó. Nos consideramos causantes involuntarios de su muerte. Pero en la amarga conversación que tuvimos esa noche, decidimos que, como mínima reparación, debíamos tratar de rescatar sus escritos y comunicarlos al mundo.

Nos dirigimos a la pensión y pedimos –como amigo del fallecido- acceso a sus papeles. La dueña de la pensión, después de pensarlo mucho, nos permitió ingresar a la habitación. Nos lanzamos sobre los papeles de Franco, pero no encontramos el gran paquete de poemas.

- ¡Ah, eso!, dijo la dueña de la pensión. Vino una jovencita esta mañana y se los llevó; dijo y comprobó ser hija del finado.
- ¿Una hija?, preguntó Nancy. Nunca dijo haber sido casado.
- ¿Y yo qué sé? Masculló la señora; pero tenía derecho a llevarse los papeles. Se identificó. Lucía Portilla, decían sus documentos.
- ¿Y dónde está ahora?
- No tengo la menor idea, dijo la señora. Y no me interesa; pero si quieren ver otros papeles, allí hay algunos que dejó esa señorita.

No sé si los dejaría a propósito. No sé si Franco hablaría de nosotros con su hija. No sé

nada de nada; pero los papeles que quedaban eran recortes periodísticos, amarillos por el paso de los años.

Me bastó leer uno de ellos. Narraban el asesinato de una mujer, cometido por un hombre llamado Franco Portilla, a quién salvó de la prisión, el haber podido comprobar que era débil mental, capaz a duras penas y exclusivamente de desempeñar los más humildes menesteres.

El señor sonrisa

Viajábamos en un colectivo atestado de gentes de todos los colores; al sentarme algo llamó mi atención. Era un rostro parecido al de un ser humano. Era una especie de alfeñique parlante, una especie de barra de lacre, más risueño que una cosquilla, (No sé su nombre, ni he hecho nada por averiguarlo. Sin embargo, sigue presente en mi memoria) la risa más franca y juguetona no se apagaba jamás de aquella boca traviesa, donde a pesar de todo observábase una ligera expresión melancólica que aquella risa quería, sin duda, destruir. Su físico pobre, apurado quizá, por una vida demasiado alegre y borrascosa, no pudo resistir mucho, declarándose unos ligeros ataques de tos que le obligaban a mirar un poco a las gentes que estaban a su lado. En ningún momento se sintió avergonzado, por le contrario se animó más. Y era curioso oírlo hablar con las expresiones más picarescas y propias de un argentino “pero mira, viejo”, “si vos querés”, capaces de hacer cosquillas en un cadáver. Él era de bigotes y barba aunque un poco calvo y con una sonrisa más risueña que las notas de una cigarra. Fumaba en pipa y cuando le rodeaba el humo, parecía una bruja escapada por el caño de una chimenea en noche de sábado, pero una bruja infernal y satánica. Miraba de un lado hacia otro y reía de una manera formidable, como si aquel día hubiese sido el más feliz de su vida. De cuando en cuando se oían voces y risas. Al bajarme del colectivo, le miré otra vez y no pude contener una carcajada, volviéndome de vez en cuando a mirar a aquel hombre que seguía sonriendo, mientras el carro se perdía en la noche...

Desde el Sueño

Galo Galarza Dávila

(Del libro: “La dama es una trampa”)

No se sorprenda hermano de verme aquí colgado. Ya sé que los cadáveres de los ahorcados no lucen muy bien que digamos, pero así es la vida; o, perdón, así es la muerte. Fea. Odiosa. Repugnante. Pero también la vida se me había puesto fea, odiosa, repugnante y, por eso, me la saqué de encima. Por eso me salí de ella tomando este atajo tan horrible. Y por eso usted me ve aquí colgado, balanceándome sostenido de mi propio cuello, con la lengua morada y remordida y los ojos desorbitados. Así mismo me encontraron Mariana y el compadre Cuero cuando llegaron a buscarme en el departamento. ¡Qué grito el de Mariana! ¡Qué susto el del compadre! Y por Dios no vayan a culpar a nadie de mi muerte. Así dejó escrito en este papel que está sobre la mesa y que ya lo conoce la policía del Distrito de Queens. Aunque mejor habría sido escribir: “Culpo a todos de mi muerte”, que es otra forma de no culpar a nadie, ¿no le parece?

Haber hermano, usted que es literato escriba cómo me encontré aquí colgado, describa el color de mi lengua, cuente como las babas espumosas se me regaban por las comisuras, pinte con palabras la forma que tienen las órbitas de mis ojos. Espanten con su descripción a todos los que creen que los hombres de provecho se matan. Yo soy el ahorcado-desterrado que es muy diferente a ser el ahorcado-muerto a puntapiés descrito por el loquito Palacio. Si le conté que yo conocí al Pablito Palacio ¿no? Claro, lo vi un par de veces en el manicomio de Guayaquil. Los estudiantes de periodismo íbamos mucho a los manicomios y a las cárceles por esa época para hacer reportajes. El loquito era precioso, tenía el pelo colorado con unas partes blancas y una sonrisa estrepitosa, de “potrillo tierno”, creo que dijo don Benjamín Carrión, en uno de sus libros. Ya ve que yo también soy leído, qué se ha creído usted. Lo que pasa es que los literatos se creen

mucho lote, nos hacen de menos a los periodistas. Y no saben que para ser buenos escritores primero deberían ser buenos periodistas, al menos eso dice el más grande escritor vivo de nuestra América que es, con su perdón, Gabrielito García Márquez. Disculpará nomás sino está de acuerdo, pero ese creo que debe ser el punto de vista de quinientos mil lectores más. De lo contrario le invito a que haga una encuesta desde México a la Patagonia y verá el resultado. Una sola preguntita debe formularse: “Diga, ¿para usted quién es le escritor vivo más importante de América Latina?”. Claro que algunos dirán que es Vargas Llosa o el Bryce Echanique (peruanos traidores); o que el Octavio Paz o el Carlos Fuentes (mexicanos presuntuosos); o que José Donoso (el chileno fantasma); o que Sábato (el argentino fantasma) o el otro argentino Oswaldo Soriano (ese de “Triste, solitario y final”); o cualesquiera de las mujeronas-escritorazas que titilan ahora en el cielo de las letras: la Poniatowska, la Allende, la Esquivel, la Piñón; algunos nacionalistas dirán, sin duda, que el “Turco” Adoum o que el Raulito Pérez (por ser el más premiado de los autores ecuatorianos). Pero ninguno podrá equipararse a Gabo colombiano. No se sorprenda hermano, no es la primera vez que menciono autores y libros. Recuerde aquella vez que nos fuimos con nuestras familias a ese paseo maravilloso por New Jersey, cuando nos pusimos a hablar horas y horas de política y literatura. Entonces yo le dije, para su asombro, me acuerdo clarito: “Vea hermano yo no soy comunista pero admiro demasiado al Che Guevara”.

Pero volvamos a este presente, le estaba hablando de mi muerte y no de literatura. Lo que más me duele de esto no es la muerte misma, ¿sabe?, porque ella llega indefectiblemente algún rato para todos. Nadie se libra de la maldita. Lo que me duele es haberme muerto lejos de mi tierra. Desterrado. Ahorcado y desterrado, qué dualidad tan amarga, hermano. Y usted sabe que yo ya me estaba preparando para volver a nuestra Patria (con mayúscula, claro que sí). Se acuerda de los planes que le conté, esos de comprarme una radio, allá en mi tierra. Una radio es poder en nuestros pueblos y en cualquier parte. La radio debía ser el primer paso, después debía venir la diputación. Siempre soñé con ser diputado de la República en representación de miles de

ecuatorianos que vivimos regados por le mundo. Y estoy seguro que lo hubiera conseguido. Tarden o temprano darán el voto para los ecuatorianos radicados en el exterior y como ahora ya pueden participar en las elecciones los independiente, ni siquiera habría hecho falta que me afilie al partido del Presidente. Siempre soñé con ser diputado y estoy seguro que lo hubiera conseguido, como lo han hecho tantos imbéciles y pícaros de nuestras tierras, quienes no tienen ni la tercera parte de mis méritos, y perdone que deje la modestia a un lado. Antes, cuando no votaban los dependientes, el éxito en política era apuntarse al partido del que iba a ser Presidente. Era ganancia segura. Y como todos sabemos en nuestro país quien va a ser el próximo Presidente con bastantes meses de anticipación, yo ya había entrado en conversaciones con la gente de este partido y tenía el noventa por ciento de posibilidades que acepten mi candidatura. Yo soy bien popular allá, qué se cree. Vea, durante todos estos años no me he olvidado de mi gente, he estado haciendo colectas por aquí y por allá, Kermesses para recaudar fondos, rifas, sorteos, bailes de coronación, y esa platita que recaudaba mandaba enseguida para la escuelita tal, para la restauración de la iglesia cual, para el carro de bomberos, etcétera, etcétera, etcétera. Así, mi gente nunca se olvidó de mí y me adoran por allá. Una calle del pueblo tiene mi nombre y tal vez hasta alguna escuela, ahora que me he muerto.

Ah, si me pusiera a contarle anécdotas de las veces que he regresado y la forma como me han recibido en mi pueblo. Usted, con lo bandido que es, se moriría de risa. Verá, por ejemplo una vez, cuando mi amigo Blasco estaba como Vicepresidente de la República, sí, el mismo Blasco que ahora es Embajador ante la Santa Sede (que usted sabe no está en El Vaticano sino en Washington), conseguí que viaje conmigo al Ecuador un equipo de una de estas cadenas televisivas y radiales de Nueva York. Sí, oiga, cáigase muerto, la reportera principal era una gringa espectacular, de origen venezolano o boricua, preciosa la mujer. Alta, rubia, con unos ojazos azules. Un hembrón, como se dice vulgarmente. Pues ¿qué cree? Les levo a ella y al equipo de gringos a visitar al Blasco en las oficinas de la Vicepresidencia y consigo que nos

autorice a utilizar un helicóptero del ejército, con el cual viajamos a mi pueblo. Viera hermano la reacción de la gente. Era, le juro, como si Dios bajara del cielo. Me había preocupado, claro, de que un amigo, quien tiene un carro con alto parlante, pase toda la semana anterior anunciando nuestra llegada, metiendo tremenda expectativa. Y cuando el helicóptero aterrizó en mitad de la plaza central y aparecí yo en la puerta acompañado de ese hembrón, viera los aplausos, los gritos, los vivas que lanzaban la gente. Allí, rodeando el aparato que sonaba como un condenada, estaban todas las autoridades del pueblo, los profesores y estudiantes de las escuelas y colegios puestos sus uniformes de parada; las “matronas” y “patrones” de la “sociedad rural”; el cura y sus monaguillos; el pueblo llano y hasta las putas del único cabaret, bien elegantes pero a distancia del resto, estaban allí aplaudiendo y gritando del gusto. Todos ellos hubieran votado por mí si me lanzaba a la diputación, desde el cura hasta las putas. Y vea, véame hermano, en lo que me quedaron todos mis sueños, en este cuerpo muerto que ya mismo empieza a apestar, en esta lengua remordida, en estos ojos que tienen el color de las piedras. Y estoy seguro que Mariana y mis hijos no permitirán que se lleven mi cuerpo muerto al cementerio de mi pueblo, como yo hubiera querido. Me mandarán a maquilar en una funeraria, como hacen por acá los gringos con sus muertos, para que mi cadáver pierda su horrible apariencia. Me cerrarán los ojos, me acomodarán la lengua remordida, me maquillarán como a una vieja, me pondrán el mejor terno que tengo, la mejor camisa, la mejor corbata; mi hijo lustrará los zapatos y me los calzará como yo lo hacía cuando era criatura; mi hija me pondrá un clavel en la solapa, como yo le ponía a ella en la cabeza cuando era adolescente. Y así, con polvos y pinturas en la cara, con trapos elegantes, con una sonrisa fingida, me acostarán en un ataúd de tapa descubierta y me exhibirán por unas horas en la capilla de la funeraria. Allá acudirán en calidad de “deudos” todos los canallas que me hicieron la vida amarga, los que ensombrecieron y enlodaron mi existencia. Ya les veo a los Pivotes, a los Samaniego, a la pintarrajeada de la Moli Campos y su cornudo marido, al Carlitos Cuervo y al infame Flavio, al Cónsul Sánchez de Oliva y su nobilísima esposa. Mierda. Toda esa canalla desfilando frente a mi cuerpo muerto, hechos los sufridos, los apenados, pero en el fondo sonrientes, tratando de

averiguar entre murmullos los motivos de mi muerte. Cada uno fabricando su propia teoría. Los malvados dirán, ya les oigo, que encontré a Mariana acostada con el compadre Cuero o que me hice maricón y agarré el SIDA o que la mafia de los Hidalgo quería matarme porque podía convertirme en delator de sus fechorías y yo me les adelanté. Miles de historias, hermano, miles de estupideces, chismes, cuentos de estos envenenados.

Pero también vendrán a verme, de eso estoy seguro, las gentes que quiero, los humildes y humillados a quienes di alguna vez la mano, cuando más necesitaban, a los que brindé un consuelo en sus desgraciadas existencias. Habrá gente que me lllore de verdad, hermano. Vendrá a llorarme el pollito Velarte, la Lida Mar, los hermanos Velozo, los artistas populares a los que ayudé a promocionar en esta ciudad de hierro y sangre. Vendrá la señora Rosita, la viuda de nuestro buen amigo Rodrigo, muerto él también aquí, en la “Gran Manzana”, aplastado por un camión en Brooklyn. Vendrán los Santana, de la Asociación Manabita; los Mera, de la Asociación Tungurahua; la familia Pinto, del Club Pichincha; los amigos del Club Guayaquil 85. O sea los “cholos de mierda”, los “montubios tuberculosos”, los “chagras desgraciados”, los “indios alzados hijos de una gran puta”, como los llamaban nuestros “nobles criollos”, nuestros “representantes de lujo”, nuestros “dueños”. Todos esos que me endilgaron, alguna vez, esos mismos calificativos a mí y a mis amigos.

Y vendrán, cómo no, los narcos, los nuevos millonarios, los gordos mafiosos, los tramposos y estafadores, llenos de joyas horribles, vestidos con casimires finísimos y corbatas enormes, apestando a colonia “Egoiste”, acompañados de sus nuevas mujeres, escultóricas jovencitas recién llegadas de Portoviejo, Calceta, Manglaralto, vestidas con pieles de zorro plateado. Vendrán esa pléyade de poderosos dueños del poderoso don dinero, esos que viven ensuciando y enredando a la gente limpia, decente, inocente y torpe que se raja trabajando de sol a sol para asegurarse una modesta jubilación que les permita regresar alguna vez a la patria lejana; esos malditos llegarán con sus sonrisas de

honrado, para certificar con su presencia la pena que sienten por mi partida, aquí desfilarán ante mí féretro, estos que se aprovecharon de la gente ingenua que confía en el prójimo como en sí misma; que no tiene malicia para saber quién es bueno y quién es mierda.

Pero usted no venga, hermano, lo perdono por no velarme; yo sé que para usted sería demasiado doloroso verles a los culebras que enlodaron mi vida convertidos en viuditas llorosas. Usted es el único que sabe mi historia y por eso tiene la obligación de contarla. Usted es de los pocos en los que podía confiar ciento por ciento, porque a usted le conozco desde que era una criatura y yo visitaba a su viejo con mi hermano Adolfo, él también muerto de manera absurda y prematura. Usted es el único que se atrevió a defenderme públicamente y a reconocer en vida los pocos méritos que tuve, en un momento cuando más necesitaba, cuando más duros eran los picotazos de los cuervos.

Ahora que estoy aquí colgado, balanceándome hasta cuando el compadre Cuero se reponga de la impresión y me baje de la viga con la ayuda de la policía que ya debe estar en camino, invocada a gritos telefónicos por Mariana, mi buena compañera, me siento liviano, aliviado, después de todo la muerte es purificadora. Veo a Mariana y me duele su dolor pobrecita mía, si usted puede llamarla o visitarla hágalo mientras pueda, mientras viva, a ella es a la que más falta voy a hacer. Mis hijos ya están grandes, tienen sus vidas hechas, son más gringos que ecuatorianos. A ellos no les haré falta como a Mariana, con quien estuve casado treinta años y a quien encontré jovencita, para como una tórtola, allá en el manso Guayas. Sin embargo desde aquí también me acuerdo de las veces que discutimos, de las veces que quiso abandonarme, hasta de mis locuras, de mis ansias de servir a los demás, de entregarme de cuerpo y alma a las causas de nuestro Ecuador; desde aquí me acuerdo de las ocasiones en que me amenazó con el divorcio, con el abandono, le perdono todo, todas sus faltas, pensando en los años felices que pasó a mi lado, en todas las cosas que compartimos y que gozamos.

No le pido que publique mis poemas y mis canciones porque estoy consciente que no

son buenas, son malísimas, como usted me diría con descarada franqueza. Pero comprenda hermano literato que eran solamente sentimientos, desesperados sentimientos, lágrimas hechas canción, como la mayoría de nuestra música. Pero mis canciones y mis poemas no eran lágrimas para afuera, de cocodrilo (eso pueden hacer algunas y algunos afortunados), las mías eran lágrimas para adentro, lagrimones que salaban todo el tiempo el alma. Mi alma por eso quedó salada, como el mar azul, azulísimo, que moja nuestras costas, ese mar donde nunca más podré mojar mis pies ni hundir mi cuerpo que quedó medio deformado por los años y la falta de ejercicios y cuidados. Este mismo cuerpo que está aquí balanceándose, lleno de várices y carnes abultadas, este cuerpo que pronto será pasto de gusanos.

Por eso escriba hermano, no se ablande, diga como me vio esta tarde cuando me aparecí en sus sueños. Si usted se calla ya nadie se acordará de mí. Seré una sombra insepulta, apátrida, que se quedará vagando errante y sufriente por las calles de esta tierra ajena, de esta Nueva York de acero y sangre, como alguna vez escribió usted mismo en un artículo que le publicamos en “El Ecuatoriano”. ¿Se acuerda?

Sombras de la auto – ruta

(De la Revista “eskeletra”)

Es noviembre y llueve. El pavimento mojado produce una serie de espejismo, parece que me deslizara sobre una sucesión de lagos. Estoy fatigado, vengo de conducir cinco horas seguidas. Salimos del hotel de madrugada, a las cuatro y quince para ser exactos. En la radio suena una música estridente de rock viejo.

- La carretera es una serpiente –dice mi hija cuando se sienta a mi lado y mira a través del parabrisas.

Ella venía durmiendo en el asiento de atrás. Le pregunto que a quién oyó esa expresión. Me responde riéndose que a nadie, que la leyó en un libro de sus sueños. Yo también me río de mi ocurrencia.

-¿Te gusta la música de los Beach-boys? –me pregunta con su vocesita de pájaro.

-No, le digo, pero déjala, me ayudará a mantenerme despierto.

-¿Por qué le dejaste ir a mamá?, -me recrimina-, si ella estuviera aquí conversaría contigo, ella nunca se dormía en los viajes.

-Yo no la dejé ir, digo a la defensiva, tú sabes bien Mariuca que ella se fue porque quiso, porque se cansó de mí.

-¿Crees que mamá se habrá cansado de mí?, -vuelve a preguntar. Y yo me preparo para enfrentar su largo interrogatorio.

-De ti no mi amor, de ti no, tú sabes bien que ella te adora, lo mismo que yo.

-Pero también te quería a ti papi; ella me dijo eso muchas veces y te lo dijo a ti muchas veces. ¿Recuerdas aquella vez en la casa de la playa, cuando nos quedamos solamente los tres y salíamos todas las tardes a caminar por la arena mojada viendo cómo se ponía el sol? ¿Por qué nos vinimos acá papá, si allá éramos tan felices?

-No preguntes tanto Mariuca, mira que me distraes y es peligroso manejar con

lluvia.

La niña se calla y, cuando la miro de reojo, compruebo que está llorando, que unas lágrimas pequeñitas le ruedan traviesas por el rostro, al que cubre a medias con su oso de peluche.

-No te pongas triste Mariuca, le digo, ya verás que cuando llegemos nos vamos directamente a comer pizza, la que a ti te gusta; y después nos bañamos en la piscina del hotel.

Nada la consuela. Se ha quedado en completo silencio y mira a un costado de la carretera.

-Tu mamá se fue, digo derrotado, porque no quería seguir rodando por las carreteras de este lugar ajeno. Quería una vida mejor. Una casa fija. Un país. Cuántas veces le habrás oído decir que le hartaba ser nómada. Ya te he explicado lo que es un nómada Mariuca, un ser que va de un sitio a otro, que no tiene una casa permanente.

Por fin reacciona y con indignación me grita:

-Y ¿por qué somos nómadas pa? Yo tampoco quiero ser nómada. Yo me quiero ir con mamá.

Y se desata en un llanto incontrolable. Zapatea. Intenta golpearme con el oso. Detengo furioso su mano. Casi me salgo de la ruta. Maniobro con el volante. Me parqueo a un lado de la vía. Enciendo las luces intermitentes. Hay algo de neblina.

-Mariuca, mi amorcito, -le digo-, cálmate, cálmate. La abrazo y siento que me deshago por dentro cuando ella se acerca temblando, se pega a mi cintura y hunde su rostro mojado en lágrimas en mi estómago.

-Me da miedo papito, -dice hipando-, me da miedo cuando te pones bravo.

-No estoy bravo, -respondo-. Lo que ocurre es que no puedes ponerte así mientras estoy manejando, casi tenemos un accidente. Vamos, acuéstate nuevamente en el asiento de atrás y vuélvete a dormir, todavía nos falta bastante para llegar.

-No quiero dormir, -responde-, no tengo sueño, quiero conversar contigo.

-Está bien, está bien Mariuca, conversaremos, conversaremos de lo que tú quieras, pero ya deja de llorar y acomódate en el asiento, voy a encender el auto.

Me cuesta regresar a la autopista, los automóviles vienen flechados, varios camiones han hecho sonar sus bocinas en nuestros oídos. Cada vez que pasa un monstruo de esos, nuestro carrito queda temblando por las vibraciones que produce la velocidad, y nosotros dentro del auto también temblamos de temor. Por fin consigo mi propósito y durante un largo rato vamos sin hablar. La tensión que produjo el paso de los camiones es un gran pretexto para no tocar los temas que me duelen. La música de rock ha dejado de sonar en la radio y ahora salen unas notas opacas de jazz.

-Odio esta música pa, -dice mi hija, y rompe así el silencio al que ya me había acostumbrado y que quería conservar a toda costa-. Mamá también odiaba esta música, -continúa-, éstos son ritmos para retrasados decía, ¿te acuerdas pa?

-Sí, me acuerdo, me acuerdo Mariuca. Por qué no pones ese casete de música española que tanto te gusta, le propongo.

-No, -responde terminante-, mejor éste de Richard Marx.

-Está bien, -digo-, está bien, ya somos dos marxistas dentro del auto.

-Éste es un chiste idiota pa, -replica agresiva-. Esa misma respuesta te dio mamá un día. ¿Por qué siempre estás repitiendo los mismos chistes papi?

Vuelvo a quedarme en silencio. Prefiero no responderle para no provocar otra reacción negativa de su parte.

-Dijiste que conversaríamos de todo lo que yo quiera, -vuelve a la carga-, no quiero que te calles pa, háblame, dime cualquier cosa.

-No te pongas agresiva Mariuca, no te pongas agresiva. Conversaremos de todo sí, pero sin agredirnos, ¿eh? Sin agredirnos mi niña.

-Ahora comprendo por qué te dejó mamá pa, eres insoportable.

La miro con rabia de reojo y veo que me ha dado las espaldas y que se tapa la boca con el oso de peluche, tal vez se ríe de mi ira.

Llevamos ocho horas en la carretera. Nos detuvimos hace unos minutos en una gasolinera para cargar el tanque, estirar las piernas y tomar café. Mariuca se comió una pasta de chocolate y un yogur de fresa. Para ganarme otra vez su confianza he debido comprarle un cuaderno de dibujo y lápices de colores. Ahora va nuevamente en el

asiento de atrás dibujando. Tan concentrada está en su trabajo que no se preocupa por la música de los Quilapayún que he logrado introducir en la casetera.

Mientras escucho esas viejas melodías me acuerdo de la universidad, de cómo las hacíamos sonar día tras día en los altavoces de los corredores para despecho de los frailes y de los señoritos y señoritas que no dejaban de protestar. Pontificia, gritaban, ésta es una universidad pontificia, váyanse a la Central, chinos, comunistas. La universidad, qué época tan maravillosa y tan distinta, Dios mío, tan distinta a ésta de ahora. Cómo se ha pasado el tiempo. Qué ha hecho la vida conmigo, con los otros compañeros, sus rostros van saltando en mi memoria: uno murió torturado por la policía, otro perdió la razón, otro es ministro de Estado, otra, la radical, ahora es quiromántica. Maldición. ¿Y yo? No puede ser que me pase rodando por las carreteras y los hoteles de estos países extraños. Por lo menos cuando ella estaba conmigo, ella a quien también conocí en la universidad, las cosas eran más fáciles, me ayudaba con la niña, me acompañaba en estos largos trayectos de soledad. Claro que en los últimos meses las cosas se habían puesto insostenibles. Sus ataques de histeria se hicieron frecuentes. Nos dimos de bofetadas delante de la niña. ¡Qué horror! Me dan escalofríos cuando me acuerdo de esas escenas tan terribles. Un día se encerró en el baño y me amenazó con tomarse un frasco de pastillas. Cómo sufrí entonces, cómo sufrí. Pero cuando estaba bien era adorable. Me parecía que recuperaba de golpe la belleza de su juventud y yo me enamoraba una y otra vez de ella. Hasta que venían las crisis y entonces sus ojos se transformaban, despedían odio, la boca se le curvaba, perdía todo su atractivo. Se volvía feroz.

-Mira pa lo que dibujé, -dice Mariuca, sacándome bruscamente de mis pensamientos.

Yo miro por el retrovisor, la luz interior del vehículo me pega de frente, alcanzo a distinguir la figura de un avión y de un niño.

-Lindo, -exclamo-, ¿es un avión y un niño, no?

-Sí, -dice-, en el avión va mamá y éste es mi hermanito. ¿Por qué no tengo un hermanito pa? Tal vez si tenía un hermano pequeñito, del tamaño de mi oso, mamá no

se hubiera ido, hubiera tenido que quedarse para cuidarle. ¿No te parece?

-Sí, es cierto Mariuca, es cierto.

-¿Y crees que mamá vuelva pa?

-Es posible Mariuca, es posible. Tal vez no le vaya bien allá.

-Pero entonces ¿cómo nos encontraría pa?

-Ya se dará modos Mariuca, ya se dará modos. Ella sabe cómo encontrarnos.

La noche está instalada en el cielo y aún no llegamos. Mariuca se ha vuelto a dormir. En la radio suena una pieza de Schumann. Y yo sigo pensando en el alcance de la pregunta. ¿Qué pasa si ella decide regresar? Me duele haberle mentado a mi hija. En verdad su madre no sabría cómo encontrarnos. Nadie sabría cómo encontrarnos. Ni yo mismo sé dónde estaremos después de mañana, en qué carretera rodaremos, en qué hotel pasaremos la noche. Mariuca se ha despertado. Se la nota completamente fatigada.

-¿Y si el hotel no tiene piscina pa?, -pregunta con desaliento y tristeza.

La Visita de Tío Pedro

(Del libro: “En la misma caja”)

“A Pablo Alfredo no deben despedirle, este guagua es un genio, deberían mandarle a estudiar en el exterior”, dijo el tío Pedro cuando regreso de Europa y vio los sapos disecados regados por todo mi cuarto. Antes de que se sorprendan mis padres por sus palabras, me sorprendí yo primero, porque me había acostumbrado a que todas las gentes que llegaban a mi casa y por coincidencia pasaban junto a mi habitación, salgan con arcadas, lanzándome miradas de reproche y diciendo con sus caras de asco: “niño sucio, en lugar de abrir sapos debería abrir cuadernos”. Pero el tío Pedro no, desde atrás de sus espejuelos con filo de oro y su traje café oscuro a rayas, sacándose el sombrero Borsalino para secarse el sudor de la frente con un pañuelo de seda blanca, lanzó esa exclamación que revolucionaría mi vida por tres semanas.

Cuando terminó de hablar el tío, mis padres se quedaron mirando, como pasándose el fingimiento por los ojos, y, por primera vez, de lo que yo me acuerde, mi papá se acercó, y acariciándome la cabeza, respondió dirigiéndose a mi mamá: “Eso mismo hemos pensado nosotros, ¿verdad Eulalia?”. Y ella, tan sin pellizcos ni cachetadas ahora, me abrazó contra su pecho y me besó la frente, exclamando: “Mijo es un sabio”.

A partir de ese día, yo fui mirado con respeto por mi familia. Mis dos progenitores me colmaron de atenciones: me mandaron a confeccionar un mandil blanco, me regalaron un par de guantes de operar que no sé dónde los sacaron y que me quedaron flojos, y, por si fuera poco, me regalaron un juego de bisturíes, a los que había colocado en un gran maletín de cuero negro, igual al que usan los médicos.

Mi abuela Magdalena, “mamá Magdita”, la única abuela que por desgracia me queda viva, llamó por teléfono al día siguiente y dijo al reconocermela la voz en el aparato. “Hola doctorcito, ¿Cómo a pasado mi nieto sabio?”, y yo, acostumbrado a que nunca me trate así, aproveché la ocasión para hacerme el que no le identificaba: “Señora, se

equivocó de número”, le solté ese chiste sángano que una vez oí a mi primo Richard: “Meta bien el dedo” y para consumir el acto, le tiré el teléfono. Entre mi dije: Hoy le llama a mi viejo para chismearle y me aguanto la cueriza. Pero no, para mi sorpresa, volví a llamar y con una voz más dulce murmuró “Hola Pablito, ¿No me reconoces?, soy yo, tu abuelita, tu mamá Magdita”. Yo, hecho el sorprendido: “Buenos días abuelita, perdone que no la reconocí”.

Pero la felicidad duró bien poco. El tío Pedro se regresó a su Europa, y mis papás volvieron a tratarme como siempre me habían tratado, es decir: “Pablo, ¿Qué fue de tus deberes?”, “Pablo, el otro día me encontré en la plaza con tu profesora y me dijo que pasas sólo distraído en clases”, “Pablo, si vienes con malas notas este trimestre te cuereo”, “Pablo, ya me estás cansando con tus excursiones a los charcos” Mis hermanos otra vez me perdieron el respeto, y, por lo menos tenía que trompearme dos veces al día, muchas veces con desventaja, para defender mi puesto de primogénito. El mandil se me rasgó en un clavo del sótano un día que bajé a coger el formol y cuando le pedí a mi mamá que me lo cociera, me pellizó en un brazo y dijo que como castigo por no cuidar esas cosas tan caras, eso se quedaba así “roto y mugriento, igual que el dueño”. Los guantes no me duraron ni dos meses y el maletín de médico se me robaron en la escuela con bisturís y todo, la única vez que lo llevé cargado de libros y cuadernos.

Me quedé igualito que antes, con mis sapos muertos, mis hojas de afeitar usadas para abrirles la panza, mis paquetes de algodón, mi alcohol y mi formol, regalados estos últimos por Engracia, la hija del boticario que me daba esos paquetes y frascos, en gratitud por haberle regalado una Navidad mi sapo toro, uno de los primeros que disequé.

Para colmo, perdí el año en matemáticas.

Entonces, consideré que no me quedaba otra salida que el escape. No de mi casa, porque

no tengo a donde ir y me tiemblan las piernas sólo de pensar que me puede coger la noche fuera de mi cama, pero si para adentro de esta. En otras palabras, me condené a prisión. La condena debía cumplirla en mi propia habitación y mis últimos actos serían: establecer un contacto con el exterior y agilizar mi libertad a través de un salvador. Para ello, escogí a Engracia como mi contacto y a Tío Pedro como mi salvador.

Mi contacto debía venir a mi casa pasando un día, a excepción de los sábados y domingos, a las seis y media de la tarde, hora en la que toda mi familia se esfumaba frente al televisor. Me traería las noticias de afuera y se llevaría las mías.

Mi decisión se la comuniqué a mi familia el día sábado 20, justo cuando se conmemoraba ocho días de la última fuetiza que recibí en castigo por la pérdida del año. “Debo comunicarles que me he condenado a prisión por tiempo indefinido”, les dije poniéndome de pie, pero ninguno me hizo caso y siguieron comiendo como que nada. Mas bien mis dos hermanos, que se encontraban sentados frente a mí, comenzaron a gritar a dúo lo que oían en la escuela y que asociaron con mis palabras: “Pablo sapero, preso por ratero”, “Pablo sapero, preso por ratero”, que fueron inmediatamente cortados por el “carajosileciomocosodemierda” lanzado por mi papá, seguido de una retahíla de insultos contra mí por haber “comenzado con mis locuras”.

A los dos meses de cumplir disciplinada y resignadamente mi decisión de no salir del cuarto más que para comer, recoger mis cosas del sótano e ir al baño, recién comenzaron a darse cuenta del alcance de mi condena. Y se dieron cuenta de ello, sólo porque llegó octubre y con este bendito mes el primer día de clase. El día anterior, entró mi mamá en mi habitación, tapándose las narices como siempre, para colocar sobre una silla la camisa celeste y el pantalón azul bien planchados, el par de zapatos negros bien lustrados y las medias oscuras metidas en su interior. “Se acabó la buena vida ocioso”, exclamó despectivamente cuando salió, “desde mañana, a las seis a clases”. Y al día siguiente, yo, vestido con el uniforme de la escuela, sentado en la silla, con la mirada

puesta en un frasco de formol, dispuesto a aguantar las horas difíciles que se me venían encima.

Pero a esta altura del cuento, ya había hecho que Engracia despachara mi primera carta a tío Pedro, escrita en clave, por si acaso caía en manos de algún familiar mío, y que estaba seguro sería comprendida por la inteligencia de él. Esta decía: “Querido tío: Sabio incomprendido, prisionero de sí mismo, necesita su inmediata ayuda salvadora. Perdió año en matemáticas. Abrazos. Pablo”.

El primer acto de enfrentamiento lo cumplió mi papá: “Pablo, ¿qué esperas para venir a tomar café?, gritó desde el comedor. Yo, inmóvil, no me sacarán del cuarto ni a bala. Otra vez llamó, ahora con más fuerza: “Pablo, ¿no oyes que ya está servido tu café y que se enfría? Si no vienes hasta contar tres te voy a sacar a patadas”. Yo, comenzando a temblar, pero inmóvil, no me sacarán del cuarto ni a bala. Cuando vagamente oí el “tres”, saliendo atropellado de sus labios, apreté los puños y esperé para enfrentar la furia de papá. Abrió la puerta de mi cuarto de un tirón, y, sin decir nada, se acercó, me levantó en forma brutal, pateó la silla y me pateó a mí: “A clase vago e’ mierda, ya te atrasas”. Yo, todavía sin llorar, con una voz que no sé de dónde me salía: “No papito, no me voy a ir a clase, porque me condené a prisión”. Él, se quedó desarmado con mi respuesta, pero inmediatamente reaccionó: “A clase te he dicho y no me vengas con pendejadas. Lo que te hace falta es cuero”, balbuceó, mientras se sacaba la correa que se enroscaba como víbora en los pasadores de su pantalón. Con un movimiento escurridizo, me solté de su mano y corrí a pararme detrás de la cama. Él, de dos pasos me alcanzó, pero corrí hacia el otro lado. Cuando vino hacia mí, yo quise tirarme debajo de la cama, pero me sujetó del cuello y lanzó su primer correazo que se estrelló contra mi espalda y me sacó el primer alarido. Después sentí, dos, tres, cinco golpes de látigo en las piernas y nalgas. Y los insultos regándose de su boca mezclados con rabiosa baba: “Que no vas a la Escuela ¿no desgraciado? Tomá para que te salga esa vagancia, tomá”. Y me siguió pegando hasta que vio que ya no me hacían efecto los latigazos.

Entonces me botó al suelo y me pateó las canillas. Yo, desde el duelo, casi desmayado del dolor y de las iras, no me sacarán del cuarto ni a bala. Con mis gritos había acudido hasta la puerta de la habitación mi mamá, mis dos hermanos que, bien peinados y lavados, listos para su primer día de clase, me miraban mitad burlones, mitad asustados y la cocinera de la casa, la sorda Zoila, con su cara arrugada de “pobre ño Pablo”.

“Dice que no va a ir a la escuela”, exclamó mi papá, como justificación ante ellos por lo que me había hecho. “Dice que se ha condenado a prisión”, continuó. Mi mamá, deseando que mis hermanos no vean el espectáculo, ordenó a la sorda Zoila que os acompañe hasta la escuela, entró en el cuarto y cerró la puerta con llave. Se agachó junto a mí y me tomó del pelo: “¿Qué dizque dices, mocososo?”, me interrogó, siempre sujetándome del cabello. Yo, entre suspiros, “que no me voy a clase porque estoy preso”, no esperó que acabe de hablar para lanzarme la primera bofetada que me dejó amortiguado el un lado de la cara, después me soltó la cabeza contra el suelo, se sacó el zapato y con el taco me golpeó en los brazos y en las manos que, inútilmente, trataban de parar sus golpes. Y hubiera seguido pegándome de no haber sido porque mi papá la contuvo “Ya basta –dijo- si no quiere ir a la escuela que vaya al cuartel, allí le harán hombre a este mamarracho. Pero en mi casa –continuó- no mantengo un vago”. Mi mamá toda ella despeinada, se había echado a llorar y le oí que decía cuando salió del cuarto. ¿”Por qué nos castiga Dios así?, ¿por qué nos castiga?.

Cuando me quedé solo y la casa parecía una bóveda vacía dentro de la cual sonaban de vez en cuando los pasos de la sorda Zoila, o el ruido vibrante de alguna cacerola que se iba al suelo, comencé a contarme los suspiros y los latidos que me salían del pecho. Esto quería decir que había pasado el peligro. Me puse de pie y me paré frente al espejo del armario: mi cara estaba muy roja y manchada de tierra. Las lágrimas se me habían secado en las pupilas, aprisionando mis ojos dentro de unas rendijas moradas que se dilataban detrás de los cristales de mis lentes. Pensé que ese momento me parecía a uno de los tantos sapos muertos que me miraban con sus ojos petrificados desde todos los

rincones de la habitación. Me senté al borde de la cama y me dije. “Ahora que se dieron cuenta de mi prisión, enduraré el castigo, desde ahora no probaré un bocado de comida”. Sabía que las amenazas de mandarme a un cuartel no pasaría de eso, de simples amenazas, porque en el cuartel no reciben gente de mi edad y peor miopes. Me saqué la ropa, sacudí el polvo que se había acumulado en mis caídas al suelo y la doble sobre la silla, tal como la había dejado mi mamá. Me puse el pijama y me acosté.

Me desperté con los sonidos guturales que salían de los labios de la sorda Zoila que me había destapado la cara y me pedía con ligeros movimientos en mis hombros que despertara porque ya eran las tres de la tarde y no había comido nada. Me sorprendí al oír la hora. Sabía que en esos momentos no había nadie en casa más que la sorda, y, sobre todo, que no había pasado nada durante el almuerzo. “¿Y mis papás?”, fue lo primero que se me ocurrió preguntar. “Mis papás”, le repetí acercándome a su oído. “Ya se fueron a trabajar –respondió- el señor Ricardito iba a hacerle levantar a correazos pero la señorita Eulalia dijo que mejor le deje así, acostado, para que mañana ya vaya a la escuela”. Los sordos hablan casi a gritos y abriendo mucho la boca. Se sentó a mi lado y me ofreció un buñuelo: “Levante que coma ño Pablo, ahora hay buñuelos”, continuó, sabiendo lo mucho que me gustaban remojados con miel. “No –le respondió con el mismo tono de voz- nunca más voy a comer”. Ella no comprendió y pensó que seguramente oyó mal, pero entendió que no me levantaría. Los sordos son mal genios e impacientes y la Zoila no era una excepción, alzó los hombros y salió cerrando la puerta, llevándose el plato de buñuelos y murmurando algo así como: “él mismo se busca que le medio maten pegando”.

Nuevamente en la soledad del cuarto, me incorporé y busque sobre el velador mis lentes y mi reloj de pulsera. Comprobé que eran las tres y veinte de la tarde. Me levanté y fui hasta el escritorio. Saqué un papel de carta, un sobre y cinco sures, y me puse a escribir la segunda carta para mi salvador: “Querido tío: Momentos difíciles afronta prisionero. Desde hoy comienza huelga de hambre. Sometido a brutales castigos por su negativa de

ir a clases. Necesito pronta ayuda salvadora de su parte. Abrazos. Pablo”. La doblé en cuatro partes y la metí dentro del sobre, lo sellé y escribí el nombre y la dirección de Tío Pedro. Por la noche se lo entregaría a Engracia. Hasta tanto, guardé la carta ente las hojas de un libro viejo de gramática que lo encontré descuartizado sobre el estante cubierto de sapos disecados.

Me volví a acostar y comencé a contar los minutos que se me alargaban insospechadamente, esperando la llegada de mi familia. A las cinco de la tarde legaron mis hermanos, corrieron hasta la cocina para recoger panes y frutas, y se fueron inmediatamente al cuarto de la televisión. A las seis y diez llegó mi mamá, también se dirigió a la cocina, algo habló con la sorda y después vino hasta mi cuarto. Yo cerré los ojos fingiendo que dormía. Abrió la puerta, me destapó y, seguramente pensó que me había vuelto a dormir, me cubrió nuevamente con las cobijas y salió. A las seis y media llegó mi papá y subió directamente al segundo piso, donde estaba toda la familia.

Casi enseguida de lo que legó mi papá, oí los golpes de Engracia en el vidrio. Me levanté y en puntillas me fui a abrir la ventana. Engracia se apoyó en un postigo, colocó las rodillas sobre el soporte de madera y con mi ayuda pasó dentro de la habitación. Intentó hacerme varias preguntas, pero la interrumpí, tapando su boca con mis dedos y pidiéndole que guarde el mayor silencio. Saqué del escritorio la carta y los cinco sures y se los entregué. “Deposítale mañana a primera hora, le dije, y por favor averigua si llegó respuesta de Tío Pedro”. Casi a empujones la conduje hasta la ventana abierta y la ayudé para que bajara a la calle. Corrí la aldaba y me acosté. Sabía que después de pocos minutos bajarían a verme.

Efectivamente, cuando debió acabarse el capítulo diario de la telenovela, oí los pasos en los escalones: primero la sorda Zoila que apurada, apurada, bajaba a servir la merienda; después de mi mamá que venía a ayudarla; y, por último, mi papá con mis dos hermanos que le contaban a gritos las aventuras de su primer día de clase. Las

referencias de la escuela debieron hacer que mi papá se acuerde de mí, porque ni siquiera fue a la cocina para ver lo que había de merienda, sino que vino directamente hasta mi cuarto. Abrió la puerta y al ver la luz apagada y comprobar que estaba acostado, salió y preguntó a mamá si ya había merendado, cuando oyó que no había comido nada en todo el día, volvió a entrar en mi habitación, encendió la luz y se acercó a mi cama, arrojó las cobijas a un lado y gritó: “Pablo, levántate a merendar que mañana tienes que ir a clase”. Yo abrí los ojos y, sin moverme de la posición en que estaba, le respondí envalentonado: “No papito, no voy a comer nada, ni voy a ir a la escuela, estoy preso y desde ahora comencé una huelga de hambre”. Mi papá no podía creer lo que estaba oyendo, permaneció un largo rato asimilando la respuesta con su enorme cara sorprendida de rumiante, “Có-mo, có-mo?”, preguntó balbuceando. “Lo que oíste papito –le insistí más envalentonado- no voy a comer ni a ir a la escuela”. No me dejó terminar la frase, me tomó del brazo como a un pelele y casi a rastras me sacó del cuarto, me condujo a empujones por el corredor, me sentó en una silla del comedor de diario. “Zoila –ordenó furioso- la sopa para este sinvergüenza”.

No fue la sorda la que vino con el plato de sopa, sino mi mamá. Lo colocó sobre la mesa y con una voz entre suplicante y amenazadora, me dijo: “Comé mijito, comé, no seas mal llevado, té va pegar tu papá”. Yo, con la cabeza, que nones. Le vi de reajo que tomó la cuchara, recogió una porción de sopa y la acercó hasta mi boca. “Abre la boca”, murmuró muy irritado. Yo, apretando los labios y los puños, con la cabeza, que nones.

Entonces, me cogió con la mano izquierda de los pelos y pegó con fuerza el metal contra mi boca, que al chocarse con mis labios apretados regó el líquido sobre mi ropa. Más indignado, volvió a recoger otra porción de sopa del plato. “Ahora te tragas esto aunque sea con embudo”, afirmó. Me tomó nuevamente de los pelos y le pidió a mi mamá que me sujete la nariz para que no pueda respirar y tenga que por fuerza abrir la boca. Ella se acercó y no solo que me sujetó la nariz, sino que junto mis dos manos y las aprisionó con su rodilla derecha para que no pueda moverme. Cuando sentí que me

asfixiaba, despegué ligeramente los labios para tomar un poco de aire, pero en lugar de recibir aire, la cucharada de sopa caliente se escurrió en mi lengua, mi paladar, mis dientes, mi garganta, quemándome horriblemente. Después se repitió la operación una y otra vez, hasta que se vació en plato, que ahora rebotaba contra la mesa. Sólo ahí, mi mamá me soltó la nariz y levantó su rodilla de mis manos amortiguadas.

Yo, con la garganta y la boca quemadas, me incorporé llorando y, sacando fuerza de mi dolor, arrojé toda la sopa sobre la mesa, el plato y la ropa de mis progenitores. La sorda y mis hermanos presenciaban el espectáculo como hipnotizados. Creí que con eso se acababa mi segundo turno de tormento, pero no, la voz de papá rompió mi desencanto. “Zoila, pasa otro plato de sopa”, masculló, mientras se limpiaba con un pañuelo los restos de mi vómito. No me dieron tiempo ni a correr, me sujetaron de la misma forma y, repitieron el acto, pese a mis gritos desesperados, al llanto de mis hermanos y a los ruegos de la sorda que, de vez en cuando se acercaba a mis papás y jalándoles suavemente de la ropa, les pedía: “Ya no le haga así ño Ricardito”, “ya no le haga así ña Lalita”.

Me desperté en mi cama. Debía ser las cuatro o cinco de la mañana, porque ya se oía correr algunos carros por la calle. No me atreví a ver el reloj, de miedo a que sea más tarde de lo que pensaba y esté más cerca de mi tercera sesión de tormento. No me pude volver a dormir y sentí una hambre, una sed y un ardor de la garganta horrible, pero no me moví de la cama.

Cuando sentí pasos en el segundo piso y la claridad se había filtrado dentro del cuarto por la claraboya, comencé a temblar. Miré el uniforme de la escuela sobre la silla, los zapatos lustrados, y me pareció que tenían vida propia, que me llamaban amenazadores igual que mis papás. No pude seguirles viendo y me tapé los ojos con la sábana. A los pocos minutos entró mi mamá, me destapó, se sentó al filo de la cama e inesperadamente se echó a llorar. Hipaba agarrada de mi mano y me decía entre lágrima: “levántate hijito, no nos obligues a castigarte así”, “te vas a enfermar”, “sé

bueno Pablito”, “ponte el uniforme mijito”. Yo, sin conmovirme con sus lágrimas, “no mamita, no me voy a levantar ni a ir a clase, no es por malo, sino por principios”. Al oír mi respuesta, cambió inmediatamente de actitud, parecía como que una máscara le hubiera cubierto ese rostro suplicante bañado en lágrimas que tuvo por unos momentos, “bueno –replicó- vos te buscas vos aguanta. Ricardo –llamó, asomándose a la puerta- bajá a enfrentarte a este salvaje que no quiere levantarse, ni ir a la escuela”.

Mi papá acudió presto a su llamado, todavía con el pijama puesto y sin afeitarse. Vino con la correa –víbora enroscada- en su mano derecha. “Como bueno bueno –entró refunfuñando- como malo malo. Si no te haces racional por las buenas ya te harás por las malas”. Se acercó, me agarró con su mano izquierda de la muñeca derecha, me sacó de la cama, y me sentó en la silla. “Vístele” –le ordenó a mamá-. Ella me colocó primero las medias y los zapatos, luego me sacó el pantalón del pijama y los calzoncillos, lo que me obligó a cubrirme el sexo con las dos manos, muy avergonzado; después, abrió el cajón del armario y tomó un calzoncillo limpio, me lo puso; inmediatamente me enfundó el pantalón y la camisa. Yo no puse ninguna resistencia, me dejé vestir como si fuera muñeco. Cuando estuve uniformado, mi mamá me tomó suavemente del brazo y sin decir palabra me condujo hasta el baño, abrió la llave de agua fría del lavabo y me mojó la cara y el pelo. Sacó del bolsillo de su salida de cama una peinilla negra y me lo pasó con dificultad por el cabello enredado, logrando, al fin, peinarme con una raya en la mitad. Me secó el rostro con una toalla y, de la misma forma como me trajo al baño, me llevó frente a mi papá. “Busca un cuaderno y un lápiz y dale para que lleve a la escuela”, dijo éste dirigiéndose a mi mamá. Ella se acercó al escritorio, abrió en cajón principal, retiró con asco una rana desecada que estaba en el interior del cajón, y sacó el primer cuaderno que encontró a la vista. “¿Dónde tienes los lápices?” –me preguntó-. Yo me quedé callado, con la cabeza baja. “Responde”, me gritó mi papá y se acercó para darme un golpe, pero ventajosamente ese momento mi mamá encontró un lápiz amarillo carcomido, que me lo entregó junto con el cuaderno, muy apurada. Fue hasta el velador, tomó mis lentes y después de limpiarlos

delicadamente me los colocó. Me sacó del cuarto y me llevó al comedor. Sacó una caja de leche de la refrigeradora y un vaso de la alacena, llenó el vaso con leche y me lo ofreció. Yo le rechacé y ella no insistió, sólo mi papá que estaba parado detrás de una silla exclamó: “Déjale nomás que no coma, verás como en la escuela ha de pasar muerto de hambre”. Caminó hacia donde yo estaba, me atenazó del antebrazo y me obligó a salir de la casa. Afuera esperaban la sorda Zoila y mis hermanos para acompañarme a la escuela.

Cuando vi que se cerró la puerta de la casa y el aire frío de la mañana me acabó de sacar el sueño, me eché a correr calle abajo y no regresé a ver, ni hice caso de los gritos de mis hermanos y de la sorda. Pasé de largo la escuela y seguí corriendo hasta llegar a la casa de Engracia. Golpeé la puerta y salió a abrir su hermano mayor, el que siempre me andaba pidiendo que le regale un sapo disecado. “Llámele un ratito a Engracia por favor”, le solicité, y, él después de reclamarme por el sapo que nunca le daría, me dijo que me espere un momentito porque estaba desayunando. Enseguida salió ella, vestida con el uniforme de la escuela. “No me vayas a ver nunca más a mi casa –le comencé diciendo- desde ahora ya no voy a vivir allí, me escapo. Sólo te vengo a pedir un último favor: préstame seis sures” “No tengo –me respondió mientras me miraba con suma curiosidad al oír mi decisión, verme tan agitado y con el uniforme puesto- pero déjame ver si mi hermano tiene” Regresó al poco tiempo con un billete de a diez. “Dice que sólo tiene este billete de a diez, que te lo lleves pero que le pagues o que le des a cambio un sapo”, me replicó. “Pierde cuidado y muchas gracias por todo”, le grité mientras corría calle abajo, hacia los charcos, con el billete apretado en mi mano.

En la soledad de los charcos, rodeado por la hierba y el agua, donde el único ruido que se oye es el de los sapos que croan escondidos bajo los matorrales, ordené mi cabeza cansada y resolví escribir una última carta a Tío Pedro y encerrarme en el armario de mi cuarto.

Pensé que las once de la mañana era una buena hora para ir al correo, porque no había mucha gente. Los diez sures me alcanzarían de sobra para despachar la carta. Calculando la hora por la posición del sol, tomé la calle del mercado y me fui escurriendo por las veredas, tratando de escapar de los ojos de la gente. En la tienda de la esquina del correo compré un sobre aéreo, un papel de carta y un esferográfico. Sobre la mesa larga que había en la oficina y que servía como mostrador, escribí mi última carta. “Querido tío: Dureza de carceleros me obliga a tomar medidas extremas. Temo condenarme a muerte. Venga antes de que sea demasiado tarde. Abrazos. Pablo”. La doble y la metí en sobre. Después escribí el nombre y la dirección de Tío Pedro, que ya me la sabía de memoria 1, Rue Perronet/92282 Nevill’s Seine/París 8, Francia. Se la entregué a la señorita que atendía, me cobró los cinco sures y la depositó en el buzón. Cuando vi que la punta del sobre desapareció en la abertura de la caja roja de metal, me volteé y salí a la carrera de la oficina de correos.

Regresé a mi casa. Primero me aseguré que no haya nadie en la calle. Me acerqué por la parte de atrás y vi que la sorda cocinaba como aislada en una burbuja de jabón, sin reparar en nada de lo que ocurría a su alrededor. Bajé a la calle, me arrimé a la ventana y empujé los postigos hacia adentro. La aldaba no cedió por más que forcejeé dos veces. Entonces, crucé la calle y arranqué una rama de árbol que se alzaba frente a la vereda de la casa. Le saqué las hojas y la introduje por la abertura que quedaba entre postigo y postigo, hasta que sentí que tocó la aldaba. La empujé con fuerza hacia arriba y al fin cedió. Abrí la ventana, salté dentro del cuarto, y la volví a cerrar tan como estaba.

Recorrí con la vista uno a uno los batracios disecados y me miré en el espejo del armario, quería llevarme mi imagen y la de mis sapos a la obscuridad.

Jalé lentamente la puerta del armario, me introduje en él, me senté con las rodillas dobladas sobre le pecho, cerré la puerta y corrí los dos cerrojos. La obscuridad me cubrió por completo, esa obscuridad espesa que me acompañaría hasta la visita de Tío

Pedro o hasta siempre.

Cuando se acabaron los héroes

(Del libro: “En la misma caja”)

En Guarcaval descubrieron que se habían acabado los héroes el día de la inauguración su única avenida pavimentada y los dos pedestales, alzados por los constructores de la misma obra, lucían vacíos, etéreos, tristes, sin ninguna estatua, sin siquiera un busto sobre ellos.

Entonces las autoridades, guarcavaleñas comenzaron a realizar un recuento de su historia, un inventario de héroes, y cada nombre que sacaban a luz era inmediatamente tachado porque el mentado ya tenía un monumento, algunos inclusive más de uno. Volvieron las autoridades a la historia y la revolviaron, la hurgaron, la viraron el forro y, en efecto, todos los héroes fueron descartados porque a todos se les había erigido una estatua, todos tenían un pedestal ocupado, un edificio público adornado con su busto o con su cuerpo fundido en bronce o, por lo menos, en cemento armado.

No se conoce de cual de las autoridades del pueblo surgió la idea que al comienzo fue recibida con espanto, después con benevolencia y por último con resignación, se trataba de llenar los pedestales con guarcavaleños que no fueran héroes. Comenzaron con los muertos, claro está, y otra vez, la desagradable sorpresa de que todos los muertos de Guarcaval tenían una estatua propia. Incrédulos, realizaron el recuento y, no había duda, todos los muertos tenían un pedestal ocupado, un edificio adornado con su busto o con su cuerpo fundido en bronce o, por lo menos, en cemento armado. Después siguieron los vivos, por los más viejos para respetar la tradición. Y como si fuera resultado de algún conjuro contra el pueblo, alguna obra de la Maldita sea, todos los viejos de Guarcaval tenían monumento en vida, estatua propia, inmortalidad ganada.

Ya desesperados por su impotencia para encontrar héroes, comenzaron los buscadores a mirarse entre sí, tímidamente primero, después descaradamente, y se pusieron sobre el

tapete sus vergüenzas, ellos también tenían monumento ya erigidos y lo que era peor: aceptaron de una vez que todos los hombres de Guarcaval, menores de quince años, tenían monumentos levantados.

A las mujeres no se las podía tomar en cuenta, porque una guarcavaleña jamás iba a estar expuesta para que la vea todo el mundo, y tampoco a los niños, porque eso era anticonstitucional.

Ya en el colmo del despecho, el guarcavaleño más anciano –algunos le calculaban ciento veinte años- sugirió que se coloque sobre los pedestales vacíos de la avenida las imágenes de los animales más nobles de la ciudad. Entre el caballo y el perro quedó la disputa. Dos bandos parejos se perfilaron al cabo de los días, uno que apoyaba al perro y otro al caballo. Enormes pancartas sacaban a sus manifestaciones en la que aparecía la imagen de los dos animales, de acuerdo al exaltado grupo que las portaba. Se compusieron odas al perro, himnos al caballo. Pero la disputa era completamente pareja.

Si bien hubieron varios encontrones a golpes entre los bandos opuestos, jamás tuvieron estas consecuencias mayores que lamentar. Recién apareció el primer muerto al cabo de acaloradas campañas. Eso desató la hecatombe. La guerra ente los dos grupos que dejó un saldo incalculable –nunca se supieron las cifras exactas- de muertos, heridos y contusos. Cinco días duraron los encarnizados combates, y se hubieran prolongado quién sabe hasta cuándo, de no haber sido por la acción pacificadora de una misión enviada por el más alto organismo internacional. Se hicieron las pases y se llamó a elecciones libres y secretas para escoger al animal más noble del pueblo. La misma omisión pacificadora actuó de tribunal electoral. El resultado de los comicios dio un saldo increíble: el animal que más votos obtuvo fue el gato. La gente de Guarcaval parece que llegó a odiarles tanto al caballo como al perro por considerarlos la causa de su desangre. El mismo día que se conocieron los resultados de la elección, se encargó al imaginero del pueblo para que realice dos monumentos idénticos al felino más amigo

del hombre.

En la inauguración de los monumentos –que se realizó exactamente al año siguiente de la apertura de la avenida-, estuvieron presentes las principales autoridades, todos los delegados del cuerpo diplomático acreditados en Guarcaval, y hasta la esposa de un conocido mandatario extranjero.

Se dice que desde entonces, en Guarcaval, los niños nacen maullando.

El parque ciudad

Eduardo Noboa Chaves

Para mí tal vez ya todo a pasado, para aquellos todo está por llegar, pero todos estamos inmersos en este receptáculo de la vida – pueblo, ¡EL PARQUE!.

La ciudad apenas sueña, debo recogerme, después de la media noche, solo harán murmullos, sueño y silencio, y las distantes voces ancestrales se perderán en la profundidad de la negrura; después de las doce campanadas, sólo quedarán el oro de la luz artificial, la impenetrable oscuridad de los alrededores, y las figuras indespojables de las sombras espesas; será la belleza inmóvil, la locura silente, el éxtasis dormido. Pensaba.

Se dio 37 vueltas dijo alguien, como en otras noches agregó otro. Camina en un círculo sin fin en igual forma que la vida misma, formando interminables rutas circulares, que confluyen al mismo lugar de destino – origen. Mientras avanza, en su mente se delinean polimórficas imágenes que siendo imaginarias tienen la crudeza de la realidad, y su masa encefálica experimenta sensaciones amplias e intensas, muchas de ellas obsesivas, que lo inducen, sin percatarse, a un análisis de su parque - ciudad.

El sol busca el dorso del mundo, y tras su lento desaparecer deja una estela de anchas lagunas negras, que juntándose, se agrandan fantasmagóricamente, formando la noche que vence al astro, cuando este es engullido por el negro manto.

La oscuridad desciende con sus amplias alas, sobre las siete colinas, y sus jorobas son devoradas por una sutil línea de sombra que las tapiza, el campanario y la silueta citadina pronto integrarán el hecho, cuando el día desaparezca, como la gota de agua en el río.

Él es de aquellos transeúntes normales, pertenece a los hombres de la rutina y de la dependencia, su situación social es confusa, viene de abajo, es de “origen humilde” dirían algunos, toda su vida a transitado por espinoso caminos, ha sido un corredor de obstáculos, el esfuerzo siempre a estado junto a él, y la meta nunca a aparecido, no a

habido ascenso social, sin embargo ama su condición, ama a su clase y desde ella “sabe ver mejor que el resto”, ha penetrado profundamente en la psicología de sus vecinos y cohabita en la mente de sus conciudadanos. Lleva en su interior un agitado torbellino que quiere saltar de su mente, que quiere gritar, que quiere decir que los males de todos también son suyos, y que las bienaventuranzas tuyas son como las de todos.

La noche es su liberación.

La noche consume su ciudad, hasta inhibirla completamente en su enorme matriz, esa ilimitada y acogedora caverna de oscuridad. Todos los perfiles, móviles y estáticos, se vuelven borrosos al confluír en una sola masa amorfa, al llegar las sombras en medio del silencioso murmullo de la noche, para cubrir hasta el último de los rincones, matando así el día que al final desfallece, en medio de un lánguido y débil atardecer. La tenue iluminación diurna aún posada sobre el gran reloj y el campanario, siente los estertores de su desaparición.

¡La naturaleza está pariendo a la noche! Y la imagen oscura pronto será la dueña de la ciudad, los montes y el cielo. Apenas se dibuja los asimétricos perfiles ciudadanos, el sol ya no enciende la choza en la cordillera, las profundas quebradas han sido consumidas, y el serpentín de las siluetas de los eternos abrazadores de la ciudad, los cariñosos ríos, ya se han perdido, solo quedará el sonido suave, golpeado y húmedo.

El parque encierra su inmortalidad, que sería del parque sin él, él mismo es el parque; ese lugar en donde nacen y mueren los vecinos, allí los seres saltan al esplendor de la vida y posteriormente serán pisoteados por la humillación de la muerte.

Él observa el cotidiano accionar, le rodea el escenario con el telón levantado, están presentes la vulgaridad, la cultura, la política, el acontecimiento de todo género, y los hombres caminan tomados de sus manos.

La ciudad no es alienada y alienante, no existe el peso del trabajo entorpecedor, la vida se desliza en medio de la elasticidad del tiempo siempre disponible, ciudad de amigos, pocos son los innobles, el parque es lo que son, es lo que quieren ser. La obscuridad atomizada, cubre cada vez más con su gris aliento el dibujo de los cuerpos, y una brisa rápida y de olor gélido se confunde con el aroma nocturno, y el conglomerado

de hombre y casa arrinconados al pie del Indio Guaranga, recibe a las tinieblas, mientras el sol empieza a vivir al otro lado del mundo.

Tiene la mirada indiferente, aparentemente, en su rostro ningún rasgo emotivo se delinea pero su interior está arremolinado por ellos, mientras el reloj con fascas de paciencia, lo mira y tal vez dice: está sereno, está tranquilo, acepta mi inexorable dominio sobre su vida, el tiempo y él serán algún día uno solo.

Camina como un gran señor en sus tierras, jadeando su aliento vital, la plaza central es su dominio.

Estoy solo y todos están conmigo, soy el dueño del parque aunque no es mío, todos somos uno; parece que esta “vuelta” será la última, pero solo es el comienzo de las de mañana, el círculo infinito de la vida que seguirá con o sin nosotros, mi temporalidad es eterna, quizá por eso no temo a la parca, esto piensa mientras ve como van de paseo circular los amigos, como patinadores tomados de los brazos, deslizándose, deleitándose, atorándose de la risa, sosteniendo el interloquio, disfrutando del chisme y el chiste, diciéndose lo que la noche trae a sus mentes.

El día sigue desfigurándose, desparramándose en retazos, la noche se profundiza, las últimas golondrinas se han alzado y desde las alturas de la arboleda pian canciones dedicadas al atardecer y a la noche, después solo se escuchará su sonido gutural; las luminarias han hecho su aparición, hay que cumplir la misión, deben teñir con excitantes colores grises al ambiente, mientras van apareciendo los rostros cubiertos de la ausencia de luz.

Un viento helado, cosquilloso y agradable lo baña, topando suavemente su cara, su humanidad está cobijada con un grueso “paletot” negro, y al tiempo que consume un círculo con su caminado lento, golpes de pensamiento se alborotan en sus circunvoluciones haciendo piruetas para atravesar las intrincadas conexiones de su materia gris, y decir: soy realmente feliz en este mi momento vital?, las frustraciones, desdichas y sufrimientos justifican la posesión de la vida?, si el dolor es realmente necesario?, que sería de a vida si todo fuera felicidad?, aburrida?, el triunfo sobresale junto al fracaso?, deberíamos quejarnos?, debo rechazar a los que tienen más que yo?,

qué es más el bien material que el moral, espiritual, intelectual?.

Observa atentamente el mosaico vital de su ciudad en el que está incrustado, con él se encuentran la ironía - humor, la actividad – pasividad, la pasión – desgano, la generosidad – avaricia, la entrega – ruindad, el talento – torpeza, las aberraciones morales y sus antagónicas virtudes; se oyen gritos, susurros, música, el sonido deslizante y aterciopelado – acuoso de la pileta central, todo quedará engullido hacia la media noche; sobresale poderosamente el cálido nido de los amigos, ese receptáculo sin lugar preciso que lame acariciando a los integrantes de la jorga, dueños del humor y del comentario, ellos “desnudan al que pasa”, son pícaros – bondadosos – mentirosos – veraces, son savia – sangre, en ellos vive el pueblo, son camaradas – cómplices de singular lenguaje, todos pronuncian y entienden igual, los mismos vocablos, los mismos tonos, las mismas risitas, y hasta el claro – comprendido mutuo silencioso es parte de su patrimonio, los hilos no visibles de la telepatía los anexa formando el grácil e indispensable ovillo de la amistad, y él está allí, y les siguen los que tiene aspiraciones y los que no la tienen, los que se humillan para alcanzar el éxito, los honestos llamados pendejos por algunos, los científicos sociales, los amistosos cultivadores de las relaciones humanas, las víctimas y sus victimarios, todos cubiertos de sus respectivos disfraces: zapateros, librereros, boticarios, vendedores, ferieros, prostitutas....., que cumplen su papel como marionetas, como objetos serviles muchas veces, en este su mundo presas de su angustia existencial; todos son simiente de la sociedad, son continente y contenido de su mundo pequeño burgués, en ellos la ciudad palpita bajo la vigilante mirada del casquete municipal.

Salió de sus pensamientos, transitoriamente, al ser amenazada su tranquilidad por el espectáculo grotesco que presentan las figuras balanceantes de los beodos habladores, que expulsan palabras estropeadas y astilladas por una pronunciación dificultada por la acción etílica, y por el trémulo que el frío nocturno produce.

La amarilla luz bajo los aleros concentra sus haces sobre la gorra, el sombrero, el poncho, el abrigo y el humo de los cigarrillos sacando a las siluetas de las sombras; el adobe blanqueado, el portón, la teja, y el adoquín viejo y duro, saben que ellos y la

gente son lo mismo, que mutuamente se alimentarán en sus existencias; el acústico sonar de la campana, el griterío infantil, el ronquido de la voz madura, y el piar de las aves constituyen la música intrínseca del lugar; la sencillez hace gala de cualidad extrema al ser elemento partícipe de este cuadro de singular belleza, todo está sincronizado a las exigencias de la noche, no hay fisuras que perturben. Esta gente está echa con mi propia sangre, siento la felicidad de los niños creciendo, alguna vez estuve en esta posesión, allá, cuando transitaba la aurora de mi vida, también era un paquete de energía explosiva, gritaba, lloraba, corría, me escondía, hoy estoy pegado a la realidad de mis años como el alga al estanque, empiezo a ser parte de la estela convertida en camino de los que vienen, piensa en alto volumen, las fascies y los nombres se repiten, son el pasado que retorna, son el presente que acude, son el futuro presente hoy, ellos son yo, y yo soy ellos, mi autointimidad tal vez no existe, soy estos niños en quienes viven los que se fueron y los que vendrán, aquí está nuestro semen, continúa pensando. Erguida en el centro se levanta tenuemente, la efigie de quien fuera el hombre amado, El Libertador, a su alrededor retozan alborzados los infantes que hacen uso de la felicidad, está la gente que saluda, los embriagados que gritan, los hambrientos que mitigan su ansia comiendo; con el pasar de las horas vendrá la metamorfosis del ambiente hasta desembocar en el silencio, como la vida individual que se calla con el tiempo.

En los primeros pasos de la noche, él goza de la ventisca y de la hoja temblorosa que desprende notas de afinada armonía para conformar parte del cancionero eterno de las aves no migratorias dueñas de las cimas de los árboles, integrantes del corifeo que descuelga de sus gargantas ese emotivo y delicado estallido musical, para repartirlo en el aire cortando a la oscuridad, abriéndose paso en la densidad nocturna. Parecería que el desorden no existe. Mientras avanza se dice: he caminado en la vida los 75 años destinados, nunca desapareceré porque soy el parque, porque él me ama y me tiene, porque soy su mosaico de vivencias, porque está en mí su interior y su entorno, porque con él he viajado mi existencia que acabará y que también es eterna; no soy un viajero hacia el vacío, sólo un transeúnte de la eternidad, un caminante de los espacios llenos de

la mente – energía de quienes ya desaparecieron su presencia física, pero están presentes dentro del círculo interminable, jamás caeré en la nada. Este es el último día de mi vida pasada, y el comienzo de la futura. Este lugar refugio de mis noches es como un dogal que me aferra a la vida, mi emocionado corazón los ama a todos, quizás nunca más los vuelva a ver. Cuando ingrese en el silencio, estaré presente en el bullicio ancestral que acude día tras día a este lugar, con el que tengo una atracción mutua inevitable, una fuerza bruta nos une, porque aquí está nuestra historia, suma de todas las historias que quisiera recordarlas mientras descanso caminando, observo sin mirar y sueño despierto; son más las historias de cada uno de ustedes: señor doctor, señor alcalde, señor lustrabotas....., estoy bañado por ellas. Si este momento fuera siempre, si esta noche sería eterna....; seguimos dentro del círculo, cada cual sigue al otro arrastrando los pies en est interminable competencia a través del andarivel de la vida, a lo largo de lo único que realmente es nuestro y de cada uno, el fluido vital, contantemente alimentado de hechos y vivencias que entrega la ciudad en ración diaria; no tengo identidad y tengo paz cuando sé que formo parte del resto, no quiero cantar solo mi propio canto, quiero ser la canción de todos, ser parte del coro, quiero pervivir con todos como pieza del mismo engranaje el resto de mi perentorio aliento; somos una sola alma, un solo cuerpo, un solo espíritu, nunca seremos dispersados, somos la ciudad, somos el ciclo que permanecerá, piensa en alto volumen.

Las luminarias de vida intermitente expulsa en ígnea dispersión cándidos rayos que cruzan y exploran a la noche, rompiéndola con lánguidos destellos, mientras las mariposas trazan su zigzagueante vuelo en los límites del foco, y, perseveran por alcanzar la luz que terminará exterminándolas; los olores de la flor, de la hoja, del cielo, de la tierra, del agua, de la neblina, del musgo que cubre la teja, del adoquín, de la carne humana, de la carne asada que calma a los hambrientos bohemios madrugadores, dan como resultante el aroma suigéneris que baña el ambiente; el viento insiste con su presencia y con soplo rasante lame todas las superficies, mientras el dictador del tiempo, el de los doce números, el de las manecillas, vomita campanadas que recuerdan el irreversible cruzar de los años.

Dice: hoy es noche veraniega, de luna llena, de luna bella, clara hasta su horizonte, bondadosa, generosa, con ella hay plétora en las almas, con ella se desbordan las emociones – sentimientos y todo se embarca en el mundo de las realidades – irrealidades; noche tierna, con personalidad, cargada de gritos, de luna hegemónica; todo el entorno es mío, nuestra heredad, hecha por gentes de otros tiempos, habitada por nosotros integrantes de la misma línea continua interminable. Noche –vida –poema penetra en nosotros encendiéndonos el entendimiento ante de caer en la muerte – sueño. Sus sienes mimetizan a la plata, los años están montados, le cabalgan; antes él cabalgaba sobre la vida; su rostro, su vestimenta, su caminar, sus actitudes van de la mano con el hombre del pueblo, de clase media, del que se agobia por el peso de los de arriba y se codea con los de abajo; su cuerpo ya ha disminuido de ritmo, a veces siente que las fuerzas le fallan y su nariz aletea con su jadeante respiración, ¿será el desgaste energético por las “vueltas” en el parque?, o ¿será el efecto del largo paseo por la vida?, ya han pasado muchos años y no sabe si los campanazos son de júbilo o son el llanto de tantos y tantos objetivos no logrados, o porque el tiempo se le va estrechando.

Sigue su marca y su mente se abre y se cierra voluntariamente, conforme sus pensamientos siguen ejecutándose: busco y no encuentro el sitio de confluencia de mi vida actual y el momento en que ya soy pasado, deambulo entre el cálido verdor de mi vida anterior y el frío amarillo de mi futuro, somos caminantes efímeros de la vida y caminantes perpetuos de la eternidad; como se me ha empequeñecido el tiempo, solo es dilatado y generoso para estos infantes, yo lo tuve a sí, ahora es cada vez más avaro, será nuevamente ancho en el más allá, ésta noche pasará a ser un número más del calendario que no vuelve, y yo uno más de los que ocupan el sitio preciso del rompecabezas de esta unidad – vida, de este barco – vida que nos impide remar a voluntad y nos transporta hasta el final.... Interrumpe su ensimismamiento al ser hurgados sus oídos por los versos de un pasillo adolorido y llorón que se desparrama de una radio, quizá le recuerde algún instante vivido con intensidad, y mientras los enamorados buscan al obscuridad para tapan su pasión, aparecen en formación irregular los del velorio ataviados por la tristeza, dejan atrás a quien ya se le resquebrajó el

mundo, al que ya se le apagaron las luces del universo, al que ya está en el mundo de los que se fueron; alguien dirá le sucedió hoy lo que debía sucederle mañana, murió en medio de los conocidos, como se arañan sus almas desgarradas.

En los límites de la media noche, sigue vigente su mente: soy mi propio compañero, soy el que siempre está a la mano, a veces sólo puedo dialogar conmigo mismo, soy el dueño de mi propia amistad, quisiera que ese yo amigo no me abandone todavía, aún quiero el latido del día y el soñar de la noche, solo los dos, en la soledad podemos quitarnos el velo, y poder sentir y ver desnudos a nuestros sentimientos, y a sus convivientes los recuerdos, con los que juntos forman nuestra intrínseca inquietud que voluptuosa quiere saltar al exterior; nostalgia dulce mi infancia, allá vi el mundo como estos niños lo están viendo hoy, maravillados, allá empecé a encadenar y a fusionar mis propias experiencias y desplazándome indetenible he llegado a la madurez, parecería que ya puedo concientizar todas mis posibilidades, todo lo que inevitablemente me ha tocado sortear, ahora puedo evaluar con agilidad y hasta puedo prever lo que puede venir, he aprendido a absorber mejor los dolores y sufrimientos, y mi visión es transparente aún más allá de nuestros límites, lástima que esto nos suceda cuando nos acercamos a las fronteras de la vida, pero no importa, luchemos hoy y viviremos siempre, venceremos elaborando el mundo del futuro, no quiero sentir el frío sudor que produce el fracaso, cuando al volver la cabeza observe que a lo mejor la cortedad vital que nos ha sido adjudicada no ha funcionado; todas las noches son bellas, recuerdo la invernal, cuando la neblina es la dueña del ambiente, ella se dispersa en tentáculos que se topan débilmente, que se unen y desunen, haciendo y deshaciendo misteriosas figuras que dan el aspecto caricaturesco al mosaico de la vida, en donde nos perdemos indefensos, mientras el gris etéreo se coloca en todos los espacios y mi rostro se pierde, y mi cuerpo es solo mente porque no me ven; se ha ido y vendrán las noches de invierno y verano cada noche a escribir el resumen de nuestra existencia. Se acerca un amigo que le habla efusivamente, y cuando este se aleja, de él dice: es el hombre de las deficiencias que vive obnubilado por el amarillo del oro, buscándolo no podrá acercarse a las cosas simples, no podrá rozarse con la felicidad, quizá algún día fructifique

apelando a la razón.

Más tarde se impondrá la ausencia del sonido y seremos pasaportados al agitado mundo onírico, debo acogerme al sueño en mis aposentos, sin abandonar este lugar, sin irme realmente, dormiré sobre mi subconsciente, mientras mi conciencia en su duermevela sentirá al gallo cantor; mañana vendré nuevamente. La ciudad duerme.

“El manto de la noche cobija el vecindario y apenas se dibujan las casas del lugar...”, estrofa que un galeno amigo suyo expulsaba en canto – sentimiento su arraigo sentimental, en recuerdo de algún vibrante pasaje de su vida, constituye el último conjunto de palabras que surcan su mente antes de caer abatido por la somnolencia.

Dormir es morir algo.....

Cuestión de Identidad

Yo digo, dijo: Torpemente discurren las mentes, se despojan inconscientemente del baño de oro que recibieron, pierden la visión a un centímetro de sus belfos, como insectos obreros destruyen y construyen sin la objetividad de ellos. La arquitectura es recuerdo, es nostalgia, es la heredad gratuita de la congruencia de antaño, su destrucción es la incongruencia del presente, es el ahogarse sin pena ni gloria en las incandescentes aguas del pasado, es cortar la herencia, es querer despojarse de aquella fuente genética seminal, es el dolor de roer las entrañas de aquella energía inteligente, es el taladro torturador que desgarró el alma y la de los que nos antecedieron; paremos esta barbarie, acabemos con el desencanto....

Él, le contestó: ellos querrán rehacer sus cenizas, no están contentos con acudir tan solo a través de sus sueños, desearán dar nuevamente forma a su energía, pero frente a la desdicha de la imposibilidad, con ruidosas voces silenciosas llegan del más allá, y, gimientes nos dicen gritando: sigan con nosotros, aumenten lo realizado, creen, perfeccionen, paren el abuso, no tienen el derecho, no sucumban ante los imperios aplastantes de la ignorancia y del desamor.... Es una ruptura del pasado – presente que forjamos todos, embarcados en la nave de las generaciones.

Y mientras hablaba él, hizo mentalmente una síntesis de lo que pensaba, y debía decir a continuación; sus facies adquirió una expresión que estaba a tono con el revoltijo emocional que su mente experimentaba en ese instante, y sus labios con el temblor de las faciculaciones continuaron con el diálogo:

La vertiente fue, es y seguirá siendo un proceso de la mente, desde su misma esencia crecen y afloran las manifestaciones del intelecto, el problema está en que muchos están en contra de todo ello; parecería una ceremonia de autodestrucción, o tal vez es la tarjeta de presentación de los nuevos seres sujetos a la agobiante incapacidad de vivir con la carga positiva del pasado....; encontrémonos a nosotros mismos, encontrando a nuestros antepasados en el legado de bello estilo de esta singular arquitectura que viene de ellos, que aún está presente y quiere vivir en el futuro.....;

todos los tiempos juntos. Actúan como si estuvieran empeñados en olvidar, o en no querer recordarlo que recibieron, despojándose del honroso papel de celosos custodios de la herencia. ¿Es que existe una confusión mental?, se ve al enceguedor hormigón que atrae, y, no se ve al objetivo del pasado, ahí incrustado, en el tapial, en la teja y el balcón, como en nuestras mismas venas. Creo que es imposible olvidar porque eso no se aprende, está el recuerdo incrustado en el enmarañado pero perfecto mundo de la neurona y la sinapsis; quiero ser un defensor, un templario, un cruzado de la santidad de nuestra heredad; quisiera darle a mi pensamiento una categoría, aquella que la permita fundirse en la de ellos, y centrífugamente llevar desde el centro de sus subconscientes, el amor latente que poseen, hacia la epidermis de sus consciencias. Prouts entendería, él buscó en el tiempo perdido, y encontró.

De su amigo brotaron las palabras que desesperadamente querían exteriorizarse, y el diálogo continuo: La estética de lo antiguo está herida, ya no recibe contribuciones, está atormentada por “embellecimientos” insertados en lo viejo bello, que la ponen en peligro. El resultante del pasado bueno en donde conviven la sutileza, la belleza, y la nobleza está apuñalado; toda una historia de canturías, escrita en techos de tiestos, balaustradas, y misteriosos patiecitos íntimos, en donde se depositaron todas las bondades de la hermosura, pierde terreno y se desequilibra, frente al desarrollismo vestido de cemento armado que no trasciende, que rompe la armonía, que hiere visualmente, que ha producido cicatrices irreparables; nuestra identidad está siendo marginada, está con pie en el barranco.

Volvieron las palabras a quien iniciara la conversación, y mientras las líneas de la emoción permanecían en su cara, escudriñó la mirada de su amigo y le dijo: deambulo pensando en las armas de la defensa, deberían ser dardos certeros, precisos, tienen que llegar al lugar en donde habita el duende que los ciega, para destruirlo; debe volver a brillar el diamante de la razón. Hace años la ciudad vieja aún estaba completa, la tenía ante mis ojos entera y hermosa, pero mi corta cronología vital ha sido testigo de la cicatrización recurrente de su lánguida y espectacular figura que va cayendo mientras es herida por desaliñadas estampas....voy muriendo también.

Nacieron en esa ciudad, su ciudad, quieren defenderla, son barro de sus entrañas, quieren proteger su barro y mantenerlo vivo, como vivos están sus recuerdos; fueron alumbrados bajo el murmullo del viento acariciador, sus pieles han sentido al polvo veraniego, han sido embriagados por el frío transparente de las nieves eternas, son los habitantes de un retazo de ensueños, son transeúntes de la vida interesados por su propio cosmos, son amantes de los muros que los vio nacer, son parte intrínseca de su patrimonio construido e instaurado con esfuerzo sacrificio y arte, y que refleja el amor que desbordaron los que en otra era habitaron esta tierra.....

“Angel Polibio Chaves”

La Virgen del Guaico

(Tomado de la Revista “Tribuna Bolivarene”, 15 de mayo de 1959)

En todo tiempo la fe ha hecho milagros, realizando promesas de Jesucristo; y no puede darse por origen a la ignorancia, cuando hoy, en el siglo del análisis vemos a Lourdes convertido en santuario, al cual acuden en romería todos los pueblos de la tierra.

No hay lugar que no tenga su imagen **aparecida**, como dice el pueblo, y casi siempre la historia es igual, variando poco en los detalles; y como la más semejante a la del Lourdes es la del Guaico, vamos a ocuparnos de ésta aunque ligeramente.

Con los restos de la valerosa tribu de los Pacatones, que con las demás de la antigua provincia de Chimbo dieron que hacer tanto a Alvarado, fundaron los españoles La Magdalena, pueblo de importancia en otro tiempo. Vivía allí una india esposa del cacique Chela, cuyo único vástago era Luz, longa de catorce años de edad, muy hermosa y muy inocente. Dio ésta en ausentarse de la casa con mucha frecuencia y por largas horas, cosa que dio mala espina a la madre, porque tenía el señor Cura un hermano que hacía de gavilán con las muchachas que iban por agua; aumentando las sospechas los vivísimos colores de las mejillas de Luz en cada ocasión que regresaba del Guaico –nombre Quichua de las quebradas montuosas.

Un día, el 8 de septiembre de 1708, no pudiendo la esposa de Chela tolerar más la tardanza de su hija la dio una gentil garroteada, rompiéndole la cabeza en varias partes. Corrió la muchacha, regresó después de algunas horas sin la más leve señal de las heridas, fue indescriptible la sorpresa de la madre e interrogó a Luz con qué se había curado; no quiso decírselo hasta cuando la obligó el Párroco, que acudió presuroso, apenas se divulgó la noticia del suceso; y dijo la india que la había sanado una Señora muy hermosa que vivía en el Guaico.

Guió Luz, y a pocas cuerdas hallaron una imagen de la Virgen Santísima, brotando a sus pies un hilo de agua cristalina. Se hizo una ramada y comenzaron a acudir devotos de todas partes; aumentando la admiración el que en la intemperie quemaran las luces sin apagarse; así en el verano como en el invierno con las lluvias. El Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Ponce Carrasco visitó la portentosa imagen, dejando orden para que se fabricara una capilla; lo que no pudo efectuarse por estar la Virgen en una peña cortada a pico; a cuyo pie corre un río que en invierno es caudaloso.

En 1771 vino de Corregidor al Asiento de Guaranda el magnífico Sr. Dn. Antonio de Echeandía y Soloa, descendiente de los Marqueses de su nombre, naturales de Vizcaya. Para matar el tiempo solía darse a todo género de placeres, lo que le causó una grave enfermedad que puso a S.S. a las puertas del sepulcro. Acudieron médicos de Guayaquil a repararle, le vieron cuantos tocaron en casa de paso para Quito, pero todo fue inútil y la enfermedad agravaba.

Su mujer Dña. Bárbara de Valencia, muy piadosa, muchas veces había querido convencer a su marido que fuera a bañarse en el agua del Guaico; pero no pudo conseguirlo, hasta cuando inutilizado don Fernando, tuvo que, como último recurso, hacerse cargar en brazos y trasladarse a La Magdalena en busca de la salud que le negaba la ciencia.

Salieron el Cura y los notables del pueblo a recibir al Corregidor, para conducirlo a casa del primero, pero doña Bárbara se negó tenazmente e hizo que aparean al pie del mismo barranco. El enfermo fue conducido en brazos hasta la gruta, y casi vestido le pusieron al pie del chorro que caía de los pies de la Virgen. A los pocos instantes era otro don Fernando; y después de celebrada una devota misa, en que comulgaron todos los asistentes, regresó al cuarto día a Guaranda, bueno y con admiración de todos.

A poco se trasladó a Chapacoto, que más tarde vino a llamarse La Magdalena, y mandó a edificar la capilla sobre arcos, por debajo de los cuales pasa el río; bendiciéndose solemnemente el 18 de septiembre de 1786, con asistencia de un sinnúmero de personas atraídas, así por la curiosidad, como por el convite que hizo el señor Corregidor. La inscripción dejada en esa fecha se lee hasta ahora en el interior del santuario.

Desde entonces la fiesta de la Virgen, que se celebra en la fecha indicada, fue creciendo en fama, hasta que con los tiempos vino a ser causa de una de las ferias más concurridas de la República.

La capilla está situada sobre el río según indiqué ya, y de lado y lado tiene colinas que la rodean, dejando apenas un plano de trescientas varas cuadradas al lado derecho de la quebrada; este es un sitio en que construyen Chinganas para los comerciantes, que las toman con anticipación y pagando crecidas sumas por el arriendo.

Se hacen innumerables barras en las colinas que quedan completamente cubiertas de gente, y con el aspecto más pintoresco por la variedad de los vivos colores de los vestidos. Por la noche hay cien mil lucecillas que titilan y se mueven en todas direcciones; y mientras de día se compra y se vende, de noche se bebe, se canta y se baila.

En la primera visita que en 1866 hizo el Ilustrísimo señor Ordóñez a la Provincia de Bolívar, abolió la fiesta del Guaico, prohibiendo hasta que se abriera la iglesia en el 8 de septiembre, motivo por el cual decayó completamente el Guaico.

En 1884, la Gobernación de Guaranda permitió se hiciera la feria el 8 de septiembre, para que no se viole la Ley que prohíbe el mercado en días de fiesta, y por no privar al mismo tiempo, a la Provincia de una de las mejores ocasiones para el expendio de sus productos. Con todo, hoy no es la mitad de lo que fue antes, especialmente porque montubios no salen ya a la romería, para compras y el juego, y por lo tanto ha escaseado el oro.

Desde cuando se hizo la iglesia, cesaron por completo los milagros, siendo hoy ineficaz el agua del Guaico.

“Angel Polibio Chaves”

Por la Melena (Cuento)

(Tomado del “Libro de Recortes”, 1929)

Matrimonio feliz era el de Isabel y el Dr. Arias, pues ella le quería y él la adoraba, al extremo de conservar la ilusión, no obstante los cinco años pasados en coyunda; pero desde cuando asomó la moda de la melena, las discusiones eran diarias: las llamó así; porque no ascendían a disgustos, y porque él de rato en rato, acariciaba la bella cabellera de su esposa y siempre la besaba al concluir la cátedra.

- Eres de mal gusto, porque no hay cosa más bonita que la melena.
- No digo que no hay mujeres a las cuales vuelve encantadoras; pero, por lo general, a unas les da cara de soldados y a otras de pilluelos.
- Pero la cabellera larga da el aspecto de embobadas, algo como de esclavas.
- Bien lejos de eso: una hermosa cabellera es manto de reina, da algo de lo divino de las madonas.
- No me negarás que rejuvenece.
- Sí, parece eso a primera vista y de lejos; pero de cerca, las viejas se ponen más horribles.
- Bueno pues; que convenga sólo a las jóvenes.
- Siempre que sean solteras.
- Buena cosa, así es que porque somos casadas no somos jóvenes.
- Sois jóvenes, pero señoras.
- Sobre todo, es moda, y no hay más; porque ir con el cabello largo es, ahora, hasta indecente y retrógrado.
- Nunca es indecente el recato, el señorío.
- Ve, hasta por higiene es buena la melena; porque solo así hay perfecto aseo.
- No sabía que las que tienen el cabello largo no se lavaban la cabeza.
- Es que aun cuando se laven, mejor es tener el cabello al descubierto.
- A que, a poco de no hacerse la rasura, parezcan con el cuello negro, sucio.
- No faltan barberos.
- Es lo que más me horripila, que mujeres principales, niñas que son azucenas, se dejen sobar el cuello por las manos de cualquier barbero.
- ¿Y los hombres no hacen lo mismo?
- Porque somos hombres, pero la persona toda de una mujer es sagrada.
- Cuando todas lo hacen, ya no es malo.
- Horrible doctrina; y en materia de modas, hay que estudiar también la fisonomía propia, pues no deben seguirla las mujeres sino consultando si les sienta bien.

- No es eso, sino que a ti se te ha puesto que es fea la melena y yo estoy como espantajo.
- No amor mío: si cortaras tu linda cabellera, perderías mucho de tu hermosura.
- No es así: me he recogido el pelo muchas veces y me sienta mejor.
- Pero es que soy tu marido y debes darme gusto.
- Es que ya me da vergüenza, pues creen mis amigas que me impides usar melena; y esto, ahora, es bochornoso. Por algo esta moda se ha inventado cuando reina el feminismo.

Sonó la una en el reloj; acarició la cabellera de la esposa y besándola muchas veces en los ojos y en la boca, se marchó a su oficina.

A la mañana siguiente, al sentarse a la mesa para el almuerzo, ella le recibió sonreída, y al verla él se puso de pié estupefacto: Isabel estaba con melena. Había ido después de misa al Club de Señoritas; la tomaron, ella puso resistencia incitadora y rodaron por el suelo sus guedejas sedosas, blondas y admirables.

- ¿Qué has hecho, mujer?
- Lo que ves: cortarme melena
- ¿Y no sabías que yo no permitía jamás quitarme las crenchas que eran mi encanto?
- ¿Y yo por darte gusto iba a seguir de adefesio, siendo hazmerreír de la sociedad? No señor mío, basta de tiranías.
- ¿Puede ser tiranía el haberte adorado, el no haber tenido yo voluntad propia, el haber hecho tu voluntad en todo, el no haber vivido sino para ti?
- ¿Y no te has opuesto a que me corte melena, sin embargo de que todas mis amigas me lo exigían, adivinando que no podía hacer mi voluntad en cosa tan pequeña? No señor mío, basta de tiranías.
- Pues si esto es tiranía, basta de matrimonio; para que seas feliz: el divorcio.
- ¿Y me amenaza Ud. Con eso? Al momento.

Se levantó, fue al escritorio, y a poco rato trajo un escrito en papel sellado. Lo leyó ella y firmó con rapidez. Tomó él su sombrero y salió.

Al mismo tiempo lloró el niño que estaba enfermo, voló ella donde él; y como era pegadísimo al padre, comenzó a llamarle llorando a gritos. Quiso engañarle de mil maneras, pero no fue posible. Tosió con más fuerza y comenzó a ahogarse.

Llamó por teléfono a la oficina, al Club, a los lugares en donde podía estar el Doctor, y nada. Despachó a todos los sirvientes en su busca, el chauffert no dejó punto sin preguntar por él; y ni rastro ni noticia.

No cesaba el niño de llorar, le comenzaron convulsiones, se le salían los ojos de las órbitas y los accesos de tos eran horribles. Llegó el médico, movió la cabeza sin pulsarle siquiera y dijo que lo que importaba era que viniese el Doctor al momento.

Este, llevando la petición del divorcio se dirigió a su despacho, lo echó llave; y sentado unas veces como en letargo, paseando en otras agitadamente, revolvió toda su historia, asaeteáronle dudas espantosas y no sabía qué pensar ni qué hacerse.

Lo que más le atormentaba era sus dos hijos: el mayor, bello como la madre, inteligente como él y que formaban su propio corazón; la menor, ardiente, voluntariosa y de constitución tan débil, que parecía de vidrio y que podía quebrarse.

Oyó que venía un voceador de periódicos y se acercó a la ventana.

“Recruedece el crup, alarma general; agonizantes, entre otros, un hijo del Presidente de la República y otro del doctor Arias.”

Salió corriendo, no cuidó de cerrar la puerta, tomó un auto, dando un billete al chauffert para que volara; y subiendo de cuatro en cuatro los escalones, se halló en el cuarto del enfermo. Abrió éste los ojos, le echó los brazos al cuello y siguió en la desesperación de la agonía, sin poder articular palabra.

Pasaron la noche en vela; pero a la madrugada en peligro había pasado, y se durmió el enfermito en la falda del padre, pero sin soltar los brazos de su cuello.

Comenzó a esa hora a sentir Isabel ardores en la cara, y se acordó que al coger su hijita el anafe en que se calentaba un remedio, se le volteó éste y abrazó la ropa de la criatura: la madre no supo qué hacer y quiso con el soplo apagar las llamas, y éstas quemaron la cara.

Buenos ya ambos niños, seguía ella con la cara allagada y, por tanto, invisible para sus amigas. Comenzó a crecerle el cabello, le caía ya sobre la nuca de marfil, y volvió el doctor al encanto de acariciarlo; y ella muchas veces, reclinaba la cabeza en el pecho de él, por el hormigueo delicioso que le producían las manos amorosas del marido.

Carnavalero

Dr. Eduardo Noboa Chaves

Asisto inhibido en la sensación temblorosa que los “nervios” provocan en mi, frente a lo que emociona, conozco lo que va a suceder, pero no sé cómo va a desarrollarse; me encuentro en la escena, es el festín de la amistad el enjambre de sentimientos matizados por la alegría y enlazados por el recuerdo, que inquietos quieren lanzarse de mi interior al encuentro de sus homónimos que pronto harán aparición, me encuentro en la fiesta de lo inexplicable, estoy en la mesa de los míos.

¿Ñño, acéptame una fritadita!, cada palabra se desliza rítmica y cariñosamente por mi laberinto vestibular, creando una amable caricia auditiva que pronto estremecerá mi memoria, para aparecer luego en pantalla gigante y en secuencia vertiginosa, los hechos vividos.

La naturaleza inclemente lo sentenció en su propia matriz, “nunca podrá caminar bien”, dijeron en su alumbramiento, hoy sigue caminando por el andarivel que el destino lo asignó.

Me abraza y yo le abrazo, juntos empezaremos esta jornada carnavalesca. Su alma es blanda –generosa, su mirada es amable- desinteresada.

Mis conocimientos alcanzaron lo más sutil y lo más hondo, llegué al meollo, se deja escuchar el filósofo carnavalesco, que llega al amigo a través del léxico impresionista con el que quiere ubicar a sus congéneres en un peldaño menor, con el meloso afán de decirse virtuoso, recorriendo el velo para exponer el ego de los hombres.

Así diciendo vamos cantando.....

Toda la estructura mental – poética, todo el engranaje racial, la fundición espiritual, indígena – mestiza – blanca, galopan en los versos que danzan en la música de su propiedad.

A qué profundidad están, pero rebalsan, en corifeo llegan para decirnos que sienten lo mismo que nos hacen sentir, y que les hacemos sentir lo mismo que sentimos, los años ausentaron su materia, los años conservan su alma.

¡Oh, energía que se siente, antepasados que amamos!

Nuestros pies caminan sin rumbo, estando en el mismo sitio, a escasos centímetros está nuestro siguiente destino fraccionado. Por capilaridad el agua se extiende por la epidermis de nuestros cuerpos, y con helada caricia, nos permite empezar el nuevo ciclo corto y mediato.

Gesticulaciones multitudinarias nos acompañan, la comunicación humana hace gala de sus formas, ahí están confundidas, individualizadas, todas las células sentimentales que estructuran el alma.

Hasta la misma parca, que como mérito sobresaliente tiene el acecho, puede esperar, no hay nada urgente, nos sentimos eternos, estos días vivimos para siempre, el futuro es nuestro porque nos olvidamos de él, y podemos estar al final..., próximo año quién sabe.

¿Acéptame una fritadita ñaño!

¡Vamos a recorrer el mundo, rengo! Y empezamos el recorrido y fue el comienzo y aún estamos recorriendo, aquel niño alumbró el personaje de ahora, fue su padre y hoy es su propio hijo. Infancia única de todos los niños, adultez individualizada de cada uno.

Qué carajo importa tu figura, tu nariz chata, tus ojos de raspadura o tus brillosos cabellos negros, si al final aquí estamos para decirnos iguales, paridos de la misma infancia.

Suenan con violencia los tambores, golpeados por personajes de cabeza agachada, bajo el sombrero soplan los pingullos que hablan por el mestizo y el indio.

La voz varonil descarga al ambiente cargado de carcajadas llanto y estornudo, el fragmento poético:

Tira la lanza por la ventana..... Luego calla la vihuela, para el descanso necesario y poder apurar un trago.

Pronto vendrá nuevamente el corifeo carnavalesco.

Estamos así, con toda la carga incorporada del pasado, alimentándola con la del presente, para el futuro; es nuestra y no queremos despojarnos de ella.

El ambiente es festivo, pero nos pone cerca del llanto, de la lágrima tuya – mía; en estas épocas los sentimientos son puntuales y todos ellos aparecen, siempre ha sido así; la memoria nos trae las melancolías, somos habitantes de un singular suceso, nuestro universo instantáneo busca nuestra razón de ser. Quiero encontrarlos y que me encuentren, todos una unidad.

Yo soy él, su sentir es mío, su bioquímica cerebral es nuestra; nuestros sentimientos parten del mismo recipiente, los recuerdos son los mismos. Yo soy voz me dijo..... ¿Existimos realmente como tales?, no sé si es real o imaginario, o ¿el uno solo es sueño del otro?.

Al comienzo de nuestra línea vital estuvimos juntos, sentimos juntos la vida, y ahora al recordar ¿somos lo mismo?, o apenas somos el acuario de ¿escurridizos peces sentimentales sobrevivientes?

Déjame ser lo que soy dijo, bloqueando mi afán de involucrarlo en mi pensamiento – sentimiento.

Nos da ganas del licor y el llanto....., y queremos buscar consuelo en el recuerdo, mientras una guitarra es manoseada y la voz de la ronquera alcohólica, expulsa el alma tapizada con los versos que amamos.

En aquel tiempo de la sonrisa y el moco, no conocíamos nuestro futuro, la vida solo la vivíamos, no la habíamos descubierto, y del alba al ocaso, ésta, se deslizaba en nuestros cuerpos, simple, fácil, pura y transparente.

Mañana estaremos de nuevo en el mismo punto del inicio de este mismo ciclo interminable, de los mismos cuatro días de siempre y en donde todo continúa incompleto, tal vez para siempre, en donde viven los hechos que en secuencia inevitable grabaron y grabarán nuestra conciencia eternamente, o más bien las alimentarán hondamente para la eternidad.

No hay tiempo para perder el tiempo, y nuestro carnaval tenemos que vivirlo, diría un beodo que no es mi amigo, pero lo siento así, a lo mejor habla con certeza.

Alguien dijo, de estos días deben germinar los tratados del amor, la angustia, el recuerdo, la nostalgia, etc. Aquí están los sentimientos y pensamientos que en actitud de vorágine, han alcanzado el clímax de su intensidad.

Para entonces los pocos fuimos todos, nuestro hábitat era la frontera del mundo, la felicidad aún no terminaba y la realidad aún no era concientizada; ahora intentamos prolongar ese pasado – presente, queremos vivir aún inmersos en el otro lado, queremos ser todavía fronterizos.

Transitamos las brumas de esa mezcla incomparable, ahí están el trago, el sentimiento, la música; allí conviven la amistad y el odio, la felicidad y la mala suerte; allí perdonamos a nuestros deudores y nos entregamos al prójimo en cuerpo y alma. Llega la obscuridad con la noche y pasamos de los efluvios del día al mundo noctámbulo del ebrio, al gran vacío de la noche fermentada.

Queríamos tener hambre, se quedó mirándome nada, con la mirada perdida e iluminada del beodo que quiere entender a su interlocutor y al mismo tiempo fabrica en su mente lo que quiere decir. Exhaló los sonidos en arrastradas e inmoldeadas palabras – gruñidos: ¡ñaño, acéptame una fritadita!

El próximo año tenemos la misma cita a las mismas horas, en las mismas esquinas, con el mismo trago, con el mismo amigo.

José Humberto González

Tomado del libro “*Anécdotas Guarandeñas*” 1991

EL QUE TIENE ENEMIGO NO DUERME

En sus frecuentes ideas y venidas de Quito a Guayaquil y viceversa, Don Gabriel García Moreno, hacía tambo en casa de su amigo Don Rafi Pazmiño, que tenía su propiedad en Pacaná, con el camino de Cascajal.

Cuando una noche le tocó dormir en esa finca, Don Rafi como es natural, le preparó la cama en el mejor dormitorio que disponía, como cuadraba a tan alto personaje. Pero Don Gabriel rehusó la gentileza de su amigo y le dijo no; Rafi yo quiero descansar aquí en el corredor y en esta hamaca y quiero hacerlo con un ojo cerrado y el otro abierto, porque debes saber que el que tienen enemigos, no duerme. Y así amaneció hasta que los resplandores del nuevo día, le permitiría seguir su viaje a Guayaquil.

REVOLCABA EN EL HOTEL COMO UNA MULA

Cuando llegaba García Moreno a Guaranda, cosa frecuente en su tránsito a Quito o Guayaquil, se hospedaba siempre en el hotel de Don Gregorio Coloma, hostería la más elegante de esos tiempos, ubicada en la plaza principal de la ciudad, hoy parque El Libertador, inmueble que después pasó a ser propiedad de las señoritas Verdezoto Ribadeneira. Lo primero que hacía al bajar de la cabalgadura, era subir al salón principal, que era todo alfombrado y revolcaba con inusitado entusiasmo, porque él decía que el mejor ejercicio para el molimiento del cuerpo después del fatigoso viaje, era revolcarse en el suelo como lo hacían las mulas.

KEROSENE PARA EL CANSANCIO

Don Eloy Alfaro en su trajinar por nuestra provincia y cuando tocaba en Guaranda, se hospedaba en la cada de la familia Vizueté, frente a la tradicional Pila, donde hasta estos días la población se provee del líquido elemento en esta fuente. Contaba mi padre, que por ese tiempo era un muchacho de unos ocho a nueve años y vivía precisamente en ese barrio junto con sus amigos tenía la curiosidad de ver al Viejo Luchador y descubrieron a través de una rendija de la puerta del zaguán que Don Eloy se lavaba los pies en una

lavacara grande llena de kerosene, que después supieron que Don Eloy tenía como remedio infalible esa operación para calmar los ardores del cansancio, pues muchas veces tenía que hacer largas jornadas a pie.

LAS GANITAS DE MANDAR

Un día le tocó a don Eloy hacer estación en el pueblo de Balzapamba y como es natural, hospedó en casa del Teniente Político que era un señor Genaro Aguirre, hombre notable de ese pueblo. En la conversación de sobremesa, el Teniente Político le expresa su incormodidad con el pequeño suelo que ganaba y no le alcanzaba para nada. Ante la amarga queja del funcionario, Don Eloy le dice pues bien, si no estás conforme con el empleo, lo mejor sería que renuncies y te dediques a la agricultura que seguramente, te rendirá más; a lo cual y ante la disyuntiva apremiante el Teniente Político le responde, así es Don Eloy, pero ¿las ganitas de mandar cá?, Y se quedó de Teniente Político.

EL CORONEL CAMARETA

En el combate de Balzapamba, llevado el 17 de abril de 1895, contra las tropas del gobierno de Cordero que avanzaban desde Babahoyo a reconquistar la plaza de Guaranda que había sido tomada por los jóvenes liberales de esta ciudad, se destaca la figura del Coronel Miguel S. Vargas, nativo de Chimbo, que junto con el Coronel Manuel Albán y Comandante Darío Morejón, dio la sorpresa más espectacular en esos tiempos heroicos. Pues la columna exploradora que apresuradamente organizaron los jóvenes bolivarenses, no avanzaba a cuarenta hombres, con una dotación de apenas 10 rifles, cuatro cartuchos cada uno, los demás con escopetas, revólveres, y machetes. Pero a la falta de armamento, el Coronel Vargas suplió con su astucia e inteligencia; pues se había dotado a la columna de un buen número de camaretas, cuya explosión daba la apariencia de tratarse de un gran ejército ante lo cual el enemigo silenció sus armas. Téngase en cuenta que los jóvenes liberales al mando del Coronel Miguel S. Vargas, tuvieron que vadear el río Cristal, para caer de sorpresa a las tropas del gobierno que se habían apoderado precisamente de la hacienda del Coronel Manuel Albán en Balzapamba.

Esta hazaña singular y llena de valentía sirvió para que el Coronel Miguel S. Vargas, se le conozca como al CORONEL CAMARETA.

METAN A ESE BORREGO

Don Roberto Arregui Moscoso, Rector del Colegio Pedro Carbo, por muchísimos años, paseaba con otros profesores en el corredor del Rectorado al momento del recreo. Un grupo de jóvenes colegiales, traviosos e ingeniosos como siempre ha habido, subrepticamente entran al Museo de Ciencias Naturales donde había muchos animales embalsamados, entre ellos un chivo y le sacan a colocarlo en el patio del plantel.

Ante el espectáculo inesperado los alumnos se arremolinan para observar al animal y se produce una algazara de risas y aplausos. Advertido del escándalo de los muchachos, Don Roberto desde arriba, le grita al portero Antonio Agualongo: “Antonio, mete ese borrego”.

QUE ES PALO

En un examen final en el colegio Pedro Carbo, ante el Tribunal se sienta el alumno para rendir la prueba. Ya había rendido la correspondiente a otras materias y le tocaba evacuar la de Geografía. El profesor de la materia Dr. Augusto Heraclio Camacho le pregunta al alumno: “qué es palo”. El muchacho da todas las definiciones posibles: palo es un trozo de madera, es un árbol en pie y en fin todo lo que se refería a la pregunta; como el profesor insistía en la pregunta y el alumno no atinaba a dar la respuesta justa, el Rector Prof. Alberto Dávila, que presidía el Tribunal, intrigado al no haber salida a la respuesta, se inclina en el texto donde provenía la pregunta y le dice al profesor: Augusto no es palo sino POLO.

SOBRINO DE GUSTAVO LEMOS, BASTA

Por el año de 1945, en nombrado Rector del Colegio Pedro Carbo, el profesor Justino Cornejo. Para entonces nuestro compañero Guillermo Lombeyda, tras dejar sus estudios

en el Colegio, deambulaba midiendo las calles. En estas circunstancias uno de los profesores del Pedro Carbo, le insinúa al Rector llenar la vacante de Inspector del plantel con el joven Lombeyda, que aparte de ser un elemento distinguido de la sociedad, es sobrino de Don Gustavo Lemos Ramírez.

Esta referencia fue suficiente, pues Cornejo dijo ¿cómo habiendo aquí un sobrino de mi maestro Don Gustavo Lemos no puedo llamarle a colaborar en mi administración. Y en efecto le nombró Inspector del Pedro Carbo. A poco Guillermo, fue a la Escuela de Carabineros recién creada y dejó el encargo que gentilmente le dio Cornejo.

POR ORDEN DE ESTATURA

Era por el año 1939, ejercía el Vice-rectorado del Colegio Pedro Carbo, el Dr. Augusto Dongillo del Pozo, que era un hombre muy severo y amante de la disciplina. Todos los alumnos le teníamos miedo y delante suyo procurábamos portarnos lo más correctamente posible.

Como se había producido un acto de indisciplina en el quinto curso en una de las clases de la tarde, el Inspector había ido a quejarse al Vicerrector, manifestando que eran culpables de la bulla, todos los alumnos del curso. Informado del suceso el Dr. Dongillo ordena al Inspector que como castigo, todos quedan encerrados hasta las seis de la tarde, cumpliendo la tarea que se había señalado. Mas sucede que los muchachos cumplida la tarea y siendo ya las cinco y media, resolvimos entre todos salir del encierro a ver si el portero nos abría el portón para salir a las casas. En esos instantes precisamente llega el Dr. Dongillo a cerciorarse si estaban cumpliendo la sanción y con voz enérgica y visiblemente disgustado, pregunta: por orden de quien están saliendo y entonces el rengo Víctor Saltos Paredes con su voz entrecortada responde: “por orden de estatura”.

LA REINA ISABEL HA TENIDO UN HIJO DE PERON

Don Alberto Dávila, ejercía el Rectorado del Colegio Pedro Carbo y Rómulo Chauvín era su Secretario. Una tarde, luego de las labores docentes, un grupo de profesores como era costumbre, se treznan al juego del cuarenta en un club que funcionaba precisamente en casa de Rómulo. Estando dedicados con suma atención a la partida del cuarenta con

todas las de ley, entra precipitadamente Rómulo Chauvín trayendo un ejemplar de El Comercio y en voz alta le dice: Don Alberto, la Reina Isabel ha tenido un hijo de Perón, entonces sorprendido Don Alberto le quita el diario para cerciorares de la fabulosa noticia y calmadamente lee y entonces le dice: no seas bruto, la noticia dice: la Reina Isabel tuvo un hijo varón. Esta simpática ocurrencia fue festejada con copa, previniéndole al Secretario que en lo posterior lea con calma.

NO PUEDO CALLAR

El Dr. Augusto César Saltos durante muchos años fue presidente del Núcleo de Bolívar de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Yo oficiaba como Secretario del Núcleo. El Dr. Saltos infatigable restaurador de las cosas importantes del pasado, un buen día se propone levantar un busto a la entrada de Guanujo, a la inspirada poetisa de ese pueblo Feliza Eguez. Con los propios medios del Núcleo y el apoyo del Municipio, logramos levantar ese busto, obra del artista chimbeño Ruperto Gómez y para su inauguración con presencia de autoridades y escuelas de la localidad, se armó un acto cívico en el que intervinieron varios oradores.

Cuando iba a terminar el acto, suena una voz tronante de parte del Director de la Escuela Rocafuerte, y a pesar de que no constaba en el programa el profesor Gerardo Pozo comienza su alocución con esta disculpa: “no puedo callar, no puedo callar” y se lanza un furibundo discurso donde se dedica a exaltar el valor de la poetisa y el significado que tiene la piedra con la que se ha construido el pedestal, como testimonio permanente de los valores espirituales. La verdad es que el profesor Gerardo Pozo cuando había algún acto cívico o social, tenía comezón en la boca y por mangas o por faldas se lanzaba su perorata, porque según el proclama que no podía callar.

EL SEÑOR NEPLO

Entre los profesores del Colegio Pedro Carbo, según nos cuentan su Ex –rector Jaime Enrique Velasco, en cierta época se formaron dos bandos: el uno era llamado de los bolivianos y el otro de los ecuatorianos. Cierta día se produce un disgusto y enfrentamiento verbal entre estos dos grupos. Según parece sus integrantes eran representantes de las razas autóctonas. Se gastaron todos los insultos habidos y por

haber y uno de los más socorridos era decirle como supremo insulto indios el uno al otro. En el clímax de la pelea uno de los del grupo de los bolivianos le dice: “calla indio Neplo”, y como el otro no sabía que quiere decir, con una fuerte interjección le inquiriere el significado de la palabra, le contesta te digo Neplo, “porque sois rosca por arriba y por abajo”

UNA DISERTACION DE GEOGRAFIA

Era profesor de Geografía del Colegio Pedro Carbo, Don Alberto Dávila López. Como tarea de examen mensual dio a sus alumnos como tema la Provincia de León.

Héctor de la Cadena, muy preocupado de la disertación, cuentan sus compañeros que pasó largos minutos meditando y cogido de la frente seguía elaborando su trabajo. Y llega el momento de entregar el fruto de su desvelo; pero que resulta que el profesor leyendo el trabajo del alumno, le planta un cero enorme, porte de toda la hoja de papel ministro, en razón de que el alumno había escrito unas líneas con este texto: “Disertación de Geografía.- Tema: La Provincia de León.- Desarrollo: La provincia de León tiene color de burro y produce mucho arroseco y sancocho. “Firmado: Héctor de la Cadena”

Esta sabrosa anécdota nos fue contada por le ilustre intelectual Luis E. Falconí, recientemente fallecido, quien era compañero de Héctor de la Cadena en el Colegio Pedro Carbo.

LUZ Y TINIEBLAS

El Licenciado Milton Flor Montenegro, un distinguido bolivarenses e intelectual de valía, en una de las fiestas cívicas de la provincia, presentó de su propia cosecha el drama intitolado Luz y Tinieblas, en el que intervinieron como actores Teresa León, Luz Falconí, Isabel Segura, Jaime Velasco, Ramiro Gavilanes, Jorge Alegría y otros.

Al siguiente día Roberto Alfredo Arregui, el hombre de más altura dentro de los intelectuales bolivarenses, al encontrarse con el autor, le dice lo siguiente: Mi querido Milton, el drama tuvo una parte luminosa, exclusivamente por la actuación de Luz

Falconí, que hizo que asome la luz, porque desgraciadamente todo el resto del drama era tinieblas.

UN INGENUO MALENTENDIDO

Debido a la persecución política que sufría el dirigente universitario Gonzalo Karolys en tiempo de la dictadura Velasquista, tuvo que exiliarse voluntariamente a Chile junto con Juan Monsalvas, otro de los perseguidos, en donde continuaron sus estudios de Derecho.

Pasada la racha Velasquista, Gonzalo Karolys regresa al país, en excelentes condiciones personales y económicas. En el país del Sur, había adquirido un elegante automóvil rojo.

Un día que paseaba en Quito en su elegante vehículo y subía por la calle Guayaquil, exactamente en la cuesta de San Agustín, un esmirriado ciudadano que respondía al nombre de Efraín López Arteta y que era tan conocido y popular entre los estudiantes de ese tiempo porque era el agente financiero y experto en papeletas de empeño que zafaba de apuros a muchos estudiantes provincianos, especialmente a los guarandeños. Efraín López reconociendo a su antiguo cliente y amigo, manejando ese flamante carro, le hace parar para saludarle y sorprendido le dice: “Doctor Karolys; un hombre tan distinguido como usted, me duele que haya venido a parar de chofer”.

Fernando Ortiz Bonilla

Tomado del libro

“Y finalmente el principio”

1980

Gonzalo Karolys

Tomado del libro

“Guauhranga, (La ciudad y su gente) 1995

El Precio de una Aventura

(Cuento)

Por: Gonzalo Karolys

- Vive aquí, el señor Joaquín Salazar?
- ¡Sí!- dijo un hombre viejo, delgado, lleno de canas, abriendo una puerta mugrienta.
- ¡Hola muchacho!... Perdona, no te había conocido... Pasa, estás en tu casa. Es muy pobre... pero se está mejor que en la cárcel. Por lo menos aquí respetamos a los hombres... no hay “balleneros” – dijo el viejo con picardía.

El muchacho le miró con rencor, como si el recuerdo de algo horrible torturara su mente.

- Si usted desea mi amistad – contestó con agriedad – no vuelva a repetir ese nombre... le agradeceré que no se hable del asunto... por lo menos en mi presencia.
- Está bien muchacho... no te enojés. ¡Perdona! – dijo el viejo, con tono de disculpa.

La casa era un galpón ruidoso. Los tejados se hundían. El cuarto tenía por todo mobiliario una cana y una silla de madera. Sus paredes estaban cubiertas de mujeres desnudas. En un rincón se amontonaban las botellas de vino. Algunas estaban llenas.

El muchacho demostraba ser otro hombre. Sus ojos habían perdido el color; tenía una mirada cansada y vidriosa, como de cadáver. Los huesos asomaban sus formas despreciables por la huida de la carne. Los músculos se extendían vacíos. Una barba tupida caía en fleco desigual por una cara demacrada... El pelo, sin peinarse, se alborotaba en púas fétidas.

Los vestidos no habían cambiado. Eran los mismos que le dieron en la cárcel, solo que ahora estaban más viejos y sucios. Una tira de trapo sujetaba el pantalón lleno de remiendos.

- ¡Ánimate muchacho!... No te pongas triste y señaló unas botellas de vino.

- ¡Tómate un trago!...

Mirando la botella empolvada preguntó automáticamente:

- ¿Tienes un vaso?

- ¡Un vaso!... jajá... jajajá... se rió el viejo.

- Los vasos, querido amigo, demuestran dinero o por lo menos buenas costumbres.. yo no soy más que un miserable que no puede darse el lujo de tener un vaso.

El muchacho no contestó. Levantando la botella tragó varios bocados de vino. Con la mano se secó los labios.

- ¡Bien! En la cárcel me ofreció trabajo. Estoy a sus órdenes.

El viejo guardó silencio. Se sirvió un trago sorbiendo ruidosamente y paseando por la habitación dijo:

- ¡Sí! Tengo trabajo. Tú sabes muchacho que en la vida hay que trabajar...de lo contrario se muere de hambre. Hizo una pausa.

- Yo sé que eres muchacho decente. ¡Basta mirarte la cara! Quizá el trabajo no te guste... pero que vamos a hacer... da dinero y eso es lo interesante. ¡El resto queda para los ilusos.

- ¡Bueno! Vamos al grano – interrumpió el visitante -. No estemos con rodeos...!También soy un miserable como tú... terminó tuteándole. Y poniéndose de pie como si fuera a pronunciar una sentencia, agregó:

- Mira mis vestidos. Y esta cara... y este pelo. ¿No son de un miserable?...¿No fuiste testigo presencial de mi humillación como hombre?...¿No he pisado la cárcel, como tú?... Y suponiendo que no sería así, ¿quién podría asegurar lo contrario?... ¡Es suficiente mirarme para darse cuenta de lo que soy!

Don Joaquín respetó su dolor, silenciando sus ímpetus.

- Al grano hombre, al grano. No estoy para escoger –ordenó el visitante- , agitando las manos como aspas de molino enloquecido. Sus carnes pálidas iban llenándose de colores amarillentos. Tomando otro trago de vino prosiguió:

- Soy un privilegiado del destino para llevar una vida de dolor. He nacido desgraciado. La vida me ha sido injusta. Mi existencia está aniquilada y he pasado a ser un ex_hombre.

El viejo seguía en silencio. Sus orejas se paraban como las de un gato.

- ¡Sí! Un ex_hombre, - prosiguió como enloquecido-. Una basura humana. ¡En mí solo existe podredumbre!... ¡Jajá... Jajajá! ¡Un ex_hombre!... ¡Jajajá...! ¡si me

viera mi padre!... ¡Jajajá...! ¡Soy un médico distinguido formado por el pus de mis enfermos!...

Un llanto agarrotado fue haciendo presa de William. Su cuerpo sacudíase en movimientos oscilatorios. Y se rió a carcajadas dejando un sabor de lágrimas contenidas.

- El trabajo es el siguiente - dijo el viejo apoyándose en el hombro del muchacho- se trata de mujeres y, -mirándole a los ojos, esperó la reacción-.

El visitante no se movió. Parecía estar acostumbrado.

- Se trata de mujeres –prosiguió el viejo-. Eres joven y bien parecido. Con un vestido nuevo y un poco de jabón quedarás bien... A las mujeres les gusta mucho tu tipo. Tienes que conquistar a las mejores, eh; - Frotándose las manos aumentó con entusiasmo -: ¡La plata que nos vamos a ganar!... Pero tienen que ser las mejores, eh!... Las mejores... ¿comprendes?... El resto corre de mi cuenta. Tengo clientes distinguidos. Muchos millonarios, eh!... ¡Pagarán bien!

- Trata de blancas. ¿No es eso? –preguntó William y, sin esperar respuesta, haciendo como papel de planta de una mano, con la otra escribió:

- William Coleman... Ex_hombre... Tratante de blancas:

- ¿Linda tarjeta de presentación, verdad? ¡Tratante en blancas!, es decir ¡cabrón!... jajá... jajajá.

Su risa era nerviosa causada por una grave agitación interna.

Su voluntad luchaba a duelo con su desgracia.

- ¿Desde cuándo trabajo?... Vamos... venga esa plata que necesito ponerme futre.

- Y con una mano hizo el ademán de quitarse el polvo de la ropa.

- Hoy mismo –dijo don Joaquín- vamos a comprarte vestidos... Conozco un ropavejero amigo.

El viejo está impaciente, William no llegaba y un “cliente” esperaba en su lujoso automóvil.

- ¿Dónde estará? –preguntóse el viejo-. ¡Se ha vuelto un borracho!

En efecto William venía embriagado, entonando una canción alegre.

- ¡Hola, decano de los ex_hombres! –dijo cuando divisó al viejo-. ¿Qué te pasa?...¿Estas enfadado porque me he tomado unos cuantos tragos?... ¡Para eso trabajo!... Exploto el físico y a las mujeres... Ese trabajo, querido viejo, no podemos hacerlo sino los hombres hermosos.

Y señalando con el dedo continuó:

- Tú no puedes viejo verde. Con esa cara de lechuga desnutrida, con esos ojos apagados de lagarto dormido, no habría mujer que te siga. –Púsose a reír con un jijí de borracho.
- ¿Qué es de la muchacha? –preguntó el viejo don Joaquín, sacudiéndole del brazo-. El cliente está esperando, es muy importante... perderemos un buen negocio.
- Conque el cliente no? –Se burló el muchacho y remató-: ¡Algún infeliz que no es capaz de conquistar una mujer. Algún imbécil que necesita de mis servicios para tener una caricia!

Y corriendo hacia el automóvil estacionado gritó:

- Soy más hombre que ustedes... eunucos miserables que compran mi hombría... ¡Sí! –gritó más alto-. Mi hombría verdadera... porque soy el único macho... el mejor macho...

Movía la cabeza desesperado. Los ojos le danzaban, la boca disparaba gotas de saliva.

- ¡Soy un hombre completo!... ¡Todo fue una pesadilla!... ¡mentira! Soy un hombre completo... ¡mentira! –y se golpeaba el pecho acompañando las palabras.

El automóvil sonó su motor y desapareció rugiendo.

- Me has estropeado el negocio – gruñó el viejo- ¿Qué te has creído infeliz? ¡No eres sino un desgraciado... un desperdicio humano!

Tragaba el aire con dificultad; escupía las palabras en tropel nauseabundo.

- Eres un maricón cualquiera que se las da de hombre –y como convenciéndose aumentó-: ¡Sí!, ¡Sí!... eres un maricón... yo vi cuando el “Ballenero” te cosió como un trapo!...

William se paró en seco. Los labios le colgaban coléricos dejando ver los dientes blancos.

Quiso agarrar al viejo por el cuello. Hacerlo callar apretando la garganta hasta que le falte la respiración y los pulmones lancen sus tejidos explotados. Quería matarlo a puntapiés, golpeándole en la cabeza, para hacer saltar el cráneo pelado como cáscara de nuez apretada entre las manos.

- ¡Cállate rufián asalariado!... ¡Mercenario de la carne!... ¡Cállate!... ¡tus palabras me dan asco! –gritó rojo de ira, dando vueltas sin sentido, corriendo y tropezado hasta ir de bruces contra el pavimento.
- ¡Comerciante de gusanos! –balbuceó en el aire-

Un golpe sordo, en plena frente, calmó su cuerpo
El viejo le tomó de los brazos y le arrastró a la casa.

Pasaron varios meses, el muchacho estaba acostumbrado a su trabajo. El viejo don Joaquín se encontraba alegre. Contando las ganancias hacia proyectos:

- Pondremos una casa a todo lujo. Llena de luces. Con una famosa orquesta. Iremos a media, naturalmente, como hasta ahora –decía entusiasmado -.

William le escuchaba bebiendo una botella de vino.

- Te vestirás mejor –siguió el viejo- y tendremos las mejores muchachas. Todo depende de ti...! ¡Tienes que ayudarme!...¡Nos haremos de mucha plata!
- ¡No cuentes con migo! –le cortó el muchacho asentando las palabras- ¡Yo me retiro!
- ¿Por qué? –preguntó el viejo algo molesto- nos ha ido muy bien, no debes quejarte tenemos todo.
- No se trata de dinero. Es algo que llevo aquí –y señaló el corazón- que me imposibilita vivir, actuar, desenvolverme. ¡Es un dolor que me va matando poco a poco!
- ¡Dolor!... ¡Dolor!... -repitió el viejo perdiendo la paciencia -. Ya estoy cansado de oír tus quejas... cualquiera diría que eres un ser nacido para sufrir.
- ¡Claro que soy un sufrido! –interrumpió el muchacho incorporándose -. He sufrido el dolor más acerbo. Las tragedias más cruentas han anidado mi pecho. La vida no me ha dado sino tristeza...
- ¡Sufrido! –repitió el viejo con sorna -. Los hombre que verdaderamente hemos sufrido, no nos hemos quejado. Y tú, por simples problemas desesperas viviendo en una amargura completa... ¡No, mi querido amigo!... Tú no eres un sufrido... Tú no sabes lo que es el dolor verdadero. Para eso hay que nacer del dolor... falta de cariño y amor... Junto al vicio y al crimen. Tú naciste rico, con situación social relevante. Tus carnes de niño so sufrieron el frío de los inviernos más fuertes. Jamás tus labios se abrieron para llorar de hambre. Naciste como el fruto del amor de tus padres. Sabes quienes son. Tienes la felicidad de conocerlos. Jamás dejaron mover tus manos para buscar el pan...! Tú has tenido niñez: esos juegos infantiles de los niños privilegiados, llenos de alegría y salud!... Tuvisteis inocencia. Ignorasteis las cosas brutales de la vida, porque todo lo que te rodeaba estaba lleno de bondad. Tus vestidos abrigaban tu cuerpo y no dejaban al

descubierto pedazos de carne amoratada. En cambio, los de abajo, los del montón, no hemos conocido padres y nuestras madres nos han abandonado por no tener que darnos de comer. Por carecer de trapos para cubrir nuestras desnudeces. Y, crecimos solos, embrutecidos por la soledad, entre las migajas de los ricos, los golpes de los “patrones” y las colillas de cigarrillos... hasta que de repente, nos sentimos hombre, sin llegar no siquiera a la pubertad...

El viejo don Joaquín estaba agitado. Desesperado llenaba el cuarto con palabras duras, afiladas como puñales.

- ¡Tú, como todo rico, gastas un placer! Quieres saber como viven los ex_hombres. Cómo es su dolor, cómo es su angustia. Vives una aventura por curiosidad y por tu entera voluntad. Eres un burgués con lujos exóticos y anormales. Hoy mismo puedes escribir a tu casa y el dinero vendría a llenar cientos de bolsillos.

William le escuchaba en silencio, con cara sorprendida. Por momentos tomaba una copa de vino.

El viejo continuó:

- ¡Dolor!... ¡Dolor!... Maldita palabra estrujada por cualquier labio. Usada hasta por aquellos que jamás han probado la amargura. ¡Dolor!... - Hizo una pausa en la que procuró normalizar la respiración que cada momento iba haciéndose más difícil.
- Los hombres como tú sufren por cobardes. O por incapaces. Por lo general son unos inadaptados que han abandonado la vida de comodidades por el precio de una aventura... ¡Sí!... gritó... ¡El precio de una aventura! – y se echó a reír. La respiración sonaba como desgarrada. Parecía que el pecho iba a abrirse en dos. La lengua estaba seca y las manos le temblaban., empuñándose y extendiéndose como garfios amenazantes.
- ¡Tú no sufres muchacho! Eres un burgués intruso venido a un mundo que no te corresponde, a perturbar nuestra vida de miserias y andrajos. Quieres tener la experiencia de los sufridos para contar en los salones lujosos, la vida infernal de los desheredados, el dolor de los caídos, el suplicio del vencido.

El viejo tosió fuerte, apretándose la garganta y de pronto escupió tiñendo el suelo e sangre.

William le miró asustado, sin atinar qué contestar. En el fondo de su alma sabía que el viejo tenía razón. Él había nacido rico, lleno de comodidades y jamás sintió hambre.

Esta situación actual era consecuencia de una aventura voluntaria. Sus pensamientos fueron interrumpidos por la tos del viejo, que aumentaba ahogándole.

- ¡Cálmese don Joaquín – dijo compasivo el muchacho y tomándole por la barba le hizo tomar un vaso de vino.
- ¡No. No callaré! – cortó el viejo – hace tiempo que deseaba decir esto. Quería una oportunidad para gritar y protestar por la injusticia de nuestras vidas, por el dolor de los explotados... por las lágrimas de los humillados... por la sangre derramada en la lucha por el pan... por el sudor de los que encarnaban la entraña de la tierra y por todos los nacidos con el estigma del sufrimiento y del dolor que señala las cabezas sencillas, como marcas de ganados esqueléticos... Quiero acusar con mi voz estrujada, a los que conculcan los derechos humanos conquistados por un mundo de civilización, a través de años, con el holocausto de carnes morenas, de pies descalzos... Quiero causar... - trató de continuar pero la tos destapaba con fuerza, acalló sus palabras, que murieron en un mar de sangre negra mezclada de filamentos pulmonares y rodó por el suelo con una cara de cera funeraria, quedando inmóvil en un rincón, como un montón de huesos ensangrentados...

El muchacho huyó impulsado por el dolor de aquel espectáculo siniestro. Se sentía culpable de todo cuanto había pasado. Con sus estúpidas quejas provocó la conversación del viejo. No sabía dónde ir. Se hallaba desorientado. Corrió... corrió muy lejos. En el primer boliche ahogó su pena en las reacciones del licor y la morfina y desapareció tragado por el vicio...

Un día, un perro vago que vivía de los desperdicios lanzados al río “Mapocho”, fue encontrado devorando las entrañas de un hombre.

Por una carta hallada en una especie de bolso amarrado a la cintura, la policía supo que se llamaba: William Coleman.

Santiago de Chile. 1949.

América Carvajal de Córdova

Jackeline Tapia Nicola

Monseñor.

Enrique Villagómez Ribadeneira

Galo Enrique Medina Baldassari

La Niña que al fin nació

“No destruir es posibilitar nuestra propia destrucción”

Enrique Verastequi

“Todo empezó a ir mal

desde que tú confundiste...”

Y como si fuera una voz que va extendiéndose; escuchamos esta melodía a lo largo de la Ciudad, hermosa y pequeña; con sus misterios, para la gente, indescifrables; como su incambiable permanencia de Cien Años de Soledad y Olvido, pero un buen día sucedió algo nunca esperado.

- Salgan todos de sus casas, dejen a sus guaguas, dejen sus fogones, vengán – vengán; den la bienvenida a éstos, nuestros amigos, ja, ja, ja.
- ¿Quiénes son? Estos hombres, raros, bárbaros, graciosos, de ojos claros que hablan un castellano confuso, como ellos mismos.

Ellos son los que a las buenas o a las malas quieren entrar a compartir nuestras vidas, tanto en el campo; así como en las ciudades.

A su llegada surgió la gran interrogante, ante el pueblo atónito y de largos comentarios confusos.

- ¿Qué vienen hacer estos bonitos aquí?
- No lo sé.
- Pero, algo bueno, querrán decirnos.
- Si hasta el Señor Presidente, dizque les felicitó en acuerdos hechos con su puño y letra por tan hermoso PLAN.

Salí un buen día hacia el campo y mis ojos se obscurecieron y fueron tornándose en sentimientos de ira, que como raíz de viejo eucalipto se aferra a la Madre Tierra; donde el frío de los páramos, nos dejan entrever, cual increíble es la naturaleza.

Allá anduvimos juntos con mi chola, en aquellos páramos; donde narra la historia, que alguien al llegar, se fue en delirio magistral ante tan hermosa majestuosidad y solo el frío de sus altas cumbres dejan enrojecer nuestros rostros, como aquella mujer que no dejará jamás de ser niña; allí junto a mi Luz María de la Santa Cruz; viviendo en amoríos, nuestro cariño chocaría con la luz de la luna junto a la vigilia pulcra del monstruo de los Andes; después serían nuestros propios borregos, nuestros propios

animalitos que van correteando por los páramos; juntos sabemos hacernos la vida de nuestra libertad, de nuestros hijos, cosas, chozas.

- Ah, Luz María de la Santa Cruz - Me diría por una sola ocasión.
- Juan – Necesitamos compartir con alguien la hermosura de la naturaleza y la verdad tuya y mía.
- Le decía –Ya vendrá el hijo, para que juegue con sus propios borregos y llegue a reír con ellos; y como una pesadilla que cambiaría su optimismo, calló hasta hoy.

Pensar que un día no muy lejano, la soledad le invadiría y con ello vendría, nuestra tristeza; y la Luz María de la Santa Cruz no se le volvería a hinchar la barriga, a no ser, por el frío o por el deseo, de regresar a la ciudad.

- Pero Juan, ¿por qué lloras?
- Es que esta soledad no le aguanta nadie y menos la soportaría.
- Pero ya vendrá y todo cambiará, no sé cuándo, solo sé que tenemos que esperar.
- Hasta cuando hay que esperar carajo.
- Ya no te acuerdas que por lo menos tenemos el amor de nuestro ahijado; nosotros sus Padrinos aunque sea un compromiso no de nuestra sangre; que es mejor para ellos y para nosotros.
- Nos sentamos juntos a la mesa para comer lo poco que nos quedaba, de pronto llegó Franz, amigo familiar; compartimos todo lo nuestro ellos con nosotros; eran tan buenos, pero tan buenos, que hasta regalaron radios, cuadernitos y chicles a todita la gente de nuestro alrededor; aunque no teníamos luz ni agua; pero qué importa para ellos lo nuestro?.
- Luz María, nos vamos para la gran ciudad.
- Pero a que vamos a la ciudad?.
- Debemos ir por un médico.
- Ya vendrá – Tranquilo; no vas a creer en el amuleto que nos dio el compadre, ya veras como no mas como viene.
- He dicho que nos fuimos y es que tenemos que irnos.

Rumbo a la ciudad fueron sintiendo el sol, la fatiga del camino polvoriento y al llegar a las calles, sus miradas se ofuscaban, buscando un blanco estudiado; para que diga que mismo es.

- Cuando al salir ella; entre sollozos ahogos con lágrimas decía - Soy estéril - Así han dicho.

- Pero carajo, que los guambras también llegan a contadas personas?

- Qué no puedes tener hijos te ha dicho. Pero por qué? Por qué?,

- Y yo que voy saliendo que voy reciencito no más; qué voy a saber por qué?.

Y dando nuestro regreso juntos en la tristeza, en el camino y la amargura, al otro lado; esperábamos la hermana de Luz, América. Sin decir palabra alguna le dejó a su lado y él marchó sin regresar su mirada y poniendo poncho sobre los hombros

- Qué sucede Luz

- Preguntó América

- Es que me va votando - No ves

- Pero por qué?

- Es que en los seis años vividos, no tenemos el hijo que esperamos y él se marcha de Pongo onda compadre gringuito. Esperando consolarla, de algún modo le dijo.

- Aquí tienes tu familia; es mejor compartir todos la tristeza. Pueda ser que encuentres otro hombre que viva contigo y con tú melancolía.

Mientras transcurría, entre pajonales y sueños que divagaban en lontananza de su existencia; Juan meditabundo y amanecido soñando en su hijo, regresó junto a la Luz más fuerte, más rebelde; trabajando con cariño y labrando su tierra pasaron la existencia de su vida; hasta que pensó en que su tierna hijita se llamaría Luz de América, de sus sueños profundos de su alcoba agotadora y envuelta entre su sudor de campo.

- Despierta Juan - le decía - solo durmiendo pasas y cada rato tienes esas horribles pesadillas; no ves que te está esperando tú amigo Franz.
- Dile que ya salgo - Mientras que apuradamente se ponía su poncho y sombrero para dejar ver su rostro en la puerta de su amigo, insistente y muy buen camarógrafo ya que tenía muchas fotos y filmes de guaguas runas.
- Hola Juanito - dice Franz tomándole del hombro- nos vamos nos vamos a las comunidades que tú me habías prometido y creo que son las últimas que me hacen falta pues que ya no necesito más.
- Este ratito mismo podemos alzar pierna con nuestro viaje, antes que coja sol.
- Oh que hermoso ser todo esto, paisaje bello, pero, donde encontrar indios que quiero mirar.
- Aquí los ves; ellos son los míos, los que necesita patrón. El Franz, dice ser mi amigo; es decir nuestro amigo, quiere conversar con nosotros.
- Como mayordomo decía - Yo vengo a dar escuelita, para que no se críen como borregos; vengo a dar letrina, para que no hagan suciedad donde les quiera dar la gana y otras cositas más hemos de dar nomás.

Un camino para que no caminen mucho; un radio también hemos de dar y ahora ahijaditos ponerse guapos para foto, que te conozca el que va a ser tu Padrino, será hombre bueno, bermejo, y con bastante dinero, es lo que necesitan todos para poder vivir.

Pero lo que más le dolía a Juan, era que los comuneros no le entendían a Franz, ya que el no tenía radios para todos, ni nada de lo ofrecido podía darles a cuantos existían. Comenzó a verse la vida desigual y todos ya se sentían diferentes, ya no trabajaban juntos. Pero muchos que fueron marginados por la hermosa gratitud de Franz, se quedaron sin comer por mucho tiempo atrás y muchos años por vida.

Después de un tiempo regresamos y nos encontramos con la euforia de la novedad de una epidemia generalizada en toda la comarca, era una fiebre rara, no sé qué habría de

verdad; lo cierto es que muchos gringitos y nacionales mestizos llegaron a nuestra comarcas levantaron grandes voces que se llegaron, a escuchar en lo más alto del páramo y nuestras hembras bajaron cogidos a los guaguas y a todas les vacunaron; especialmente en los centros comunales y obligando al profesor de la escuelita, que a todo nos ha dado hablando y diciendo por nosotros mismos ignorantes y sucios. Todo pasó y no era tanto tiempo que nuestros ojos mismos pudimos ver campos y ciudades polvorientas, oscuras, sin niños que sonrían en sus calles y sus potreros; ya no está el pié descalzo y el talón partido de nuestros guaguas y ya no existirán más niños que caminen por las calles buscando limpiar zapatos por míseros centavos devaluados de un poderoso cualquiera y solo, pocos niños quedaron después de la vacuna, para continuar deambulando con la misma suerte y peor que la anterior; es decir continuar con nuestros Cien Años de Soledad y Olvido; aquella hembra con su vientre sin el fruto que soñó toda su vida y encontrarnos solos en la misma mesa y en el mismo cuarto para oír la música de aquél radio y disco que dice así:

"No soy de aquí, no soy de allá"

Tanto comentario se regó que nuestra gente no sabía como morían acabándose todos los guaguas y solo nos decían que era por mal cuidado y era necesario una vacuna para curarle de la enfermedad; jamás nos dijeron la verdad y la desdicha nuestra llevó lo peor; quedamos sin raza, sin guambras, sin camino, sin radio y castrados para siempre en nuestra cultura, nuestro pensamiento; solo quedó nuestro destino cubierto en medio de la soledad y la tristeza de no poder llegar a mirar a la esperada, a la misma Luz María de la Santa Cruz y si para alguien nace aquella hermosa guagua; debe cuidarla y protegerla de toda clase de epidemias, naturales y artificiales; nacionales y extranjeras; generosa y todos malos tratos.

DE FRENTE MARR

De frente mar, trote normal, un, dos, tres, cuatro, vea huevón, coja el paso, que piensa que está en su cama, en su llagta, en su tugurio, oyó mamacita.

- Si mi Capitancito.
- A ver cien sapitos, doscientas flexiones de pecho, parece, rece, acuéstese, hinques, nade, corra, haya pipí, y, de guardia, pobrecito que te me duermas por que hay si te saco la..., haber ustedes un aplauso para la mamacita de Supermán, y tú, Llugcha, le acompañas en la velada de repente le de frío y no quiero que se me resfríe.

Bueno huevones, rompen filas y a comer y pobre del que reclame sobre el rancho para mandarle nomás a comer en el restaurantesíto.

- Oyeron –
- Sí nuestro Capitancito.
- Aquí el Chiluisa y el Llugcha que se hacen presentes y que por ordenes de nuestro capitancito, venimos de guardia.
- Compa - las noches están super turras, hace un pacheco del demonio, crúcese unos blancos, compadre, para ir a ver si me duermo, ya que he pasado todas las noches pensando en regresar a casa, ir donde mí noviecita, que es ultra vacan -
- Bueno panas que pasen una buena noche.
- Muchas Gracias
- Usted si que va a pasar super, si hasta con compañía le han mandado, ja, ja, ja.
- Que bonito, que bonito es ser ... que bonito.

- Hoye Llugcha, cállate, deja de cantar y estése quieto sino quieres vértelas conmigo.
- Pero que bravo que eres, huy, que más quieres si está hasta haciendo frío y comprenderasme, porque la noche es bastante fría y larga, quien sabe que
- Que té pasa, soy pobre pero honrado y te me compones o te meto la bayoneta - oíste -
- Ay, tranquilo no más pana, pero siquiera deje cantar. - Que bonito es ser ... que bonito.

Luego de la horrible noche fría, pero que noche, el café y la lista.

- Alarcón - presente- Bastidas -presente- Chiluisa, Chiluisita, que té pasa, estas pálido, pobrecito, creo que una semanita de guardia te caerá de película, pero antes.
- Un, dos, tres, cuatro, carrera mar, cien de pecho, cien de espaldas, cien de barriga, cien de multa, Alt.
- Ya les he dicho que esto es para que se hagan bien hombrecitos, para que así puedan servir a su Patria, que es la segunda mama y para que a las mujeres les tengan miedo, ya que a ellas si les encanta el uniforme y a ustedes no se que les pasa, aquí se come bien, se duerme bien o sino pregunten nomás al Chiluisa - Chiluisita - te me estas durmiendo.
- No mi Capitán.
- Haber, cien, doscientas, mil ...
- Y por chistosito, te quedas sin comer.
- Bueno ustedes se me van francos, menos el Chiluisa y el Llugcha que van a quedarse haciéndole guardia esta semanita, para que pase entretenido.
- Haber Chiluisa antes que te vayas a la guardia me limpias las botas, que me queden como espejo.

- Huevones rompan filas.
- Viva la Patria
- Oiga pana, el Capí ya le tiene vista la cara, es mejor que se esmere en hacer lo que le dice, para que le deje de fregar, la vida. Me voy franco, pero sí quiere le puedo dar dejando algo en su casa.
- Gracias compañero, dará diciendo que muy pronto saldré de aquí bien hombrecito y esta cartita.

Ya en la casa del Chiluiza.

- Ey hay alguien en "casa"
- Si quién es?
- Le traigo una cartita de su hijo
- Gracias - como está él.
- Muy, pero muy bien, hasta más gordito esta desde que se fue pa' donde nosotros.
- Gracias a Dios - muchas gracias, pero muchas.
- Un momento, tendrá que darme algo, ya que solo ha mandado cincuenta sucres y el favorcito cuesta cien.
- Bueno vera - Aquí no hay plata, eso no vale nada aquí, lo que sí le puedo dar es una gallinita, si es que le parece bien.
- Bueno, pero si es que no está con mal.
- No, aquí el único mal que tenemos es el agua, la luz, que no hay camino, ni vida, pero eso sí los animales son fuertes como nosotros mismos aunque no tan sanotas - pero eso si no es mal- ya que acá si llega la Paz al Cuerpo.
- Futa, yo si que estoy cansado, está cuesta es peor que el trípode, y sabe, yo si que estoy super para eso -oiga don Chiluiza- acaso no hay que hacer aquí, por que usted si ha tenido una colección de hijos -Y vea- aquí entre nos, quién es esa que salió.

- Es mi ultimita - Consuelo
- Pensando bien, creo que va a tener que darme una posadita, ya que yo estoy super muerto, y ya no aguanto con mis piesitos, futa me arden una barbaridad.
- Pero aquí no hay camas.
- No importa, yo me acomodo no más, por que eso si ya nos enseñaron, unos manes que estaban dando un curso, que ni se les entendía lo que hablaban.

Paso la noche, y lo que no paso, a su regreso, se llevo una gran sorpresa, el Chiluisita, estaba inconsciente, tanto, que al fin murió, y el Llugcha no asomaba para preguntarle, ni le pregunto.

La noticia a la familia fue impactante, pero les recompensaron con un nietecito que iba a tener uniforme y todo.

- Yo les decía mandelen nomás hay se ha de hacer bien, pero bien hombrecito.

Nota Biográfica

Eduardo Yáñez Mena

Representante de un tradicional conjunto musical denominado “Los Gardeles”, cuyas memorias y anécdotas escribe para narrar su vida artística de más de cuarenta años, lo cual, de hecho constituye una interesante faceta de la historia social guarandea, razón suficiente para formar parte de esta Antología del Relato Bolivareño. Recogemos los enfoques más sugestivos de esta publicación que apareció en 1996 bajo el auspicio de la Universidad Estatal de Bolívar.

CUARENTA AÑOS DE VIDA ARTÍSTICA DEL CONJUNTO MUSICAL “LOS GARDELES”

Por: Eduardo Yáñez

El conjunto musical “Los Gardeles” compuesto por los hermanos Yáñez Mena proviene del matrimonio de: Don Víctor Manuel Cárdenas y Doña Rosa María Mena Oquendo, quienes procrearon 16 hijos; familia de músicos por tradición, sus abuelos y bisabuelos paternos fueron los primeros músicos de las bandas musicales que existían en la ciudad de Guaranda.

En 1946 yo, el segundo hijo de la familia, luego de haber terminado la instrucción primaria en la Escuela Gustavo Lemos, con excelentes calificaciones mereciendo que los profesores fueran donde mis padres a decirles “que no desperdicien al muchacho que lo pongan en el Colegio porque es muy capaz”; especialmente el señor Celso Espinoza quien fuera mi profesor. Mis padres muy apenados contestaron que no tenían plata para hacerme estudiar y que mejor sería que aprenda un oficio porque es el que da de comer, *“ese es el pensamiento de los antiguos”* y así fue que me pusieron que aprenda carpintería donde el maestro Reynaldo Acosta, en donde compartí mi aprendizaje y amistad con Gonzalo Borja y Ricardo Pendolema.

En este taller comenzó mi afición por la música porque a los hijos del maestro Acosta les oíamos tocar la guitarra y cantar formando dúo.

Posteriormente pasamos a donde el maestro carpintero Juan Pío Serrano juntamente con Gonzalo Borja, porque el maestro Serrano nos ofreció dar una propina cada semana según nuestro desempeño.

Aquí nos encontramos con los hermanos Chávez que también estaban trabajando, Eduardo tocaba la guitarra y cantaba muy bien, entusiasmándome más por el arte empecé practicando el canto para luego formar con él un dúo que duró más o menos un año, el otro hermano Víctor Chávez también ingresó al grupo y nos convertimos de esta manera en un trío con el cual salimos a dar serenatas con nuestras primeras canciones; lo curioso es que, Eduardo, egoísta con su don por ser él quien tocaba la guitarra no quería enseñarnos, pues apagaba la esperma (vela) con la que nos alumbrábamos en el cuarto que habíamos adaptado en la casa de mis padres para los repasos, con el fin de que no viéramos cómo manipulaba la guitarra al entonar las canciones y de esta manera que no aprendamos también a entonarla.

Este trío duró muy poco –un año más o menos- desintegrándose por varias razones, especialmente el egoísmo de Eduardo Chávez quien se negó rotundamente a enseñarnos a tocar este instrumento; o sea lo debía hacer previo un pago, del que nosotros carecíamos.

Nos quedamos solos en la música, entonces pedimos a nuestro padre que nos regalara algunos sures para comprarnos una guitarra de segunda mano, él gustoso nos ofreció la cantidad de S/. 10,00 permitiéndonos dar de seña la mitad y adquirir un manual de cómo tocar la guitarra por el valor de un suro. Mi hermano Carlos se puso manos a la obra y en ocho días sabía las posiciones de RE mayor, LA menor –al cabo de 15 días- casi se sabía completamente el manual.

De esta manera formamos el dúo, yo con la primera voz y mi hermano con la segunda saliendo a dar las serenatas con nuestros amigos o con algunos clientes que nos contrataban cuando conformábamos el trío, pero nos hacía falta otra guitarra.

Luego de cuatro meses mi hermano dominaba la guitarra y mi amigo Gonzalo Borja lo acompañaba en segunda, quedando de esta manera conformado nuevamente el trío, pero no sabíamos que nombre ponerle hasta que una noche en el año de 1952, creo que fue en el mes de agosto nos escucharon repasando en el cuartito de nuestra casa, los estudiantes universitarios de la ciudad de Quito entre ellos Oswaldo Galarza compañero de escuela, quien me preguntaba “por qué no estudiaste si eras muy inteligente, qué malo; pero has escogido una buena carrera como es la artística, yo les voy a presentar en un baile que vamos a realizar todos los estudiantes universitarios por vacaciones”, -llegó el día del baile que tanto soñábamos- fue en la casa de Don Juan Galarza, o sea abuelo de Nelson, Galo, Oswaldo quienes nos presentaron en público y nos bautizaron con el nombre del trío los “GUASTECCOS” por interpretar la música mexicana que por esos tiempos se encontraba muy de moda por ser la época de oro del cine mexicano, cosa curiosa que nosotros teníamos que ver cuatro o cinco veces las películas mexicanas especialmente de Jorge Negrete, Tito Gisar, Pedro Infante, del Trío “Los Calaveras” entre otros, con la finalidad de aprender la música que interpretaban (corridos, guapangos mexicanos), por cuanto teníamos la letra, pero no el ritmo.

De esta manera comenzó nuestra vida en el arte de la música, manteniendo contratos para los diferentes bailes sociales, cumpleaños, fiestas rosadas, matrimonios, bautizos, grados, especialmente en los días del Carnaval.

Un día, Eduardo Dávila Vinuesa profesor de una escuela, de la parroquia Balzapamba nos contrató para realizar una intervención en una hora social por las fiestas de Navidad, pagándonos siete sucres la hora más los pasajes de ida y regreso, quedando el pueblo completamente satisfecho de nuestras actuaciones.

Así la vida nos ha dejado grandes anécdotas que hoy nos permitimos compartir con ustedes: El Dr. Gonzalo Karolys, estudiante universitario y presidente de la FEUE, sobre quien pesaba una orden de captura ordenada por el Presidente de la República, Dr. Velasco Ibarra por haber organizado las manifestaciones estudiantiles en la ciudad de Quito, se mantenía oculto en la casa de sus padres.

El Dr. Oswaldo Vásconez organizó un baile en homenaje a este personaje, pero el problema era –como sacarlo- ya que en dicha casa se encontraban dos policías con el fin de arrestarle en cuanto le vieran; entonces ideamos dar una serenata a media cuadra de distancia de la casa de la familia Karolys, para de esta forma llamar la atención a los vigilantes y así pudiera Gonzalo estar presente en la fiesta programada en su honor.

En medio de un romántico bolero cuando los vigilantes del orden se encontraban distraídos, en un abrir y cerrar de ojos se subió al carro del Dr. Vásconez que lo estaba esperando, desapareciendo como por encanto para asistir a su fiesta.

En Navidad nuestro trabajo fue mayor toda vez que en cada acto social éramos contratados con anticipación por ser nuestros servicios muy solicitados, así en las horas sociales que se organizaban en el Teatro “México” que grandes y bellos recuerdos nos trae a quienes vivimos en esta ciudad y no solo dentro de ella sino de toda la provincia. Nuestra presencia artística en cada uno y diferentes actos que realizaba los estudiantes universitarios residentes en Quito, fue permanente aunque anecdóticamente el trío contaba únicamente con una guitarra, condicionándoles a quienes nos contrataban que sean los que se hagan cargo de proporcionarnos otra.

UN NOMBRE CURIOSO “LOS GARDELES”

En un baile de gala organizado por los estudiantes universitarios, encabezados por los señores José Félix Silva, Gonzalo Jaramillo entre otros; concurren distinguidas damas guarandeñas en calidad de invitadas especiales entre ellas la señora Rosa Temilda del Pozo de Bonilla quien nos pidió que interpretáramos un tango, complaciéndola con ese bello tema “Mano a Mano”, recibiendo el aplauso general del público y el pedido de la clásica “otra”..., para luego cantarles el tema “silencio”. Terminada la intervención musical, la distinguida dama tomó la palabra y dijo “estos chicos cantan igualito a Carlitos Gardel”, de ahora en adelante ya tenemos a “Los Gardeles Guarandeños”.

Lo ocurrido llegó a oídos del pueblo de Guaranda y bolivarenses que empezaron a saludarnos como –“Los Gardeles”, “Viva los Gardeles”, “Cómo están los Gardeles”-, frases que nos hicieron obligar a que cambiemos de nombre y tomemos “Los Gardeles” como se nos conoce hasta la actualidad.

El señor Gabriel Silva del Pozo, Alcalde de la ciudad, organizó un baile en homenaje al Señor Ministro de Educación en el mejor salón que tenía la ciudad “Danubio Azul” de propiedad de Miguel Celi, manifestándoles en son de broma –“estos muchachos señor Ministro por el papá son “Los Gardeles de Guaranda”- cobrando de esta forma mayor popularidad nuestro trío.

PRIMERA DESILUSION

El señor profesor de música del Colegio “Pedro Carbo” Evaristo García, era uno de nuestros mejores amigos pues nos enseñaba música de su inspiración como “Guarandeyita”, el vals “Ave sin nido” que gustosos lo aprendimos, después de cierto

tiempo nuestro amigo se fue a trabajar en la ciudad de Guayaquil desde donde nos escribe una carta por el mes de marzo de 1951 en la que nos dice: “amigos, vengan lo más pronto posible a esta ciudad ya que hay la posibilidad de que ustedes graben un disco sencillo por cuanto yo he hablado con el señor Gerente de la casa disquera de marca CONDOR y que espera oírlos, además les voy a presentar en las radios difusoras de esta ciudad como en Radio “MUNDO”, “UNIDAD NACIONAL” y “ATALAYA” – terminando esta carta con unas frases alentadoras que decían- “Animo muchachos, no dejen pasar esta oportunidad hay que sufrir para triunfar. Los espero sin falta”.

Inmediatamente leída la masiva, emprendimos el viaje, como anteriormente de acuerdo a la época había que atravesar muchas peripecias llegando primeramente hasta Bodegas (hoy Babahoyo), para luego coger lancha y llegar al Puerto Principal del Ecuador, donde fuimos recibidos en el muelle número siete a donde llegaban las personas que viajábamos de la Sierra, especialmente de la Provincia de Bolívar.

Un día martes nos cito el señor Gerente de grabaciones “CONDOR” a las nueve de la mañana, nosotros muy puntuales y antes de la hora señalada estábamos esperando a que llegue el maestro García quien nos iba a dirigir, ya que la música que estaba prevista a grabar, era de su inspiración; pero –el maestro no llegó sino hasta las doce del día- Hasta tanto el Gerente de producciones CONDOR nos dijo que regresáramos dentro de cuatro días por cuanto tenía que viajar de urgencia a la ciudad de Quito, y como no teníamos recursos económicos regresamos a nuestras casas muy tristes por no haber podido ver realizada nuestra ilusión, que se cumpliría más tarde, con éxito.

EL TRIO “LOS GARDELES” Y LAS FIESTAS LOCALES

Nuestro compañero Gonzalo Borja anunció separarse del trío por tener que ir a trabajar en Echeandía, mi hermano Carlos comenzó a instruirle en la guitarra a mí otro hermano Alfonso, formando el trío de los hermanos Yáñez, desenvolviéndonos de esta manera en el mundo artístico.

En las fiestas de carnaval nos contrataban faltando por lo menos un mes, especialmente para los días sábado y domingo; como en este tiempo no se realizaban los desfiles de comparsas esto es por 1951, las familias guarandeñas festejaban el tradicional carnaval organizando bailes en casas particulares, salones o clubes, etc., lo que nos permitían trabajar desde el miércoles de carnaval hasta el día de ceniza, -en aquellos tiempos no se usaban equipos de amplificación con micrófonos, parlantes u otros objetos, sino puramente la voz natural logrando mantener ese entusiasmo de alegría por ocho días consecutivos de fiesta.

El 15 de mayo de 1952 participamos en la Primera FERIA EXPOSICION AGROPECUARIA E INDUSTRIAL de la Provincia Bolívar, haciéndonos acreedores a un Diploma de HONOR o sea a la primera mención que obtuvimos en nuestra vida artística.

En 1957 el I. Municipio de Guaranda, al ver la escasez de músicos, crea una Escuela de Música para que aprendan los jóvenes que tengan afición por este arte, dirigida por el maestro Jorge Morales ya fallecido, director de la Banda Municipal de Guaranda.

Mis hermanos Jaime y Bolívar aprendieron a tocar el saxo, la trompeta y el JAZZ respectivamente, (JAZZ conjunto de instrumentos musicales compuesto de: bombo, tambor, platillos, timbales y sincero) –instrumento que es el alma de un conjunto

orquestal, sin embargo, salieron tocando en la banda municipal y el señor Alcalde muy gentilmente les hizo constar en las planillas de jornaleros para que tengan un sueldito-, con ese dinero Jaime se compró un saxo y entre todos logramos comprar un JAZZ.

En 1958 más o menos, cuando el Colegio Angel Polibio Chávez de esta ciudad organiza una Kermes bailable el señor profesor Fausto Campana nos contrata para que amenicemos dicha fiesta, pero la gran sorpresa; teníamos que alternar con la Banda Municipal de Quito integrada por más de cincuenta participantes en un mano a mano de tres piezas musicales cada uno; cosa curiosa señores lectores, cuando nosotros interveníamos bailaban más público que con la banda que nos alternaba.

EL CONJUNTO “LOS GARDELES”

En 1959 se formo el conjunto “Los Gardeles”, nuestra primera participación como conjunto fue en la ciudad de Quito en las fiestas del 6 de Diciembre, después de haber obtenido el primer premio en un concurso organizado por Radio “Surcos” fue nuestra participación en Radio “Quito”, junto con la señorita de apellido Benítez y nuestro representante legal de parte de la radio el señor Héctor Torres llevando el mensaje de los Guarandños a la bella ciudad capital de los ecuatorianos “Quito Luz de América”, con un triunfo sorprendente, pues al oír nuestra música y en especial nuestro tradicional –“Carnaval de Guaranda” el pueblo quiteño se dio cita a la mencionada radio se puso a bailar de contento en el HALL de dicho edificio con gritos –viva Guaranda- viva...

Por otra parte en las mencionadas fiestas el señor Alcalde de esa ciudad nos contrata para que amenicemos las fiestas en un barrio tan popular de Quito –como es la Villa Flora- con un notable éxito, participando con interpretaciones musicales para todos los gustos y personas que asistirán a las fiestas.

En un baile que se llevó a cabo en el Banco Nacional de Fomento de Guaranda, veíamos que Don Mario Silva y Manuel Campana no bailaban la música moderna, se nos acerca y dice “guambras péguense unita para los viejos, pero que sea un vals; complaciendo con el tema “Danubio Azul”, luego el sanjuanito “la chamiza” que bailaron de un buen humor y en agradecimiento a ello dicen: “muchachos tomesen una copita”.

Nos contrataban para dar serenatas a las candidatas a Reinas de la ciudad, como la señorita Teresa León, Alicia Arregui entre otras –que lindas chicas- dignas de todo galán.

Por los años 1950 a 1960 las serenatas eran parte de la cultura nacional por ser interpretadas con todo el respeto que se merecen, las personas que por ahí pasaban escuchaban con atención sin realizar ningún tipo de escándalos, pues la ciudad entera estaba custodiada de policías durante las veinte y cuatro horas.

En 1964, cuando José Quintiliano Coloma era Alcalde de la ciudad de Guaranda, entusiasta como siempre; organiza el Primer festival del “Trigo y la caña” con un éxito rotundo, en el que nuestro conjunto participa como amenizador de dicha Feria, conjuntamente con artistas a nivel Internacional como: Deni Adas artista cubano, haciéndonos acreedores a un “Diploma de Honor”.

En 1965, participamos en la ciudad de Ambato en la fiesta de “Las flores y de las frutas” en uno de los principales números como es la “Ronda Nocturnal” al compás del pasacalle “Ambato Tierra de Flores”.

Por el mes de enero de 1966, se inaugura el “TEATRO NILO”, el Gerente Propietario Jorge Abedrabbo realiza un baile bajo nuestra musicalización por este acontecimiento cosechando aplausos de parte de la ciudadanía.

Noviembre del mismo año participamos en el concurso de música nacional organizado por el Círculo de Periodistas del Tungurahua, en la ciudad de Ambato, obteniendo un valioso “Diploma”.

Por 1967 somos invitados por la colonia de Bolivarenses residentes en Guayaquil para actuar en un programa radial que mantienen en Radio “Cristal” de esa ciudad como es “Tribuna Bolivarenses”, bajo la conducción y dirección del Ab. Medardo Chano Mora; participando además no solo en ese programa sino en varios programas de esta mencionada radio guayaquileña.

Uno de nuestros adorables sueños se cumplieron en el año de 1969, al realizar nuestra presentación en –Canal 10 de TELEVISION- única señal televisora que llegaba hasta nuestra ciudad, gracias a las gestiones realizadas por el Ab. Medardo Chano Mora. Nosotros debíamos participar con dos canciones solamente por el alto costo que representa el tiempo en un canal de televisión, más las llamadas por teléfono del público televidente de la ciudad de Guayaquil y otras provincias al canal, hicieron posible que nuestra actuación sea por más tiempo, concluyendo la misma con “El Carnaval de Guaranda” tema muy solicitado en las llamadas telefónicas.

En las fiestas del 21 de abril participamos en las verbenas allá en la ciudad de Riobamba, conocida como la “Sultana de los Andes”, cosechando aplausos que

alimentan a cualquier artista local, nacional, e internacional; y gracias a nuestra música somos conocidos por el pueblo chimboracense.

Cuando se inauguró la sucursal del Banco “La Filantrópica” hoy “Filanbanco” en la ciudad de Guaranda, fuimos contratados para amenizar el gran baile que se dio por este motivo, les presentamos como un estreno a la ciudadanía presente la guitarra-eléctrica que por primera vez se vio este instrumento en esta ciudad, siendo una admiración para grandes y chicos, y de esta manera poder formar una orquesta digna de presentarse en cualquier lugar del país y demostrar que en Guaranda también se cultiva el bello y difícil arte de la Música.

Con el Gobierno de la Junta Militar la economía del pueblo ecuatoriano sufre un desgaste lamentable, pues dentro de nuestro trabajo contábamos a la ciudad de Quito como una de las mejores plazas, reduciendo notablemente el número de horas por contrato de 7 a 3 horas, motivo por el cual los conjuntos musicales empezaron a desorganizarse. Nosotros regresamos a nuestra ciudad por cuanto la carestía de la vida se veía venir en forma acelerada, más Jaime que ya se enseñó en esa ciudad se quedó a vivir ahí hasta que murió en 1975.

Bayardo Poveda Vargas de Profesión Abogado, amigo nuestro, Vicepresidente del muy I. Municipio de Guaranda en ese entonces Alcalde encargado, me mandaba a llamar para ofrecerme un trabajo, diciéndome: “Guambra, sé que ya han desintegrado la orquesta ahora cómo piensan vivir, ven te voy a dar un puesto en el Municipio.

Así fue que el 1 de junio de 1975 me extendió el nombramiento, más tarde fueron llamados mis hermanos Carlos y Alfonso para que integren la Banda Municipal, continuando ellos en el arte de la música.